

Bianca®

No sin amor

Maggie Cox

¿Podría ser su amante y estar siempre disponible para él sabiendo que no la amaba?

El rico e irresistible magnate Dominic Van Straten vivía en un mundo completamente diferente al de Sophie. Por eso, después de un apasionado encuentro, Sophie pensó que lo mejor era marcharse y volver a su tranquila vida de maestra.

Pero Dominic no estaba dispuesto a dejarla escapar e insistía en que Sophie formara parte de su vida de lujo y glamour. Sophie no tardó en darse cuenta de que se había enamorado de él locamente…



Maggie Cox

No sin Amor

Bianca - 1674

ePub r1.0
LDS 25.06.18

No sin amor (2006)
Título Original: Mistress on demand (2006) **Editorial:** Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1674
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dominic Van Straten y Sophie

Capítulo 1

Sophie se había despertado con el desagradable presentimiento de que el día no iba a marchar bien. Estaba tan crispada que se había manchado todo el pijama al apretar el tubo de pasta de dientes; luego, había estado a punto de derramar su café sobre el vestido cursi que se había puesto a regañadientes para la boda de Diana. Ella odiaba las bodas, pero Diana era su mejor amiga y le había pedido que fuera testigo del enlace.

Y su suerte sólo parecía empeorar. Cuando llevaba más de la mitad del camino hacia el Registro Civil, el coche se le estropeó en medio de la carretera. Sophie no tuvo otra alternativa que seguir su camino a pie. El seguro del coche no era a todo riesgo, así que no podía avisar para que fueran a ayudarla. Y además, como había salido corriendo de casa, se había dejado el teléfono móvil en la mesita de la entrada… ¡junto con su bolso! Así que ni siquiera tenía dinero para un taxi.

Por si fuera poco, llevaba lloviendo toda la mañana y las calles parecían ríos.

Sophie echó a andar cubriéndose como podía con el paraguas y, cuando creía que las cosas no podían ser peores, un reluciente Rolls Royce pasó a toda velocidad junto a ella, salpicándola de arriba a abajo. Ella se detuvo furiosa mientras veía cómo su abrigo y sus zapatos se tomaban grisáceos y luego maldijo en voz alta, gritando hacia el coche.

Para su sorpresa, vio que el vehículo se detenía junto a la acera unos metros más adelante. Sin dudarlo, Sophie se apresuró hacia él dispuesta a demostrar su indignación a su ocupante. Ya que ella iba a llegar a la boda de su mejor amiga con el aspecto de una pordiosera, al menos el pasajero de ese Rolls Royce recibiría parte

de su furia.

Estaba segura de que el propietario de ese coche era un hombre. Sólo un bruto insensible y desconsiderado habría pasado a toda velocidad sobre el charco, viendo que ella estaba al lado.

Cuando llegó junto al coche, la saludó un chofer de pelo cano totalmente avergonzado.

—Lo siento mucho, señorita. Tenemos prisa y no he visto el charco hasta que ha sido demasiado tarde.

—Yo también tengo prisa, ¿y acaso voy arruinando el día a los demás con mi desconsideración? ¡Debería usted haber tenido más cuidado! ¿Qué se supone que voy a hacer yo ahora? —protestó ella, cada vez más congelada al calarle el agua.

—Vuelve al coche, Louis. No tengo tiempo para esto, vamos a llegar tarde.

Al oír aquella imperiosa voz masculina, Sophie miró hacia el interior del vehículo. Vislumbró el pelo rubio perfectamente cortado y la mirada dura del ocupante y sintió un escalofrío. Pero recordó la orden que había dado a su chófer, como si no le importara nada lo que a ella le sucediera, y le hirvió la sangre.

—¿Cómo se atreve? —profirió ella a gritos—. Estoy empapada y con la ropa hecha un desastre porque ustedes me han salpicado, ¡y lo único que le importa es que usted va a llegar tarde a donde sea! Ojala tenga un mal día, ¡se lo deseo de veras!

Ni siquiera tiene lo que hay que tener para bajarse del coche y mirarme a la cara, ¿verdad? ¡Por no hablar de disculparse!

—Señorita —intervino el chófer—, permítame ayudarla. Seguro que podemos llevarla a donde se dirija. Si quiere…

Mientras el hombre, mortificado, intentaba reparar la falta de consideración de su jefe, la puerta de atrás del coche se abrió de repente y salió su ocupante. El hombre miró a Sophie con evidente desprecio, como si ella fuera una molesta mosca. Era muy alto y corpulento, algo que podría haber intimidado a Sophie. Sus ojos, verdes y de mirada fulminante, la contemplaron impenetrables.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó él—. Usted no debería haber caminado tan cerca de la calzada, y menos llevando esos ridículos zapatos con esta lluvia. Usted es la única que tiene la culpa de lo que le ha sucedido.

¿Que sus zapatos eran ridículos? Sophie miró las carísimas

sandalias que se había puesto como deferencia hacia su amiga y sintió que la furia se apoderaba de ella.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Lo que me pongo en los pies no es asunto suyo! ¿Cómo iba yo a saber que un idiota iba a arruinarlos al pasar con el coche a mi lado y dejarme empapada? ¡Menudo rostro tiene usted!

—Se lo repetiré: ¿qué es lo que quiere que haga? ¿Le reintegro el precio de los zapatos o quiere que pague la tintorería del abrigo? Dígamelo cuanto antes para que pueda seguir mi camino. Ya he perdido un tiempo precioso escuchando sus gritos de verdulera.

Sophie percibió que él tenía acento al hablar, le pareció que holandés. Pero, aparte de eso, ¿cómo se atrevía a llamarla verdulera sólo porque ella no se había dejado pisotear y le había dejado muy claro cómo se sentía?

Al verlo sacar su billetero y ofrecerle dinero, Sophie palideció.

—¡No quiero su maldito dinero! ¿No se le ha ocurrido que una simple disculpa sincera sería suficiente? Me da usted lástima, ahí montado en su coche caro, escondiéndose detrás de los cristales tintados y comportándose como si fuera el rey del mundo. Muy bien, siga su camino, quien quiera que sea. ¡Y espero que no llegue a su importante cita tan tarde como yo voy a llegar a la mía! Pero si eso sucede, recuerde por qué ha sido.

Estaba a punto de darse media vuelta cuando él la sujetó por la muñeca. Sophie se giró, sobresaltada.

—Si no quiere mi dinero, ¿aceptará que la acerque a donde se dirija? Louis me llevará a mi destino y luego la dejará a usted donde desee. ¿Le parece eso bien?

Sophie se soltó y le lanzó una mirada desafiante.

—A falta de una disculpa, y dadas las circunstancias, tendrá que bastar con eso —contestó ella, conteniéndose para no agradecérselo.

Cerró el paraguas y se subió al coche. Una vez sentada, frunció los labios y se concentró en mirar por la ventana mientras él se sentaba lo más alejado posible de ella. ¿Acaso creía que iba a contagiarle algo?, se preguntó Sophie.

—Cuando yo me haya bajado, indíquele a Louis adónde quiere que la lleve — dijo él con reticencia.

Ella no sintió que fuera necesario responder. Comprobó la hora

en su reloj y volvió a mirar por la ventanilla. No podía dejar de preguntarse si Diana la perdonaría alguna vez por llegar tarde a su boda y, además, con un aspecto desastroso.

Minutos después el Rolls Royce se detuvo delante del edificio del registro.

Sophie frunció el ceño, confundida. No le había dicho a Louis adónde tenía que llevarla, así que ¿cómo se había detenido donde iba a celebrarse la boda de Diana y Freddie? Y cuando vio al escultural rubio que tenía al lado salir del coche, se sintió aún más confusa.

—Espere un momento. Aquí es donde me dirijo yo. Voy a la boda de mi mejor amiga.

Él percibió su confusión con una actitud altanera. Sophie se ruborizó de indignación.

—¿Usted va a la boda de Diana Fitzwalter? —preguntó él.

Sophie se quedó helada. ¿Cómo era posible que él lo supiera? Y, lo más importante, ¿conocía él a Diana? ¿De qué? De pronto le asaltó una terrible duda.

¿Acaso él estaría invitado también al enlace?

—¿Usted conoce a Diana? —le preguntó ella, atónita.

—Es mi asistente personal, así que es obvio que la conozco.

¿Ese hombre era Dominic Van Straten, el multimillonario promotor inmobiliario para el que trabajaba Diana? Según su amiga, ese hombre no sonreía ni siquiera cuando sus acciones de la Bolsa se disparaban y aumentaban aún más su riqueza. ¿Qué hacía allí ese hombre, cuando se suponía que la ceremonia iba a celebrarse en la intimidad, con Sophie y un amigo de Freddie como únicos invitados para actuar como testigos?

Diana le había confesado que su jefe la intimidaba y que la única razón de que siguiera trabajando para él era porque pagaba mucho mejor que nadie.

Sintiendo que las piernas le flaqueaban, Sophie se bajó del coche.

—Yo soy amiga de Diana, me llamo Sophie.

Dominic no hizo ningún esfuerzo por resultar amable: no sonrió ni se presentó a sí mismo. «¿Qué esperabas? Ya sabes que ese hombre es más frío que un glaciar», se dijo Sophie. Miró su reloj y vio que llegaban cinco minutos tarde. La velada, que en un

principio iba a ser divertida y agradable, de pronto se había tornado incómoda.

Se estremeció y vio que Dominic se daba cuenta de ello, la miraba con impaciencia y comenzaba a subir los escalones del edificio a largas zancadas.

En el vestíbulo se encontraron con Diana, radiante pero muy nerviosa, y su novio, Freddie Carmichael, que sintió un gran alivio al verlos.

—¡Sophie, gracias a Dios! ¿Qué demonios te ha pasado? —exclamó la novia mientras se daba cuenta de las enormes manchas grises en el abrigo y los zapatos de su amiga.

Sophie miró de reojo a su silencioso acompañante y se encogió de hombros.

—Se me ha estropeado el coche y he tenido que venir caminando. Ya te lo contaré más tarde, ¿no es hora ya de entrar?

—Sí. ¡Estoy tan nerviosa! Me alegro de verte, Dominic, te estoy muy agradecida de que hayas podido venir habiéndote avisado tan tarde. ¡Quién iba a saber que el amigo de Freddie iba a caer enfermo de gripe! Es todo un detalle por tu parte sustituirle. ¿Entramos? Creo que el funcionario nos está esperando.

La ceremonia fue conmovedora, pero a Sophie le sorprendió que Dominic no expresara ninguna emoción de ningún tipo, ni siquiera una leve sonrisa. Su presencia le ponía nerviosa. Al final del acto, cuando los dos tuvieron que firmar en el registro como testigos, él lo hizo con tanta gravedad como si estuviera firmando el certificado de defunción de alguien.

Diana le había anunciado que el banquete, con algunos amigos y familiares, se celebraría en el hotel Park Lane Hilton. Sophie se sorprendió rezando para que Dominic no acudiera al banquete. No sería capaz de fingir cortesía hacia aquel hombre que instintivamente no soportaba.

Pero sus plegarias no fueron atendidas. Media hora más tarde, estaba en el vestíbulo del lujoso hotel con una copa de champán en la mano y Dominic a su lado.

Sophie se bebió el champán tan deprisa que empezó a toser. Una mano le palmeó en la espalda para aliviarle la incomodidad. ¡Sorprendentemente, era de Dominic!

—Deje que le sujete la copa mientras se recupera, por favor.

—¡Sophie! ¿Estás bien, cariño?

Diana apareció a su otro lado con expresión preocupada. Sophie esbozó una ligera sonrisa y asintió. Agarró su copa de manos de Dominic y deseó que se la tragara la tierra. ¡Ese día estaba siendo el peor de su vida!

—Estoy bien. Me he atragantado con el champán, eso es todo.

Diana se excusó y fue a saludar a unos recién llegados. Sophie y Dominic se quedaron a solas y ella se sintió como en una jaula con un león hambriento.

—La ceremonia ha ido bien, ¿no le parece? —comentó ella, y acto seguido se lamentó en su interior de ser tan tópica.

Seguramente sería mejor si dejaba de intentar ser civilizada con aquel hombre y simplemente le ignoraba. Nunca se perdonaría que la actitud avinagrada de él arruinara el ambiente festivo de Diana.

—¿Le gustan las bodas? —preguntó él, sorprendiéndola, pero sin esbozar una sonrisa ni mostrar ningún gesto amistoso.

Ella lo miró desafiante.

—Lo cierto es que las detesto.

—¿Por qué?

Ella nunca había tenido que explicar ese sentimiento a un extraño, así que no sabía muy bien cómo expresar su aversión.

—Me resultan… poco prácticas. Creo que Diana y Freddie estaban mejor antes.

Se crea una horrible tensión cuando las familias se juntan para acontecimientos como éstos, ¿no cree? Además, siempre le toca a uno hablar con gente con la que no le apetece y todo es muy complicado.

Nada más terminar la última frase, Sophie se tapó la boca con las manos al darse cuenta de lo que acababa de decir. Pero al menos el hombre no parecía ofendido. Al contrario, esbozó una ligera sonrisa que transformó su rostro serio y taciturno en algo mucho más humano.

—Deduzco que no está casada, ¿me equivoco?

—No, no estoy casada —respondió ella con rigidez.

Seguro que a él no le sorprendía que estuviera soltera, pensó Sophie ruborizándose. Sabía que ella no era fea, pero tampoco era una belleza, y el hecho de que él la hubiera llamado «verdulera» no le daba una buena imagen ante él.

Él no dijo nada, tan sólo la estudió atentamente, y Sophie se sintió como un bicho raro y deseó marcharse de allí cuanto antes. Pero se obligó a contener sus ganas de salir corriendo por Diana; no quería aguarle la fiesta.

—Tiene que permitirme que le reintegre el importe del abrigo y los zapatos que le he manchado —dijo él de pronto.

Sophie se removió incómoda. Ella no quería su dinero.

—Mire, señor Van Straten. Yo no le gusto y usted no me gusta a mí, así que no tiene que reintegrarme ningún importe y no tenemos por qué fingir que nos llevamos bien, cuando es evidente que a los dos nos gustaría estar en otra parte. ¿Por qué accedió usted a ser testigo en la boda de Diana?

Dominic no dio ningún signo de que su brusquedad lo molestara.

—Ella me pidió el favor y yo acepté encantado. Estoy seguro de que eso le sorprenderá, Sophie.

Lo que le sorprendía tremendamente era que él se hubiera dignado a llamarla por su nombre de pila y mucho más que quisiera hablar con ella después del enfrentamiento que habían tenido.

—Pues sí, francamente. No me da usted la impresión de ser el tipo de hombre que dispensa favores fácilmente.

—¿Ah, no? ¿Y qué tipo de hombre le doy la impresión de ser, Sophie?

«Frío, distante, insensible y con aires de superioridad», pensó ella, pero en lugar de eso contestó:

—Demasiado independiente y centrado en usted mismo como para advertir las necesidades de los demás —respondió, y se dio cuenta de que seguramente esas palabras eran peores que las que había pensado en un principio.

Y debían de ser peores, en efecto, porque él frunció el ceño.

—A usted no le preocupa el efecto que puedan causar sus palabras, ¿verdad?

No me sorprende que no esté casada. Alguna discusión no va mal de vez en cuando, pero a nadie le gusta vivir al lado de una fiera.

—¡Yo no soy una fiera!

Era cierto que tenía mal genio, pero sólo cuando era testigo de alguna injusticia, como antes, cuando el coche de Dominic le había puesto perdida sin contemplaciones. Y con su sueldo de maestra de

primaria le había costado mucho ahorrar para poder comprarse esa ropa tan elegante.

Sophie frunció los labios y se contuvo de responder. Deseó que Diana regresara junto a ellos cuanto antes y aliviara la tensión creciente entre ese hombre y ella.

—No soy una fiera, pero tampoco me asusta decir lo que pienso. Si no fuera porque su chófer ha sido muy amable, señor Van Straten, usted me habría dejado empapada en la cuneta mientras seguía su camino a la boda de mi mejor amiga.

¡Nada de lo que ha hecho o dicho desde entonces me hace pensar que tenga usted alguna cualidad que lo redima!

—¿Ni siquiera el haber evitado que se ahogara?

—¡Usted no ha evitado que me ahogara! —exclamó Sophie, indignada—. El champán se me fue por donde no debía, eso es todo.

—Así que soy demasiado independiente y egoísta para ayudar a alguien que tiene un problema, es eso lo que piensa, ¿no?

—Las acciones hablan por sí solas.

—Entonces, no se preocupe por si voy a comer con usted. No tendrá que sufrir mi compañía durante más tiempo.

Y diciendo eso, Dominic se giró bruscamente y se marchó. Sophie lo observó acercarse a Diana y hablar con ella. Al ver la expresión de sorpresa y consternación de su amiga, Sophie se reprendió por ser la causante de que Dominic se marchara.

Era evidente que Diana quería que estuviera en la celebración, por algo le había pedido que fuera testigo del enlace.

«¡Ojalá hubiera contenido mi mal genio!», se lamentó Sophie. Era cierto que a ella le desagradaba Dominic Van Straten, pero aquél debía ser el día más feliz en la vida de su mejor amiga, y ella lo había arruinado. En cuanto logró quedarse a solas con Diana, se disculpó.

—Se ha ido porque lo he asustado.

Diana frunció el ceño.

—Dominic Van Straten nunca huye de nada, más bien al contrario. Me ha dicho que le ha surgido un contratiempo urgente y que tenía que marcharse. Y no me extraña, ese hombre casi nunca descansa. Qué pena… ¡sobre todo porque él ha pagado todo esto!

—¿Tu jefe ha pagado tu banquete de bodas? —preguntó Sophie, horrorizada.

¡Y pensar que ella le había dicho que no le parecía un hombre que dispensara favores!

—El insistió en pagarlo todo, incluido todo el champán que podamos beber. No es fácil trabajar con él, pero no me negarás que es generoso.

Sophie desvió la mirada mientras intentaba convencerse de que no era culpa suya que él se ofendiera tan fácilmente. Después de todo, él la había llamado «fiera».

¿Creería que iba a olvidarlo y hacer como si no hubiera pasado nada? Pero aquél era un día muy especial para Diana, y ella había querido que su jefe estuviera a su lado.

—Diana, escucha, te aseguro que ha sido culpa mía que Dominic se haya marchado. Hemos empezado con mal pie. Su coche pasó a toda velocidad a mi lado y me empapó al pisar un charco, por eso mi abrigo y mis zapatos están tan sucios. Creo que he perdido los nervios con él y le he insultado bastante ofensivamente.

Al ver la mirada incrédula de su amiga, Sophie se sintió aún más culpable.

—Si hubiera sabido que él había pagado el banquete, podría haberme contenido más. Lo siento, de veras.

—¡Sophie! ¿Qué es lo que has hecho? —gimió Diana, buscando su teléfono móvil en su pequeño bolso—. Tengo que llamarlo y pedirle perdón. Eso sí: si logro convencerlo de que regrese, tendrás que prometerme que te portarás lo mejor posible… ¡o no seguiremos siendo amigas! ¿Me has entendido?

—Igual sería mejor que me marchara yo —dijo Sophie, consciente de que era la vía más cobarde, pero tal vez la mejor.

—¡Eso sí que no! —respondió su amiga, furiosa, sujetándola para que no pudiera irse—. ¡Vas a quedarte aquí y a afrontar la realidad! Si Dominic quiere una disculpa tuya, se la darás, ¿me has oído, Sophie? ¡No voy a permitir que el día de mi boda sea un desastre porque has sido maleducada con la única persona con la que no puedo permitírmelo!

Capítulo 2

A Sophie nunca le había costado tanto esfuerzo tragarse su orgullo. Durante la cena evitó deliberadamente mirar a Dominic a los ojos.

Después de disculparse con él forzosamente, el hombre le había respondido con arrogancia:

—Acepto sus disculpas por el bien de Diana.

Después de eso, él la había ignorado el resto de la noche.

Sophie nunca se había sentido tan menospreciada en toda su vida. El había vuelto a vencerla y era evidente que quería hacerla sufrir. Sophie observó atentamente su rostro, hermoso pero duro como el pedernal, y detestó profundamente a su dueño. Ella se alegraba de que hubiera accedido a regresar al banquete, pero casi hubiera preferido dejar de ser amiga de Diana por no tener que soportar la incómoda situación en la que se veía en aquel momento.

Cuando la cena terminó y los invitados se trasladaron a la zona de bar y baile, Sophie se preguntó cuánto tiempo más debería quedarse para no ofender a Diana.

Estaba sola saboreando una copa de vino cuando levantó la vista y se encontró de frente con Dominic.

Por un largo rato él la contempló sin decir nada. Sophie sintió que le recorría una ola de resentimiento, pero le había prometido a Diana no dejarse llevar por su mal carácter, al menos respecto a ese hombre. ¡Qué difícil era!

—¿Se está divirtiendo? —le preguntó, confiando en que no lo interpretara como una burla.

—Es evidente que no le ha hecho gracia que yo haya regresado, Sophie — comentó él, esbozando una ligera sonrisa de medio lado.

Ella lo miró a la chaqueta en lugar de a la cara. ¿Por qué sus

ojos tenían que ser tan verdes y tan hipnóticos?

—¿Qué le hace pensar eso?

¡Maldición!, aquello sí que sonaba burlón. Era casi imposible ser agradable con aquel hombre cuando él se creía claramente mejor que cualquiera. De pronto Sophie vio por detrás de Dominic a Diana, que la miraba como recordándole que había prometido ser agradable con ese hombre.

Sophie tragó saliva con dificultad y logró sonreír levemente. Por un instante él pareció sorprendido, pero luego se dio la vuelta, dedujo que sonreía a causa de Diana, y volvió a girarse hacia Sophie con una mirada de desaprobación.

«Es la mujer más difícil y peleona que he conocido nunca», pensó Dominic.

Pero tenía unos ojos muy bonitos y una boca de lo más sexy. Aunque sus modales lo exasperaban, ella despertaba en su interior un fuego que no podía negar. De hecho, se imaginó transformando el enfrentamiento verbal con Sophie en otro enfrentamiento mucho más placentero. Si ella era una mujer activa en la vida, también lo sería en el sexo.

De pronto, Dominic fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera acostarse con Sophie. Se prometió que, antes de que terminara la noche, lograría que esa gatita ronroneara a su lado, en lugar de querer sacarle los ojos.

—Ya ha terminado su copa. ¿Le pido más champán? —preguntó.

Antes de que Sophie fuera consciente de sus intenciones, él le había retirado la copa y había llamado a uno de los camareros para que les sirviera más bebida.

Cuando se giró de nuevo hacia ella, posó primero su perturbadora mirada en sus ojos y luego en su boca, como si quisiera devorarla entera. A Sophie le inundó una ola de deseo tan intensa que por un momento dejó de pensar con claridad.

¿Qué demonios le sucedía? Ella detestaba a aquel arrogante, ¿cómo era posible que le atrajera tanto? «Debo de haber bebido demasiado alcohol», se dijo. Tenía que tranquilizarse antes de cometer otra locura y volver a hacer el ridículo. No se lo perdonaría en la vida.

—Creo que no debería probar más alcohol. No estoy acostumbrada a beber tanto —confesó.

«Fabuloso, acabo de dejar mi imagen por los suelos».

—Si no bebe alcohol, seguro que tiene otros vicios. Me pregunto cuáles…

Ella se vio atrapada por la sugerente voz de él y no pudo apartar los ojos de su rostro. Deseó tener alguna ocurrencia ingeniosa para frenar la mirada lasciva de él, pero se había quedado en blanco y con la boca seca.

—¿Sophie, está usted bien? —inquirió él, y la tocó en el brazo desnudo.

Fue un mero apretón, pero ella tuvo la sensación de que la estaba marcando, como el hierro del ganado. El lugar donde él la había tocado era puro fuego, Sophie estaba confundida: ese hombre le desagradaba profundamente, pero cuando la había tocado casi se había desmayado de placer. ¡Sin duda ése estaba siendo uno de los días más extraños de su vida!

—Estoy bien. Sólo… tengo un poco de frío, eso es todo.

—¿Frío?

El enarcó una ceja sorprendido y luego sonrió incrédulo. Era una noche calurosa y Sophie tenía las mejillas encendidas. En ese momento, Dominic supo con certeza que ella tenía problemas para ignorar la atracción que sentía hacia él. Era lo mismo que le estaba sucediendo a él con ella. Y, a sus ojos, sólo existía una solución a ese problema que tenían ambos…

—¿Cómo había pensado regresar a su casa esta noche? —preguntó, intentando sonar despreocupado.

Ella se sorprendió con la pregunta y al principio no supo qué contestar. Se obligó a centrarse. ¿Iba él a ofrecerse a llevarla?

—Seguramente me volveré con alguno de los amigos de Diana, o si no tomaré un taxi.

El se acercó a ella y le levantó la barbilla. Sophie creyó que el corazón iba a salírsele del pecho; de pronto, no existían ni Diana, ni Freddie, ni nadie más que Dominic y ella en la sala.

—Estaba pensado si, en lugar de eso… le gustaría dormir en el hotel, conmigo.

—¿Dormir en el hotel? —repitió ella, abrumada por lo mucho que la afectaba aquel hombre con una sola mirada.

¿Hablaba en serio? De pronto le asaltó la alarma de que quizás él sólo estaba jugando con ella para vengarse de que ella lo hubiera

insultado antes. Seguramente quería que se hiciera ilusiones para luego dejarla por los suelos.

Ella le apartó la mano de su barbilla.

—Debe de tomarme por una idiota si cree que voy a caer en su estúpida artimaña, señor Van Straten! ¡Lo que usted está intentando es vengarse de mí por haberle dicho lo que pensaba en lugar de haberme arrodillado ante usted como hace todo el mundo!

Dominic no pudo evitar reírse. En la vida hubiera pensado que ella se tomaría su invitación a acostarse con él como una venganza por haberlo insultado. Esa mujer estaba completamente a la defensiva. Tenía que convencerla de que no pretendía ofenderla; de hecho, su intención era justo la contraria.

—Está completamente equivocada, Sophie. No pretendía ofenderla. Y tampoco esperaba que usted se «arrodillara» ante mí. Lo que sí desearía fervientemente es que durmiera conmigo esta noche. Lo digo en serio, no es ninguna jugarreta. ¿Está de acuerdo?

El vio la confusión en los ojos de ella y el rubor de sus mejillas. Sintió que el deseo crecía en su interior y, acercando su mano al rostro de ella, acarició aquella piel de terciopelo.

—¿De acuerdo? —repitió él suavemente.

Sentada en la lujosa cama, Sophie entrelazó las manos para contener sus temblores mientras Dominic se arrodillaba delante de ella y le quitaba los zapatos.

Ella quería que la besara, lo deseaba con tanta fuerza que le dolía el cuerpo entero.

Contempló maravillada cómo él se quitaba la chaqueta y la corbata, se desabrochaba los botones superiores de la camisa y, sin apartar la mirada de sus ojos, acercaba sus manos a los muslos de ella. Fue subiéndole el vestido y acariciándole los muslos a través de las medias.

Ella se había puesto su conjunto de lencería más sexy, con liguero incluido. Se preguntó qué pensaría Dominic de eso. ¿Creería que se lo había puesto por si tenía suerte esa noche y se acostaba con alguien? La realidad era tan distinta que Sophie no pudo contener un gemido. Dominic le dirigió una sonrisa de lo más sexy dándole a entender que la comprendía y luego soltó las medias del

liguero y fue bajándoselas lentamente.

Un potente deseo invadió a Dominic. Seducir a una mujer bella era uno de los mayores placeres de la vida, y él llevaba en la sangre el arte de la seducción, igual que sabía cómo ganar una fortuna sin apenas esfuerzo; era algo innato en él.

Pero en ese momento era él quien se moría de ganas de que aquella mujer lo acariciara. Tenía la sensación de que, si no lo lograba pronto, se volvería loco.

Advirtió la excitación de ella y, de un preciso tirón, le bajó las bragas. El seguía arrodillado en el suelo, y acercó su cuerpo al de ella y le acarició la parte interna de los muslos. La sintió temblar y la oyó jadear conforme él se acercaba a su centro más íntimo e introducía un par de dedos en su interior. Al sentirla húmeda y caliente, Dominic no pudo contener su propio gemido de placer.

«¡Oh, sí, no pares, por favor! ¡Quiero más!», pensó Sophie desatada mientras Dominic la llevaba al clímax antes de que ella se diera cuenta de lo que intentaba. La invadió una explosión de calor y sintió los pezones duros contra el vestido. Gimió y ahogó un grito de placer, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos disfrutando del éxtasis.

Nunca había conocido un orgasmo como aquél, sólo había sido capaz de soñarlo.

Cuando abrió los ojos, vio que Dominic se había quitado la camisa y los pantalones. Lo devoró con la mirada: tenía un cuerpo fabuloso, de hombros anchos, vientre plano y caderas estrechas. Unos cuantos rizos rubios sobresalían de sus boxers de seda. Sophie se humedeció los labios sin darse cuenta de que lo hacía.

Dominic recibió el inocente gesto erótico con una mirada tan hambrienta que ella casi tuvo otro orgasmo. Entonces él se colocó sobre ella en la cama y la besó en la boca apasionadamente.

Jugueteó con sus labios y su lengua con una habilidad asombrosa. Sophie se deleitó en su sabor, deseaba más. Entonces él le levantó el vestido y se lo quitó por encima de la cabeza, y luego le desabrochó el sujetador con igual destreza. La contempló unos instantes en silencio.

—Eres perfecta —murmuró él, maravillado, mientras le acariciaba un pecho y luego el otro.

—No tan perfecta como tú —contestó Sophie, colocando su

mano sobre el estómago de él y gimiendo ante la sensación de acero y terciopelo a la vez.

—Tócame, Sophie —le dijo él con voz ronca—. Quiero que me toques.

Aquella petición abrió las puertas al deseo de ella. Ansiosamente, Sophie deslizó sus manos por el vientre de él, por sus rizos rubios, hasta llegar a su fabulosa erección, suave como el satén. La rodeó con su mano y él gimió, se inclinó hacia delante y besó a Sophie de nuevo ardientemente. Luego la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella a horcajadas.

Antes de que ella pudiera avisarle de que tomaba la píldora, vio que él sacaba un preservativo del bolsillo de su pantalón y se lo ponía. Sophie observó abrumada y excitada lo bien dotado que él estaba. Se olvidó de que se suponía que eran enemigos y que no tenían nada en común excepto aquella salvaje atracción sexual que los urgía a acostarse juntos sin conocerse apenas. Dominic acercó su boca a los senos de ella y los acarició por turno, provocándole el deseo más potente que ella había experimentado nunca; entonces, Sophie decidió dejar de pensar y simplemente disfrutar de la experiencia, como hacían sus amigas: deleitarse en el placer sexual y sensual sin sentirse culpable.

—¿Estás preparada para mí, Sophie? —le susurró Dominic al oído mientras se colocaba sobre ella—. ¿Vas a dejarme entrar?

¿Esa voz ronca era la misma que le había insultado horas antes? Dominic entreabrió sus muslos y se introdujo en ella lentamente pero con firmeza. Ella le acarició la espalda cada vez con más deseo mientras él la llenaba más y más.

—Eso es, gatita… Quiero sentir tus garras.

Dominic siempre había tenido una vida sexual de lo más saludable, pero nunca había experimentado un deseo tan poderoso como aquél. Era como si fuera incapaz de saciarse de ella.

Controlando con esfuerzo su urgencia por alcanzar el clímax, Dominic la penetró una y otra vez hasta que ella se abandonó en sus brazos. Al sentirla estremecerse y gemir de placer, él se entregó por fin a su orgasmo, tan potente y glorioso que se quedó sin aliento.

Antes de salir de ella, Dominic la miró a los ojos y le sonrió con mayor satisfacción que a ninguna de sus amantes anteriores.

—¿Ya no tienes nada que decirme, gatita? —le provocó

suavemente, mirándola satisfecho.

Ella contempló su hermoso rostro y sintió que lo deseaba de nuevo. Suspiró.

—A veces las palabras no son necesarias, ¿no crees? —susurró ella, y apartó la mirada de sus ojos.

No quería exponerse demasiado ante la ardiente mirada de él.

Sophie salía corriendo por la puerta de su casa, porque llegaba tarde, cuando la detuvo un mensajero con un enorme paquete para ella. Sorprendida, firmó el recibo, dejó el paquete en el vestíbulo y se apresuró a tomar el autobús para acudir al colegio donde trabajaba.

El mecánico le había dicho que no merecía la pena reparar su coche, que el arreglo le costaría más del doble del valor del propio vehículo. Así que, con el corazón roto, había tenido que renunciar a su medio de locomoción y resignarse a utilizar el transporte público. No podía permitirse comprarse otro coche, ni siquiera uno de segunda mano.

Se había prometido no pensar en lo que había sucedido el viernes, culminado por el acontecimiento más inusual de todos, cuando Dominic y ella habían terminado en la cama. ¿Cómo se había permitido ella comportarse de forma tan atolondrada?

No podía creerse que hubiera sucumbido al encanto del jefe de Diana.

El sábado por la mañana, después de despertarse y ser consciente de lo que había hecho, Sophie había tenido mucho cuidado de no despertar a Dominic y se había marchado de la habitación sin despedirse. Sabía que, a la luz del día, ambos lamentarían su aventura.

Se repetía a sí misma que con eso había hecho lo correcto, que les había ahorrado a ambos la vergüenza de verse de nuevo las caras. Sin duda él había sentido alivio al despertar y ver que ella no estaba.

Ese lunes por la mañana, Sophie agradeció estar entre sus alumnos de cinco años. Cada vez que le asaltaba el recuerdo de Dominic, el estómago le daba un vuelco. ¿Cómo era posible que un extraño muy atractivo, pero que le ponía furiosa, le provocara una

reacción tan intensa?

Ella nunca había tenido una aventura de una noche, y la única que tenía era con el jefe de su mejor amiga y además el día que ella se casaba…

Menos mal que, al menos, Diana y Freddie se habían marchado antes de enterarse de que Dominic y ella iban a pasar la noche juntos. A pesar de que se había prometido a sí misma que no haría nada que avergonzara a su mejor amiga, no hubiera podido resistirse a la invitación de Dominic; no, cuando él la había desnudado con los ojos y le había hecho el amor antes incluso de llegar a la habitación del hotel.

—¡Termine el cuento, seño!

Sophie se ruborizó al darse cuenta de que de nuevo estaba pensando en el millonario holandés y se concentró en el libro que tenía en el regazo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó a sus alumnos.

—¡El lobo grande y malo estaba a punto de comerse a la abuela! —contestó una niña rubia.

A Sophie no se le escapó la ironía de que le tocaba leer el cuento de Caperucita Roja y el lobo el mismo día que no podía dejar de pensar en Dominic…

Aquella tarde, cuando regresó a casa, Sophie se encontró con el paquete. Lo llevó al salón y lo observó cuidadosamente. Tenía la etiqueta de una tienda muy selecta de Knightsbridge. ¿Quién le mandaría algo así?, se preguntó mientras fruncía el ceño.

Ella procedía de una familia honesta de clase trabajadora. Ni sus padres ni su hermano Philip le mandarían un regalo caro así porque sí, y ella tampoco querría que lo hicieran. Abrió la caja y se quedó atónita al ver su contenido.

Era un abrigo, del mismo tono beige que el suyo, pero de cachemir y con un lujoso forro de seda. Lo sacó de la caja y comprobó que era justo de su talla y altura.

Lo dejó sobre el sofá con mucho cuidado y buscó alguna tarjeta en la caja, aunque se imaginaba quién lo habría enviado.

Cuando encontró el sobrecito con la palabra «Dominic» escrita a mano, creyó que el corazón se le salía del pecho. No recordaba haberle dado su dirección, pero seguro que entre el champán y hacer el amor, con lo relajada que se había quedado, había estado

más habladora que de costumbre. Gimió en voz alta al recordarlo.

¿Por qué Dominic le había enviado un regalo tan caro si sólo se habían acostado una vez? ¿Sería un insulto velado o una forma de hacerla sentirse mal? El le había asegurado que su invitación no era ninguna ofensa, pero ¿y si le había mentido?

Sophie sintió que el alma se le caía a los pies. ¿Y si él quería darle una lección horrible y vil?

El era un amante experto y le había hecho sentirse como nunca, pero Dominic Van Straten pertenecía a otra esfera social diferente a la suya. Quizás ese abrigo era una forma de pagarle por sus «servicios» de la otra noche a la «pobre chica de clase obrera». Sólo porque él le hubiera hecho el amor no significaba que hubiera dejado de ser arrogante, y posiblemente cruel.

El primer instinto de Sophie fue volver a meter el abrigo en su lujoso envoltorio y devolvérselo al remitente. Estudió la tarjeta buscando alguna dirección y la encontró. Le sorprendió que fuera la dirección de su casa y no la de su oficina: él vivía en Mayfair, uno de los barrios más exclusivos de Londres. ¿En qué otro lugar iba a vivir un promotor inmobiliario poseedor de una fortuna?

La tarjeta también incluía un número de teléfono. A Sophie se le aceleró el corazón mientras se acercaba al aparato. Si él creía que el viernes ella le había cantado las cuarenta, ¡eso no había sido nada comparado con lo que le esperaba!

¿Quién demonios se creía él que era ella, una fresca que aceptaría su insultante regalo sin decir nada?

—Residencia del señor Van Straten —saludó un hombre de voz cultivada.

—Querría hablar con el señor Van Straten —dijo ella, y una ola de adrenalina casi la hizo desmayarse.

—¿Quién le digo que llama? —inquirió el hombre.

Sophie sintió la garganta seca de pronto. Se había hecho a la idea de que él estaría fuera, o de que si estaba en casa le habría dado instrucciones a su mayordomo para deshacerse de ella. Pero él sí iba a contestar, así que se dijo a sí misma que debía mantener la calma y decirle firmemente lo que podía hacer con su carísimo regalo. El ya la había acusado de ser una verdulera y una fiera, y si volvía a insultarla se enteraría de lo que era bueno.

—Soy Sophie Dalton.

Estuvo a punto de explicar que era amiga de Diana, su asistente personal, pero le pareció ridículo. Si Dominic no la recordaba después de lo sucedido el viernes por la noche, no se merecería su respeto.

—¡Sophie, qué sorpresa tan agradable!

Al escuchar a Dominic, Sophie se quedó muda de sorpresa. Por teléfono la voz de él era mucho más sexy y más turbadora de lo que tenía derecho a ser. Le recordaba cuando él le había preguntado si estaba preparada para recibirlo… Sophie sintió que se le encendían las mejillas al acordarse.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo, Dominic, pero no es así. Acerca del abrigo que me has enviado…

—Espero que sea de tu talla. Te confieso que tuve que adivinar tus medidas, pero me precio de tener gran habilidad para eso.

Seguro que lo decía porque había estado con muchas mujeres… ¿Sería ella una más de sus conquistas? Furiosa y dolida, Sophie necesitó un instante para recuperar la compostura.

—Me da igual si es o no de mi talla! Para empezar, no tenías ningún derecho a regalármelo. ¡Sobre todo cuando sé que lo único que deseas es insultarme!

—¿Insultarte?

—¡Sí! ¿Por qué otra razón ibas a querer comprármelo? Es una forma degradante de «agradecerme mis servicios», ¿no es así? Pues ya sabes lo que puedes hacer con tu regalo. Mañana mismo te lo envío de vuelta, en cuanto abran la oficina de Correos.

—Mi chófer te manchó el abrigo sin querer al pasar con el coche por un charco, ¿recuerdas, Sophie? Sólo intentaba arreglarlo mandándote un abrigo nuevo.

Cualquier otra cosa es producto de tu imaginación.

—¿Y por qué ibas a querer arreglarlo ahora, cuando el viernes en la boda de Diana no pareció importarle mi situación ni un comino? ¡Sólo porque fuera lo bastante tonta como para acostarme contigo, Dominic, no quiere decir que sea estúpida! No quiero tu carísimo regalo, ¿me has oído? Sean cuales sean tus razones para enviármelo, no pienso aceptarlo. ¡No quiero estar en deuda contigo de ninguna forma!

Dominic no comprendía cómo una mujer podía sentirse insultada por recibir un lujoso abrigo de una de las tiendas más

exclusivas de la ciudad. De hecho, ninguna de las mujeres con las que él solía relacionarse hubiera reaccionado de esa forma tan inesperada.

De nuevo, a pesar de que le irritara el que Sophie creyera que quería insultarla, sintió que le invadía una ola de deseo. Recordó sus ojos azules llenos de pasión y su forma de moverse y abrazarlo… Ella era apasionada y tenía principios, aunque estuviera equivocada, y había sido su mejor amante hasta el momento. Al regalarle el abrigo no había pretendido insultarla; lo único que quería era tener una razón para volver a hablar con ella.

El sábado, al despertarse y descubrir que ella se había marchado, casi no dio crédito. Ninguna mujer lo había abandonado así nunca. Al principio ese comportamiento le irritó sobremanera y trató de justificarlo diciéndose que seguramente ella tenía un compromiso ineludible. ¿Por qué si no iba a marcharse sin ni siquiera darle los buenos días? Después, cuando se hubo tranquilizado y recordó el fabuloso sexo que habían disfrutado la noche anterior, supo que Sophie no se había marchado porque no hubieran congeniado. El estaba seguro de que ella querría verlo de nuevo. Al enviarle el abrigo, había incluido su dirección y su teléfono personales en la tarjeta esperado que ella lo telefoneara y así poder invitarla a cenar.

Quería verla cuanto antes, porque no conseguía sacársela de la cabeza. Y hacía mucho tiempo que una mujer no acaparaba su atención de esa manera. Seguramente sólo necesitaba acostarse con ella unas cuantas veces más para saciarse de ella, y luego podría olvidarla. Eso, siempre que ella le diera la oportunidad, claro…

—¿Por qué aceptar mi regalo va a suponer que contraigas una deuda conmigo?

—le preguntó él, frustrado.

—Porque sí —respondió Sophie, cansada de discutir.

Al día siguiente le devolvería el abrigo a Dominic y ahí terminaría todo. Ella ya tenía suficientes quebraderos de cabeza con pensar cómo podía conseguir dinero para comprarse un coche nuevo para ir a trabajar. El director del colegio insistía mucho en que fueran puntuales, y acudiendo en transporte público nunca tenía la seguridad de llegar a tiempo, o llegaba con demasiada antelación. Ella tenía un historial profesional inmaculado y quería

que continuara así.

—Voy a despedirme —dijo ella, con el estómago rugiéndole de hambre—.

Acabo de llegar del trabajo, estoy cansada y hambrienta y tengo que preparar deberes para mañana.

—¿Deberes?

—Soy maestra.

—Diana no me lo había dicho.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Buenas noches, Dominic.

—¿Por qué te marchaste tan rápido el sábado por la mañana?

Sophie deseó que él no hablara del sábado, y menos aún del viernes por la noche. Ella ya se sentía suficientemente mal por haber cedido a sus instintos más básicos tan repentinamente, ¡y con el hombre más inapropiado que podía existir!

—Quizás te resulte difícil de creer, Dominic, pero no soy el tipo de mujer que tiene aventuras de una noche. De hecho, es la primera vez que me sucede… y espero que la última. El viernes fue un día confuso y lleno de emociones para mí, no estaba muy centrada. Pero estate tranquilo, no te volveré a molestar.

Dominic dudó de eso. Sólo de recordar cuando ella lo había rodeado con las piernas y le había clavado las uñas en los hombros, se quedaba sin habla. ¿A qué se refería ella con que no había estado muy centrada? ¿Estaba sugiriendo que consideraba que hacer el amor con él había sido un error? No, eso sería demasiado duro para su orgullo.

—Si no quieres aceptar el abrigo, ¿por qué no lo traes a mi casa en lugar de enviármelo por correo? —le sugirió él suavemente, logrando disfrazar sus sentimientos encontrados—. Puedes venir mañana, después del trabajo. Tienes mi dirección en la tarjeta.

La propuesta sorprendió a Sophie.

—¿Por qué lo haces, Dominic?

—Me gustaría hablar contigo de Diana —contestó él.

—¿De Diana?

Sophie frunció el ceño confusa y fijó la vista en el suelo. La alfombra estaba tan usada que debería cambiarla por otra. De pronto, le invadió una inesperada ola de irritación y desaliento. Le encantaba su trabajo, enseñar era su vocación, pero por primera vez en su vida deseó que le pagaran más y poder llevar un mejor estilo

de vida.

—Quiero comprarle un regalo de boda, algo especial. La semana antes del enlace estuve en Singapur en viaje de negocios, así que no tuve ocasión de buscar nada para ella. Quizás tú podrías aconsejarme qué regalarle.

Sophie se quedó tan perpleja que por un instante no supo qué contestar. El había pagado el banquete de Diana y Freddie, ¡y además quería hacerles un regalo!

No había duda de que, como decía Diana, era un hombre generoso. Además, ella había creído que él no querría volver a hablar con ella después de decirle que el regalo del abrigo le parecía un insulto. Decidió no seguir por ese camino, no quería que Dominic le resultara simpático.

—Estoy segura de que no me necesitas para elegir un regalo para Diana.

—Tú eres su mejor amiga. Conoces sus gustos mejor que nadie. Podrías ayudarme a escoger algo que realmente le guste —aseguró él.

Era tan convincente que Sophie se planteó aceptar su propuesta. Estaba confusa: se había convencido de que lo que había sucedido el viernes por la noche era algo típico en la vida de Dominic y se había dicho que ella sería capaz de manejarlo, a pesar de haberse sentido utilizada al recibir el abrigo como regalo.

—¿No hay ninguna otra persona a la que puedas pedírselo? —preguntó ella.

¡Maldición! Era consciente de que estaba buscando una excusa para no tener que acudir a casa de Dominic. ¿Quién no se pondría nervioso ante la perspectiva? No todos los días una chica de barrio visitaba la casa de un millonario. Estaría igual de nerviosa aunque no se hubieran acostado juntos.

—¿No puedes hacerlo por tu amiga? —insistió él, dispuesto a conseguir su objetivo como fuera.

—De acuerdo, lo haré por ella. ¿A qué hora me presento allí?

—Mandaré a Louis a recogerte a las ocho en punto. Nos vemos luego, Sophie.

Capítulo 3

Sophie agarró fuertemente la enorme caja con el abrigo que iba a devolver y miró nerviosa la elegante puerta de la casa.

Lo cierto era que no tenía ningunas ganas de volver a ver a Dominic Van Straten. En aquel momento, se sentía como si se hubiera presentado voluntaria a la guillotina, tanto detestaba estar allí, independientemente de lo impresionante que fuera la mansión o de que hubiera llegado allí en un coche conducido por un chófer.

Nada de eso le producía placer. Sólo quería devolver el maldito abrigo y marcharse de allí tan rápido como pudiera.

Le abrió la puerta un mayordomo y ella se obligó a seguir adelante con su objetivo.

—Hola, soy Sophie Dalton. Tengo una cita con el señor Van Straten.

—Por supuesto. Por favor, entre, señorita Dalton. El señor Van Straten la espera en el salón. ¿Me permite su abrigo?

Sophie se desabrochó la prenda mientras el hombre le sujetaba el paquete. Ella hubiera deseado poder rechazar la sugerencia, pero no tenía sentido ser desagradable con un hombre al que ni siquiera conocía. Le tendió el abrigo y agarró el paquete de nuevo.

La casa era realmente magnífica, Sophie tuvo que esforzarse por no observarlo todo con ojos desorbitados mientras el mayordomo la conducía al salón. Cuando llegaron, el hombre anunció su llegada a Dominic y desapareció sin hacer ruido.

Dominic estaba junto a una preciosa chimenea de mármol, con una copa en la mano y una sonrisa de satisfacción y suficiencia. ¿Estaría felicitándose por haber sido capaz de que ella hiciera lo que él quería?

Sophie estuvo a punto de batirse en retirada. La habitación era

elegante y lujosa, pero el elemento más atractivo sin duda era el propio Dominic: su presencia era lo que dotaba de clase a la habitación. Estaba observándola a ella con una fría indiferencia y algo de arrogancia, advirtió Sophie, pensando que se había vuelto loca al haber ido allí. ¿No se había rebajado lo suficiente al haberse acostado con ese hombre al poco de conocerlo? ¿Necesitaba sentirse aún más avergonzada?

Apretó la mandíbula para intentar controlar sus nervios.

—He traído el abrigo… como dije que haría —anunció mientras intentaba recuperar la confianza en sí misma.

—Ya lo veo —contestó él.

Un incómodo silencio se estableció entre ellos. Sophie estaba a punto de excusarse y marcharse de allí cuando Dominic dejó su copa en la repisa de la chimenea e hizo un gesto hacia el enorme sofá delante de ella.

—¿Por qué no te sientas? Luego hablaremos del abrigo.

—No hay nada de lo que hablar. No lo quiero, así que te lo devuelvo —aseguró ella en actitud desafiante.

No iba a permitir que él le ganara la batalla. Dejó la caja en la mesa y no se arredró ante la mirada de irritación de él.

—A pesar de eso, sigo creyendo que deberías sentarte. ¿Qué quieres tomar?

Ella no quería tomar nada y tampoco quería sentarse. Lo que deseaba, con todas sus ganas, era marcharse. Pero aplacó ese ansia y se obligó a sentarse en el sofá. De pronto, al mirar alrededor y observar los muebles de anticuario y las obras de arte en las paredes, fue consciente de sí misma: no se había arreglado especialmente para ese encuentro con Dominic. Seguía con la misma ropa con la que había ido al colegio: un suéter rojo de cuello en pico, una falda negra larga y unos botines de tacón bajo.

Además, no se había maquillado a propósito. No quería que Dominic pudiera pensar ni por un momento que se había esforzado por resultarse agradable. A ella no le importaba lo que ese hombre pensara de su aspecto. Lo que ella quería era terminar cuanto antes y marcharse de allí.

—Estoy bien —le aseguró ella fríamente—. Me tomé un café antes de que tu chófer me recogiera.

—No me refería a un café. ¿Querrías una copa? Hace frío fuera,

un poco de alcohol te ayudaría a entrar en calor.

«Aunque no sé si a ti, doña Frígida, te afectaría eso», pensó él. No se esperaba tanta frialdad después de la pasión que habían intercambiado el viernes por la noche.

Le preocupaba el hecho de que ella estuviera tan evidentemente a disgusto en su compañía y de que no apreciara su casa. Dijera lo que dijera la gente de él, cuando invitaba a alguien a su casa le gustaba que estuviera a gusto.

Al tener a Sophie delante de nuevo, Dominic se dio cuenta de lo mucho que había deseado verla. Observó sus ojos azules y su pelo negro corto: ella era más hermosa de lo que recordaba, a pesar de su actitud gélida hacia él. Y además él no podía negar la chispa que se encendía en su interior con el simple hecho de estar en la misma habitación que ella. No comprendía cómo podía albergar un deseo tan salvaje por una mujer que estaba demostrando un desinterés y una falta de apasionamiento completamente contrarias a lo que había sucedido el viernes. Eso le hería el orgullo.

—Tampoco quiero una copa, gracias. ¿No habías dicho que querías hablar sobre un regalo de boda para Diana? —dijo Sophie, sacó un papel de su bolsillo y se lo tendió—. He apuntado algunas ideas que pueden ayudarte. Como no sabía cuánto podías gastarte, quizás mis sugerencias sean algo limitadas.

Dominic sonrió ante la idea de tener que controlar su gasto y dejó el papel sobre la mesa como si no le preocupara lo más mínimo. Al ver su gesto, a Sophie se le revolvió el estómago.

—¿Ni siquiera vas a dignarte a mirar lo que he escrito?

—Luego.

¿A qué se refería él con «luego»? ¿No era para eso para lo que la había invitado a su casa, para comentar el posible regalo de Diana?

—Respecto al abrigo… ¿te lo has probado? —preguntó él.

Sophie se ruborizó. Le avergonzaba admitir que sí que lo había hecho. Había sido una sensación maravillosa, el abrigo le sentaba como un guante y le hacía sentir bella. Pero eso no iba a contárselo a él.

—El asunto es, señor Van Straten…

Dominic no podía creer que volviera a tratarlo de usted. ¿Por qué estaba ella levantando barreras entre ellos cuando habían compartido su intimidad?

—Llámame Dominic. Nos conocemos lo suficiente como para tuteamos, ¿no crees? —apuntó él con suavidad y un toque burlón.

Ella lo miró sorprendida y luego desvió su atención.

—¡Apenas nos conocemos! A pesar de… lo que pasó entre nosotros el otro día.

Te dije por teléfono que no aceptaría el abrigo. Lo que sucedió, sucedió, pero deberíamos olvidarlo. Diana ya se ha casado y está en su luna de miel, se supone que disfrutando. Eso es lo único que importa ahora.

—Hazme un favor, ¿quieres? Me encantaría que te pusieras el abrigo.

Sophie contempló atónita cómo él sacaba la prenda de la caja y la sujetaba para ayudarle a ponérsela. ¡Era como si no hubiera escuchado lo que ella acababa de decirle, o lo que era peor, como si no le importara! Sophie palideció. Tenía la sensación de que acceder a ponerse el abrigo sería como quedarse desnuda delante de él.

—No quiero ponérmelo.

—¿Por qué no? ¿Qué daño va a hacerte?

—¿Siempre eres tan insistente?

—Cuando de verdad quiero algo, sí lo soy.

Sophie se dio cuenta de que, hasta que no se pusiera el abrigo, él no querría centrarse en otros temas. De pronto, se sintió como una tonta por estar dándole tanta importancia a aquello. El tenía razón, probarse el abrigo no iba a hacer daño a nadie.

Se lo pondría, le recordaría que no iba a quedárselo y se lo devolvería. Y después se marcharía de allí.

Pero cuando Dominic le ayudó a ponerse el abrigo, Sophie se sintió tan atraída hacia él que se puso a temblar. El destilaba elegancia y sensualidad. Su presencia, su olor actuaron sobre ella como un afrodisíaco que la llevó a otra dimensión.

Dominic terminó de ayudarla y la giró lentamente hacia él. Sophie se quedó paralizada: la mirada de él era tan ardiente que ella creyó que iba a desmayarse allí mismo.

Él fijó la vista en la boca de ella. Apenas llevaba maquillaje, pero no lo necesitaba: sus labios eran carnosos y rosados, tremendamente excitantes. El conocía de lo que eran capaces y quiso besarlos, mordisquearlos, devorarlos hasta que la pasión los

arrasara a los dos. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para aplacar su lujuria porque, si cedía a ella, Sophie saldría corriendo y no querría volver a verlo.

¿O quizás sí?

Dominic advirtió que ella temblaba y tenía las pupilas dilatadas. Se sentía atraída hacia él, aunque intentara disimularlo. Ambos se deseaban intensamente, pero ella había decidido ignorarlo.

Ese descubrimiento hizo brotar en él una sensación de victoria mucho más satisfactoria que cuando lograba cerrar un contrato millonario. Se prometió que volvería a acostarse con ella cuanto antes, y que sería mucho mejor todavía que la primera vez. El fuego que brotaba cuando estaban juntos no se apagaba así como así.

Dominic aplacó su deseo y contempló a Sophie vestida con el abrigo. Le sentaba de maravilla. De pronto, decidió que ella tenía que quedárselo, por mucho que protestara. La colocó frente al espejo que había sobre la repisa de la chimenea. Ella tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, signos de su excitación…

—Mira lo bien que te sienta… —le dijo Dominic.

Sophie vio su imagen en el espejo y supo que no era capaz de ocultar que su atracción hacia aquel hombre iba en aumento en lugar de disminuir. Su cuerpo no respondía a sus órdenes, estaba a merced de la atracción que sentía hacia él. Recordó la forma en que él la había acariciado y besado el viernes por la noche y estuvo a punto de perder el equilibrio.

No podía permitir tanto descontrol, se dijo Sophie, y se apartó del espejo decidida a recuperar el sentido común. Llegó hasta el sofá a grandes zancadas. Se sentía demasiado avergonzada como para resultar espontánea.

—Tengo que irme, de verdad tengo que hacerlo.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el brazo del sofá. Luego se cruzó de brazos, como si así pudiera ocultar que tenía los pezones más duros que nunca.

—Quiero que te quedes el abrigo —dijo él con voz ronca y mirándola apasionadamente.

—No.

—Sí, Sophie. Lo he comprado para ti y quiero que te lo quedes.

Ella se dio cuenta de que, si seguía dando importancia al tema del abrigo, iba a terminar haciendo que los dos estuvieran

incómodos. A regañadientes, lo agarró y acarició la suave tela.

—De acuerdo entonces… gracias. Pero quiero que sepas que no suelo aceptar regalos caros de hombres.

—Me alegro. ¿Entonces yo soy el primero? Eso me gusta. Y dime, ¿tienes novio o alguna relación con alguien?

Sophie lo miró perpleja mientras deducía las implicaciones que tenía esa inesperada pregunta.

—No, ¿y eso qué…?

—Ven a cenar a mi casa mañana por la noche. Louis te recogerá a las siete y media.

—Ya te he escrito la lista de posibles regalos para Diana. ¿Para qué querrías cenar conmigo?

Dominic la miró con los ojos entrecerrados.

—No finjas que no me has entendido, Sophie. Sabes muy bien por qué te invito a cenar.

Su tono incitante reveló la tensión erótica que había entre ellos, por debajo de la fingida tranquilidad que mantenían. Al darse cuenta, Sophie se sintió aterrada. Ella estaba convencida de que el abrigo era una forma de él de insultarla, pero la situación parecía ser otra completamente distinta: él parecía querer algo más que una aventura de una noche.

—No me lo has pedido —replicó ella, indignada—, ¡me lo has ordenado!

—Me da igual cómo interpretes mi invitación. Sólo quiero que estés lista cuando Louis acuda a recogerte mañana a las siete y media, ¿te queda claro?

Sophie se sintió abrumada por su determinación. Seguro que era la misma que él empleaba para sus negocios, y con la que había conseguido su enorme éxito. A Sophie le temblaron las rodillas: era evidente que, cuando ese hombre quería algo, nada ni nadie se atrevería a interponerse en su camino.

—Perfectamente claro. Pero a mí nadie me da órdenes, ¿te queda claro a ti?

Dominic soltó una carcajada y Sophie recordó cómo había reído el viernes, cuando estaban desnudos entre sábanas de seda. Para su consternación, no le resultó fácil dejar las imágenes de lado.

—De acuerdo, Sophie. Ya que estás tan ansiosa por marcharte, dejaré que te vayas. Pero ven mañana… ¿lo harás?

Sophie deseó poder volver atrás en el tiempo, al momento en que le había dado la lista con los posibles regalos para Diana. Si pudiera regresar a ese momento, no se hubiera quedado como lo había hecho ni se habría puesto el abrigo. Estando allí, la atracción hacia ese hombre era tan poderosa que no podía luchar contra ella.

Era una táctica desleal, tuvo que admitir ella. Dejó escapar un suspiro de resignación, preguntándose qué precio tendría que pagar por sucumbir a esa tentación aunque sólo fuera un segundo.

—De acuerdo, cenaré contigo. Luego me iré a casa y ahí terminará todo.

—¿Eso crees? —le provocó él burlón.

—Desde luego —aseguró ella.

—Por cierto, Sophie…

Ella estaba a punto de abrir la puerta cuando se giró y vio que Dominic le sonreía con suficiencia, dándole a entender que era él quien controlaba la situación.

—Por favor, mañana ponte algo más femenino para cenar. Hazlo por mí.

Sophie apretó la mandíbula para no contestarle con algo poco «femenino» y se marchó de allí sin decir nada.

Al día siguiente, Dominic voló a Manchester para cerrar un negocio de una promoción inmobiliaria. Después de una reunión de cinco horas con el cliente y de vencer a su rival, comió en uno de los mejores restaurantes de la ciudad con la hija del dueño, declinó su oferta de ir a algún lugar «más tranquilo» después de comer y regresó a Londres.

Durante todo el día, mientras negociaba duramente para conseguir el trato que se había propuesto meses antes que lograría, el recuerdo de Sophie había acudido muchas veces a su cabeza. Cada vez que eso sucedía, sentía una calidez que le hacía desear que llegara la noche lo antes posible, para poder ver a esa mujer de nuevo.

Hacía mucho tiempo que la posibilidad de un apasionado encuentro sexual no lo excitaba tanto, y quizás era porque conocía lo que le esperaba. Sophie y él juntos eran pura dinamita, aunque ella no quisiera admitirlo. Pero así sería mejor cuando ella admitiera el deseo que los dominaba a los dos.

El no iba a precipitar las cosas, esa vez iría muy despacio:

jugaría con ella y despertaría su deseo hasta igualar la pasión que él sentía hacia ella.

Fue pensando en ello durante el viaje y, cuando llegó a su casa en Mayfair, estaba de muy buen humor.

Capítulo 4

Sophie telefoneó dos veces a Dominic por la mañana, pero las dos veces le respondió el contestador automático y ella no quiso dejar ningún mensaje. Dejarle grabado que no iba a cenar con él le parecía una cobardía, y ella tenía sus puntos débiles, pero la cobardía no era uno de ellos.

Cuando pensaba en la noche anterior, no podía creer que se hubiera dejado hipnotizar por Dominic hasta el punto de acceder a volver a verlo. A la luz del día, la idea le parecía una locura. Una poderosa y perturbadora atracción sexual se había impuesto a su inicial rechazo y le había hecho desear pasar más tiempo en compañía de aquel hombre tan enigmático, un hombre tremendamente rico y poderoso con un tipo de vida muy por encima de ella.

Eran tan distintos que resultaba risible. Ella no podía permitirse ni comprarse un nuevo coche de segunda mano, como para plantearse volar al otro extremo del planeta de pronto. Además de la enorme diferencia entre sus clases sociales, él ni siquiera le gustaba, se decía Sophie una y otra vez. La única razón por la que él se interesaba por ella era porque la veía como una conquista fácil. Seguramente a él le hacía gracia juntarse de vez en cuando con una mujer de clase trabajadora en lugar de las de clase alta entre las que se movía habitualmente. Él podía permitirse ese tipo de juegos.

Así que, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que tenía que decirle a la cara que no estaba interesada en él.

Ojalá le hubiera dicho que sí tenía novio. Pero a ella no le gustaba mentir, aunque fuera para protegerse de millonarios depredadores como Dominic Van Straten. Así que decidió que acudiría a la cita, pero no entraría en la casa y le diría a Dominic

que verlo de nuevo sería un error.

Sintiéndose aliviada por la decisión que había tomado, Sophie regresó junto a sus alumnos y se divirtió toda la tarde pintando con los dedos.

Aquella tarde llovía suavemente cuando Sophie llamó a la puerta de Dominic.

Él le había pedido expresamente que se pusiera ropa femenina, pero debajo de su abrigo negro llevaba un sencillo suéter negro y unos vaqueros. A conciencia, no se había puesto el abrigo que él le había regalado, ni se había arreglado. No tenía sentido, cuando había ido a decirle que no iba a quedarse a cenar.

Pero cuando el propio Dominic abrió la puerta vestido con un impecable esmoquin y una sonrisa, la determinación de Sophie de no volver a verlo se desvaneció rápidamente.

—No voy a entrar —anunció ella, avergonzada por no haber querido arreglarse—. Sólo he venido a decirte que no voy a quedarme a cenar. Esta mañana, después de haberlo consultado con la almohada, he tenido algunas dudas al respecto.

Dominic sintió una amarga desilusión y se enfureció que ella lo rechazara con tanta facilidad. Por si fuera poco, seguía sintiendo un deseo incontenible. Llevaba todo el día deseando verla de nuevo, y ella le salía con que «tenía dudas». Ninguna mujer lo había rechazado nunca y ella no iba a ser la primera.

—Entra —le dijo, abriendo la puerta de par en par—. Ahí fuera te estás mojando.

Sophie entró a regañadientes, y entonces la calidez y la luminosidad de la magnífica mansión la envolvieron y se vio transportada a un mundo diferente del que solía frecuentar. Ser muy rico daba una prestancia especial y Dominic Van Straten destilaba esa prestancia.

El cerró la puerta y estudió de pies a cabeza a Sophie.

—Tengo algunos amigos que desean conocerte —comentó, e hizo un gesto hacia la puerta del comedor—. ¿Vas a privarlos a ellos también de tu compañía?

—¿Unos amigos? —preguntó Sophie, alarmada—. Yo creí que estaríamos solos tú y yo…

Se detuvo al verlo entrecerrar los ojos con gesto burlón y tragó saliva.

—No me dijiste que era una invitación formal —añadió ella, ruborizándose.

Se sentía una tonta por haber dado por hecho que él querría cenar a solas con ella.

—¿Esperabas que estuviéramos solos? —preguntó él suavemente.

Sophie se alarmó aún más al verlo acercarse a ella. El olía tan bien… demasiado bien. Sintiéndose acorralada por él, se le aceleró el corazón.

—¡No! —respondió apasionadamente.

Deseaba que se la tragara la tierra, lo que fuera con tal de no tener que soportar la mirada burlona de aquel hombre.

—Yo no esperaba nada. ¿Habría acudido si no a rechazar tu invitación?

—Me gustaría que te quedaras —dijo él en un tono que a ella le pareció una orden.

Pero Sophie no tenía ningunas ganas de conocer a los amigos de él, ricos y elegantes, mientras ella iba vestida igual que en clase con sus alumnos. Aunque se había lavado a conciencia, ¡aún le quedaban restos de pintura debajo de las uñas!

Ocultó sus manos en los bolsillos del abrigo.

—No puedo, de verdad. De todas formas, gracias por pedírmelo y por mandar a Louis a buscarme. No quería dejarte un mensaje en el contestador, quería decírtelo en persona.

El admiraba su integridad, pero no iba a aceptar una derrota. No, cuando sabía que aquella maestra estaba intentando ignorar una atracción tan fuerte como la que él sentía hacia ella. Ella estaba asustada, eso era todo.

—Permíteme que te quite el abrigo —dijo él y, ante el asombro de ella, le desabrochó los botones.

—¡Dominic, ya te he dicho que no he venido a quedarme!

Él contempló con mirada impenetrable el suéter negro de ella, muy sencillo pero que realzaba las curvas de sus senos. Entre el suéter y los pantalones vaqueros quedaba una delgada franja de piel que renovó su deseo. Quizás aquella ropa no fuera excesivamente femenina ni exclusiva, pero decididamente era sexy.

—No me he arreglado para cenar, ya lo ves.

—Vas a descubrir que ser amiga mía te permite ciertas licencias,

Sophie. Nadie comentará nada por que vayas así vestida.

Sophie no le creyó, pero aunque lo hubiera hecho seguía sin tener ganas de traspasar las puertas del comedor. Seguro que sus amigos, y sobre todo las mujeres, sí que hacían comentarios sobre ella. Seguramente creerían que Dominic había perdido el juicio al estar con una don nadie como ella que ni siquiera se arreglaba para cenar.

—No lo creo. Si supieras cómo pueden ser las mujeres, no dirías eso.

—Conozco a las mujeres, te lo aseguro, y lo único que les va a pasar es que van a envidiar tu juventud y tu belleza.

Sophie iba a protestar, pero al oír esas palabras no dijo nada. Dominic acercó su rostro a unos centímetros del de ella y a Sophie se le disparó el pulso. El cerró los ojos y aspiró su aroma. A Sophie se le erizó el vello de deseo.

Estar tan cerca de él y no ser libre para tocarlo era una agonía. Por un peligroso segundo, Sophie estuvo a punto de acariciarle el rostro. Pero él abrió los ojos antes de que eso sucediera y encendió a Sophie con una ardiente mirada.

—¡Andrews! —llamó él, y se hizo a un lado al ver aparecer al mayordomo—.

Tome el abrigo de la señorita Dalton.

—Dominic, ya te lo he dicho: ¡no voy a quedarme!

—Pero yo quiero que te quedes —dijo él con firmeza. Le ayudó a quitarse el abrigo y se lo dio al mayordomo.

—¿Y qué sucede con lo que yo quiero? —preguntó ella débilmente, sintiéndose expuesta y vulnerable.

Ojalá al menos se hubiera puesto falda. Pero ya era demasiado tarde, y además era culpa suya encontrarse en aquel dilema. Debería haber sido más firme con Dominic. Debería…

—Por aquí.

El la rodeó por la cintura con un brazo y la condujo hacia la puerta del salón.

Sophie quiso resistirse a su capacidad de persuasión, pero no fue capaz. Era como si su voluntad hubiera desaparecido.

En el salón, los invitados charlaban animadamente con copas en la mano.

Sophie se sintió inmediatamente excluida de aquella élite. Ella

no era como ellos, por mucho que se pegara a Dominic. Y sabía que su incomodidad y su atuendo la delatarían como alguien ajeno a ellos.

Varias cabezas se giraron hacia ellos y Sophie deseó soltarse de Dominic, que la sujetaba suavemente de la cintura. Pero era demasiado tarde para eso.

—Escuchadme todos, ésta es Sophie. Se ha acercado a decirme que no iba a quedarse a cenar, pero como podéis ver la he convencido para que se quede.

Sophie se sintió ofendida por la sorprendente franqueza con la que él había explicado su presencia allí y su vestimenta, pero al menos agradeció no tener que dar más explicaciones por no haberse arreglado para la cena. Y rezó para que la gente no le preguntara qué hacía ella allí, aunque a juzgar por las miradas de muchos de los invitados eso no iba a ser así. Alguien le tendió una copa y ella la aceptó y sonrió a modo de agradecimiento. El hombre que se la había ofrecido tenía unos cincuenta años, aire distinguido y la miraba con sincera curiosidad.

—Dominic se tenía muy callado que usted existía, pequeña Sophie. ¿Dónde se conocieron ustedes dos?

—En una boda —intervino Dominic, y miró a Sophie indicándole que él se ocuparía de lidiar con los invitados.

La gente fue uniéndose a su grupo y se reanudaron las conversaciones. Sophie tenía cada vez más la sensación de que ella no pertenecía a ese mundo. Deseó estar en su casa escuchando música mientras cenaba a la luz de las velas entre el olor a incienso. Ese ritual era una forma de desconectar del día.

Dominic la tomó de la mano. Sophie levantó la mirada y se sorprendió al ver que sonreía. Estaba más arrebatador que nunca, algo que la inquietaba.

—Marcus preguntaba cómo te ganas la vida, Sophie.

—Soy maestra —dijo ella, levantando la barbilla con orgullo—. Maestra de primaria.

—Tiene mucho sentido.

—¿A qué se refiere?

—Usted parece demasiado dulce y pacífica como para lidiar con adolescentes, querida. ¿No crees, Dominic?

—No te equivoques —respondió él, divertido al ver la expresión

ofendida de ella—. Bajo esa imagen de inocencia hay una verdadera tigresa.

Sophie bebió un trago de vino tan rápido que casi se atragantó y sintió que se mareaba.

—Dominic, ¿podemos hablar un momento en privado? —dijo, fulminándolo con la mirada.

—Desde luego —contestó él, se excusó frente a los invitados y la condujo al vestíbulo—. ¿De qué se trata?

El era consciente de que ella no se sentía a gusto en su casa ni en aquel ambiente, con gente tan pomposa como Marcus. Pero ese hombre era el marido de Emily, y Emily era una buena amiga suya, muy liberal y acogedora, que aceptaba a la gente tal cual era. Había avisado en el último momento de que no podía acudir a la cena, pero su marido sí había ido. En ese momento, Dominic deseó no haber invitado a nadie y haber cenado con Sophie a solas.

—No puedo quedarme a cenar, tengo que irme —repitió ella.

—¿Quieres decir que no quieres estar aquí? —le presionó él, mirándola muy serio.

—Tus amigos no son el tipo de gente que yo frecuento —explicó ella—.

Deberías de saberlo. No tengo nada en común con ellos.

—Te valoras poco, Sophie. Eres profesora, tienes estudios. Seguro que no te cuesta tanto mantener una conversación superficial durante… ¿cuánto, un par de horas?

—Mira, Dominic… estoy agotada. He tenido un día muy ocupado y lo que realmente quiero es sentarme en el sofá con los pies en alto y relajarme un poco. Has sido muy amable al invitarme a cenar pero, como te he dicho al llegar, tengo mis dudas acerca de ti y de mí.

Dominic no quería que ella se marchara. Se maldijo de nuevo por haber organizado ese evento.

—¿Cuándo podré verte de nuevo?

Aquella pregunta tan directa pilló a Sophie por sorpresa. ¿El hablaba en serio?

¿O sólo sentía herido su orgullo porque, desde que se habían acostado juntos, ella se había mostrado fría con él?

—Tú eres un hombre ocupado.

—No me interesa comentar contigo mi agenda, Sophie. No te

haces una idea de lo frustrado que me siento porque esta noche no haya resultado tan bien como yo esperaba. Si me dices cuándo estarás libre próximamente, sacaré tiempo para que nos veamos.

Sophie advirtió que a él le palpitaba la sien, signo de emoción contenida, y se quedó sorprendida. Contempló su rostro y su cuerpo, y una ola de deseo salvaje se apoderó de ella. Desde luego que ella quería verlo de nuevo, cuando no estaba a su lado no podía dejar de pensar en él. Estaba abrumada por su encanto, pero tenía que protegerse, y lo haría sin revelarle la poderosa atracción que él le despertaba.

—El viernes por la noche —dijo ella al fin—. Estoy libre el viernes por la noche.

—¿A qué hora terminas en la escuela? Iré a recogerte con Louis. Tengo una reunión en un hotel de Suffolk de seis a ocho de la tarde y había planeado dormir allí el viernes por la noche. Puedes venir conmigo, darte un baño de sales mientras yo estoy en la reunión y luego cenar conmigo hacia las ocho y media. ¿Qué te parece el plan?

«¿Que qué me parece? ¡Creo que acabo de descubrir una faceta mía muy imprudente! ¿De veras estoy tan loca como para pasar otra noche junto a él?», se dijo ella. Porque él no era un hombre cualquiera, estaba completamente fuera de su alcance. ¡Podría comprarse varios hoteles como en el que iban a alojarse! Y además, ¿qué diría Diana cuando se enterara?

—Dominic, aprecio de veras tu invitación, pero…

—¿Vas a rechazarla también? —preguntó él, dejando muy claro que la idea le desagradaba terriblemente.

De todas las mujeres a las que él conocía, ¿por qué la había escogido a ella?, se preguntó Sophie; no lograba comprenderlo. De acuerdo, habían saltado chispas entre ellos en la cama, pero seguro que para él eso era algo habitual. Conocía a mujeres hermosas a todas horas, con dinero y éxito en la vida. ¿Por qué iba a interesarse en una maestra de escuela normalita que no tenía dinero ni para comprarse un coche de segunda mano?

Pero al ver la mirada de desilusión y deseo de él, de pronto Sophie se quedó sin excusas para rechazarlo. La verdad, que le aterraba, era que no deseaba rechazarlo, independientemente de lo poco que parecieran encajar el uno con el otro.

—¿Realmente quieres ir a buscarme al colegio? —preguntó ella.

Dominic respiró aliviado y se relajó un poco.

—No suelo decir cosas que no quiero decir, Sophie.

Ella se encogió de hombros.

—No sé qué pensarán mis compañeros del colegio cuando aparezcas en tu lujoso coche conducido por un chófer —comentó, y esbozó una leve sonrisa al imaginárselo.

—¿Te importa lo que piensen, Sophie?

Ella lo miró a los ojos y el deseo la invadió. Negó con la cabeza.

—No —respondió, desafiante—. Lo que yo hago fuera del trabajo no es asunto suyo.

A él no iba a explicarle que era bastante reservada con sus colegas de trabajo porque no le gustaban los chismorreos ni fingir amistad.

—Me alegro.

—Ahora tengo que irme.

—Como quieras —contestó él con los ojos brillantes, como intentando retenerla allí con la fuerza de su mirada.

—Quedamos a las tres y media —dijo ella—. Es la hora a la que termino mi jornada.

De pronto, se puso nerviosa y feliz a la vez al pensar en que lo vería de nuevo el viernes y pasarían la noche juntos.

—Voy a avisar a Andrews para que traiga tu abrigo —anunció él, y salió de la habitación a grandes zancadas.

Sophie lo observó marcharse y no pudo evitar admirar sus anchos hombros y su imponente presencia. Se estremeció de placer. Le resultaba difícil de aceptar, pero de pronto se dio cuenta de que estaba deseando que llegaran las tres y media del viernes…

Capítulo 5

Sophie salió a toda prisa del colegio con una pesada mochila al hombro y vio el Rolls Royce, brillante y majestuoso, esperándola a la puerta. El corazón le dio un vuelco y se quedó sin aliento.

Louis conducía el coche, pero ¿estaría Dominic en el asiento trasero, observándola a través de las lunas tintadas? Por si acaso, ella aminoró el paso. No quería parecer ansiosa. La única razón por la que corría era porque llegaba diez minutos más tarde de la hora pactada.

Estaba a punto de llegar al coche cuando una colega suya, Bárbara Budds, profesora de matemáticas, se unió a ella y la miró con curiosidad. Era evidente que se moría de ganas de saber si ese lujoso coche tenía algo que ver con Sophie.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana, Sophie?

—Voy a visitar a unos amigos. ¿Y tú? —preguntó ella, intentando sonar despreocupada, pero consciente de que se había ruborizado.

—Ese coche no suele venir a buscarte, ¿no es así? —insistió la mujer.

—Discúlpame, Bárbara, tengo que irme, llego tarde. Que tengas un buen fin de semana.

Consciente de que su colega la estaba observando, Sophie le dio la mochila a Louis para que la guardara en el maletero y deseó que Dominic hubiera elegido un lugar más discreto para esperarla. Por aquella zona no era habitual ver vehículos tan lujosos, y estaba claro que su colega Bárbara no era la única que se estaría preguntando qué hacía ese coche ahí. Sin duda sería el tema principal de chismorreo el lunes.

La puerta de atrás del coche se abrió y Sophie vio a Dominic en

el interior. El la miró con frialdad, pero eso no hizo sino encender aún más el deseo de Sophie.

—Llegas tarde —dijo él al fin mientras la recorría con la mirada de pies a cabeza.

¿Estaría enfadado con ella? ¿Habría cambiado de opinión y ya no querría que ella lo acompañara? Sophie se enfureció consigo misma por haberle echado tanto de menos.

—El director quería hablar conmigo —explicó mientras se le aceleraba el pulso.

—Espero que no fuera nada serio.

—Oh, no. Quería advertirme de que no puedo leer literatura subversiva a mis alumnos —respondió ella, y al ver la cara de él, sonrió—. Es una broma.

—Qué divertido. ¿Por qué no te metes en el coche y nos vamos? —dijo él secamente.

¿El no tenía sentido del humor? Mientras se acomodaba en el asiento trasero, Sophie lo dudó. Y en aquel momento se hubiera bajado del coche si no llega a ser porque Dominic le sonrió. Fue una sonrisa tan seductora que la encendió de arriba a abajo.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó él.

El coche era lujoso e impresionante, pero mucho más lo era su propietario.

Tenía personalidad y clase. Una clase muy lujosa.

—Ha sido atareado… y ruidoso —contestó ella, y sonrió—. ¿Alguna vez has pasado un día con un grupo de niños de cinco años que no paran de gritar y reír?

Sophie se dijo que tenía que relajarse. Estaba tan tensa al lado de él que saltaría por cualquier tontería.

—No, nunca he pasado un día así —respondió él, serio pero aliviado porque ella no se hubiera echado atrás en lo de acompañarlo.

El no sabía cómo era posible, pero se sentía como un adolescente con las hormonas revolucionadas respecto a Sophie Dalton. Llevaba todo el día esperando verla de nuevo y cada vez que pensaba en ella se estremecía. No había querido plantearse qué sucedería si ella lo rechazaba en el último momento. Cuando se le había planteado la duda, la había aplastado rápidamente. En sus treinta y seis años de vida él no había experimentado una

inseguridad tan grande con nada ni nadie como con aquella mujer. Y no le gustaba esa sensación.

Para él, acostumbrado a ganar millones de dólares todos los días, sentirse perdido con una mujer era algo inhabitual. Desde que había nacido, en una familia adinerada, había tenido siempre a todas las chicas que había deseado. Pero conforme iba teniendo más éxito en los negocios, su fascinación por las mujeres había dado paso a su fascinación por su trabajo. Llevaba casi dos años sin tener novia y no le había importado mucho. De vez en cuando, por necesidad, realizaba algún encuentro sexual, pero prefería no tener nada que lo distrajera de su trabajo.

Aunque en aquel momento, mientras observaba de reojo a Sophie, el deseo que experimentó fue tan intenso que casi era insoportable.

Diana, su secretaria, había mencionado muchas veces a Sophie cuando hablaba y a él no le había parecido una mujer tan peligrosa para su paz interior como lo era en realidad. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo sin conocerla?

—¿Por qué Suffolk? —preguntó ella, quitándose el abrigo dentro del coche.

Por un instante, Dominic no pudo pensar con claridad. Ella llevaba un suéter rojo de cuello alto, algo poco sexy en un principio, pero en ella resultaba tremendamente incitante. Dominic tragó saliva.

—Uno de mis clientes es el dueño del hotel. El entomo es muy bonito, es más tranquilo que Londres y la comida es de primera. Son suficientes razones para que nos reunamos allí, ¿no crees?

—Suena muy bien.

Sophie dobló el abrigo y lo colocó en el espacio entre ella y Dominic. De uno de los bolsillos se le cayó el monedero al suelo. Se agachó para recogerlo y Dominic hizo lo mismo, y por un instante eterno sus miradas se cruzaron y a Sophie le invadió una tremenda alegría y un intenso deseo. El coche se puso en movimiento y el ronroneo del motor los envolvió en una atmósfera íntima y única. Sophie supo que era uno de los momentos más sensuales de su vida.

Dominic quiso besarla. No supo cómo, pero se contuvo de unir su boca a la de ella, de entreabrir aquellos labios con la lengua y volver a mezclarse con ella de la manera más íntima.

No era el momento ni el lugar más adecuado para hacer realidad sus deseos, así que recurrió a toda su fuerza de voluntad para contenerlos y en lugar de abalanzarse sobre Sophie, recogió su monedero y se lo ofreció.

Ella lo agarró con las mejillas encendidas tras aquel breve encuentro sexual. No se habían ni tocado, pero ambos habían sentido la promesa de lo que sucedería cuando estuvieran de nuevo a solas.

El hotel estaba en un antiguo edificio de estilo Tudor restaurado con mucho gusto y mucho dinero.

Sophie siguió el consejo de Dominic y decidió darse un baño mientras él se reunía con su cliente. Después, Dominic y ella habían quedado a las ocho y media en el comedor. Hasta entonces, Sophie tenía tiempo para decidir cómo iba a asimilar aquella incursión repentina e inesperada en la vida de los ricos. Sabía que Dominic quería volver a acostarse con ella, ¿por qué otra razón si no iba a haberla llevado allí?

Pero por un instante, deseó que él también quisiera pasar un rato junto a ella, en su compañía. Ella también lo deseaba a él; sólo de pensar en sus besos se encendía. Pero al mismo tiempo quería dejarle muy claro que ella no solía comportarse así con los hombres.

A sus veintiséis años, había tenido varios novios, pero sólo había llegado «hasta el final» con uno, Stuart. Y él le había devuelto su confianza y devoción acostándose con la novia de su mejor amigo en medio de una borrachera. Después, él le había rogado que lo perdonara y le había jurado que no volvería a suceder, pero Sophie no había podido ni creerle ni perdonarle.

Había intentado convencerse a sí misma de que esa experiencia no la había marcado, que sólo le había hecho ser más cauta con los hombres, pero sí que le había dejado cicatriz: llevaba más de un año sin salir con nadie. Y no había sido por falta de oportunidades, pero el miedo a comprometerse en una nueva relación le había impedido desarrollar cualquier tipo de sentimientos hacia nadie. Hasta ese momento.

Ella no era ninguna colegiala inocente. Sabía perfectamente que Dominic no querría una relación con ella, sólo una ardiente aventura fugaz en un hotel para satisfacer su capricho de hombre rico…

Pasadas las nueve de la noche, Dominic no se había presentado aún en el comedor. Sophie se había bajado un libro por si él se retrasaba, así que lo sacó de su bolso y trató de leer. Pero por más que lo intentaba, no lograba concentrarse.

Al poco, apareció un camarero con un mensaje de Dominic: le pedía disculpas por el retraso y le explicaba que la reunión se había prolongado y que ella empezara a cenar. Sophie se había sentado a la mesa con mucha hambre, pero se había ido poniendo tan nerviosa que tenía un nudo en el estómago. Cuanto más tiempo esperaba a Dominic, más se repetía que haber ido allí con él era un tremendo error.

Y entonces, repentinamente, él llegó a su lado con una sonrisa educada pero distante, como la que debía de emplear cuando quería apaciguar una situación. A Sophie se le cayó el alma a los pies: seguramente él hubiera preferido cenar solo que tener que entretener a una mujer de la que sabía muy poco.

Esa noche ella se había arreglado con mucho esmero. Se había puesto lo único elegante de su vestuario: un vestido negro de terciopelo con minifalda, una chaqueta tipo bolero a juego y una gargantilla con un rubí de bisutería. Además había resaltado sus ojos azules con sombra de ojos color ciruela y máscara de pestañas negra.

—Siento llegar tan tarde. ¿Has pedido ya la comida?

Dominic se sentó frente a ella con aire preocupado y distante. No pareció apreciar el trabajo que se había tomado ella por agradarle, y de nuevo Sophie se cuestionó si era una buena idea estar allí.

—No. Estaba a punto de mirar el menú. ¿La reunión no ha ido bien?

Aquella aguda observación puso en alerta a Dominic. Normalmente él era capaz de ocultar sus sentimientos. Pero esa tarde había perdido la calma con un rival que siempre caía ante él, y el encuentro le había dejado un mal sabor de boca.

¿Merecía la pena perseguir el éxito a toda costa, por el mero hecho de conseguirlo?

Había visto la desesperación y la avaricia reflejada en los ojos de aquel hombre y se le había revuelto el estómago. ¿Era así como él resultaba a otras personas que tenían menos éxito que él?

Por eso la reunión no había ido bien. No le había gustado verse obligado a esa introspección. Pero en ese momento, cuando por fin se permitió recrearse en la hermosa Sophie, con su sencillo vestido resaltando sus deliciosas curvas, le invadió un poderoso deseo que no pudo ignorar.

—Nunca mezclo los negocios con el placer, Sophie, así que prefiero no hablar de la reunión. Por cierto, estás muy guapa con ese vestido.

Ella se estremeció ante el inesperado halago dicho con tanta frialdad. Era como si acabara de pasar de una sauna a una fría lluvia. Ese hombre la encendía con la mirada y al mismo tiempo ese deseo tan intenso la asustaba.

—Gracias. Lo compré el año pasado en las rebajas… —respondió, y al instante se maldijo por ser tan bocazas.

¿En qué estaba pensando para hacerle esa confesión? El no era una amiga íntima que entendía su forma de vida y con quien podía hablar de todo. Estaba en un hotel de cinco estrellas con un hombre que podía ser el dueño del hotel, ¡y de cincuenta más como ése!

—No importa —señaló Dominic sin sonreír—. Te sienta muy bien.

La frialdad de su voz no ayudó a que Sophie se sintiera mejor. Esa metedura de pata ponía de manifiesto su falta de mundo y, una vez más, la distancia social entre ambos. De repente, ella ya no tenía ganas ni de fingir que tenía hambre.

—Creo que debería irme a casa. Es evidente que te estás arrepintiendo de haberme pedido que te acompañara, y yo también creo que no ha sido la mejor idea del mundo. Soy una maestra de primaria con una vida de lo más normal, Dominic.

No frecuento al mismo tipo de gente que tú y no conozco nada de tu mundo. Seguro que supongo una novedad para ti, pero eso no me da mucha confianza, la verdad.

Así que, para evitamos a los dos situaciones incómodas, será mejor que lo cancelemos. ¿No te parece?

Sophie terminó atropelladamente y se ruborizó. Vio que Dominic esbozaba una sonrisa y apartó la mirada de él. Esa sonrisa no tenía nada que ver con la que tenía al llegar.

—Estás sacando conclusiones sobre una base equivocada si crees que me arrepiento de haberte pedido que me acompañaras en este

viaje. Estoy muy contento de que estés aquí. No he pensado en otra cosa en todo el día, aparte de en la reunión, claro está. Y al creer que eres una «novedad» nos estás insultando tanto a ti como a mí. Yo sólo salgo con mujeres que me interesan, Sophie, y no me refiero sólo en lo físico. No soy tan superficial como para soportar a una mujer aburrida o poco inteligente por el simple hecho de acostarme con ella. Aunque, cuando tú y yo estemos en la cama, espero que no tengamos ganas de hablar.

Sophie, que ya tenía las mejillas encendidas, notó que le ardían un poco más.

—¿No tienes nada que decir a eso? —le provocó él.

Ella no solía quedarse sin palabras, pero en aquel momento no supo qué decir.

Tenía la mente tan acelerada que era como si sus cuerdas vocales no respondieran a la misma velocidad.

—Entonces… ¿quieres que me quede? —preguntó con un hilo de voz.

—Desde luego que sí —aseguró él con una arrebatadora sonrisa, y se concentró en elegir el menú.

La habitación del hotel estaba a oscuras. Sophie alargó el brazo hacia el interruptor de la luz, pero Dominic se lo apartó antes de que la encendiera. El perfume de él y su propio aroma a hombre tenían como hipnotizada a Sophie, que se sentía extrañamente desorientada y poseída de deseo.

—Me alegro de que nos saltáramos el postre —comentó él en tono juguetón, le acarició el cuello y le hizo mirarle.

Sophie sintió el cálido aliento de él en su rostro y de pronto fue como si volara.

Ese hombre le transportaba a otra dimensión donde sólo existían el deseo y el placer.

—Mi pequeña y sexy Sophie —dijo él con una sonrisa, y la besó fugazmente.

Fue un simple roce, pero al sentirlo Sophie gimió y entreabrió su boca para él.

Fue la señal perfecta para tomar lo que tanto deseaba. Dominic hundió su lengua vorazmente en la boca de ella y la exploró a conciencia, despertando en ella sensaciones desconocidas y maravillosas.

Luego fue acariciándole los hombros, los senos, las caderas… La sujetó por los glúteos y la atrajo hacia sí para que sintiera su deseo por ella. A Sophie no le quedó duda de que él la deseaba, y aquella pasión hizo que le temblaran las rodillas y que casi no se la creyera.

Llegaron a trompicones hasta la enorme cama lujosamente vestida. Sophie sintió que Dominic se quitaba la chaqueta y se abría la camisa, y luego se abalanzaba sobre su escote. Ella se sujetó a él convencida de que, si no lo hacía, se desmayaría allí mismo de placer. Casi no se dio cuenta de que él le bajaba la cremallera del vestido y lo dejaba en el suelo junto a su chaqueta.

El tiempo se había detenido. ¿Cuándo había sido la última vez que ella se había sentido tan débil frente un hombre que la deseaba? Incluso estaba dispuesta a darle todo lo que él le pidiera. Ella no era así normalmente, no se acostaba con hombres por capricho, independientemente de lo mucho que la atrajeran. Pero el hombre que la estaba guiando hacia la cama no era ningún capricho. El despertaba sus sentidos y le hacía desearlo desde lo más hondo.

El la tumbó sobre la cama y la cubrió con su cuerpo. Sophie sentía la piel, ardiendo en cada parte donde se rozaba con la de él. El la besó vorazmente y le quitó el sujetador. Sophie sintió el aire acariciar sus pezones y entrelazó sus manos en el pelo rubio de él. Estaba ansiosa por acariciarlo, le deseaba con una fuerza desconocida para ella. Recorrió el cuerpo de él con las manos recreándose en la firmeza de su cuerpo perfecto.

Sin poder contenerse por más tiempo, Dominic le quitó las bragas e introdujo un dedo entre sus húmedos pliegues. Ella arqueó el cuerpo hacia él como una gata y él introdujo un segundo dedo y continuó con su exploración. El aroma de ella terminó de excitarlo, era la mejor promesa de su placer. Temblando de deseo, Dominic se puso un preservativo y por fin la penetró, y casi alcanzó el orgasmo sólo de oírla gemir. ¿Cómo era posible que aquella mujer lo volviera tan loco?

No era el momento de encontrar respuestas, pero mientras la penetraba hasta el fondo a la vez que le acariciaba los senos, se preguntó cómo había podido sobrevivir tanto tiempo sin aquella satisfacción.

El placer que había obtenido en sus anteriores encuentros

sexuales era como una suave brisa en comparación con el huracán que experimentaba con Sophie. No era sólo que se acoplaran a la perfección físicamente. Además, ella le cubría una necesidad mucho más profunda que él había dejado apartada hasta entonces. ¿Cómo era posible que hubiera renunciado a eso a cambio de obtener más éxito en los negocios?

Una vez que había descubierto lo que realmente le llenaba más, Dominic no estaba dispuesto a renunciar a ello. Si Sophie se creía que ese revolcón en un hotel era un capricho de hombre rico que tenía todo lo que deseaba, él iba a demostrarle que estaba equivocada.

—Dominic —comenzó ella, jadeando—. Estás volviéndome loca, no puedo detener…

—Déjalo fluir, Sophie —respondió él, moviéndose con firmeza dentro de ella.

Dominic se recreó en la alegría de sentir los pliegues de ella envolviéndolo y contrayéndose una y otra vez como si no quisiera dejarlo marchar. Observó perplejo cómo temblaba ella incontroladamente y entonces, con un último empellón, gritó maravillado y feliz antes de vaciarse en su interior. Luego, le acarició el pelo con ternura, como si ella fuera alguien importante para él. La piel de ella era tan suave, y su cuerpo tan cálido e incitante, que él deseó pasarse la noche haciéndole el amor, dándole todo el placer que ella pudiera sentir. Aunque sabía que su deseo por ella no se saciaría tan rápidamente.

—¿Te alegras de no haberte ido a casa? —preguntó él, medio en broma, medio en serio.

Sophie tenía todos los sentidos más despiertos que nunca. Cerró los ojos para no llorar, nunca se había sentido tan consciente de todo. Hasta ese momento, no sabía lo que se había estado perdiendo, lo que su cuerpo y su alma ansiaban en el fondo.

Quizás Dominic fuera capaz de salir de aquella cama y seguir con su vida como si no hubiera sucedido nada especial, pero ella supo que no sería capaz de hacer lo mismo.

Capítulo 6

Cuando se despertó y volvió a encontrar la cama vacía a su lado, Dominic experimentó una profunda conmoción. Se levantó y comprobó que ella no estaba en el cuarto de baño. El no podía creerse que ella no le había despertado para despedirse, pero sí se había duchado y marchado sin reparar en lo que él pudiera querer o necesitar. El no estaba acostumbrado a un trato tan típicamente masculino y pasó un buen rato hasta que pudo contener su enfado.

Por lo que podía recordar de la noche anterior, habían hecho el amor hasta la madrugada cuando, sin poderlo evitar, habían sucumbido al sueño. El estaba acostumbrado a levantarse temprano y además tenía algunos asuntos pendientes de la reunión del día anterior, así que había planeado levantarse antes que Sophie, dejarla dormir plácidamente hasta las nueve y luego desayunar con ella. ¿No era eso lo que le había dicho a ella?

No podía ignorar que le enfurecía que ella hubiera rechazado su oferta. Bajó al comedor y deseó haberle dejado más claro que la deseaba. Su cuerpo reaccionaba apasionadamente al recordar la noche anterior, él estaba impaciente por verla de nuevo esa mañana. Pero empezaba a intuir que Sophie Dalton tenía sus propias leyes, que era una mujer sorprendente e impredecible y que no podía cambiarla, sólo podía aceptarla como era. Después de todo, era él quien había ido tras ella, y no al revés, que era lo habitual para él.

A pesar de eso, Dominic quería reivindicar quién mandaba en aquella relación.

El no estaba acostumbrado a estar en ascuas respecto a ninguna mujer y no le gustaba nada la sensación. No iba a permitir que volviera a sucederle.

Sophie caminaba con la cabeza gacha, sin reparar en los hermosos cisnes blancos del parque por donde estaba caminando. De hecho, no estaba reparando en nada, ni siquiera en el aroma de las flores, que tanto le gustaba.

No hubiera sido capaz de mirar a la cara a Dominic durante el desayuno. ¿Qué iba a decirle: «Pásame la mermelada, por favor… Ah, y gracias por los tres orgasmos.

Gimió al pensar en la incómoda situación. ¿Qué había hecho? Y qué se suponía que iba a hacer, después de haber cometido la tontería de acostarse con Dominic no una, sino dos veces? Y además con aquella pasión tan imprudente…

¿Qué iba a suceder a continuación? Era una situación tan desacostumbrada para ella que no sabía ni qué pensar. Nunca antes se había acostado con un hombre simplemente por sexo y luego había desaparecido como si lo único que hubieran compartido hubiera sido un café y una charla. ¿Cómo lo hacían algunas mujeres?

Si no tuviera la maleta en el hotel, se hubiera ido a la estación y hubiera regresado a su casa en el siguiente tren. Podría haberle dejado a Dominic una nota en plan: «Gracias por la encantadora velada. Ya nos veremos», o algo así de desenfadado. Así, él habría sabido que ella era una mujer de mundo y que comprendía aquella atracción que duraba un instante y luego desaparecía.

Sólo que ella tenía la sensación de que lo que sentía por Dominic no iba a poder desaparecer fácilmente. Más bien, creía que iría a más.

Para cuando decidió regresar al hotel, no se sentía mejor. De hecho, casi estaba más confusa. ¿Cómo reaccionaría Diana cuando se enterara de que su mejor amiga se había acostado con su jefe mientras ella y Freddie estaban en su luna de miel?

Al llegar al hotel, Sophie no vio a Dominic, que estaba en un rincón tomándose un café y leyendo el periódico. El en cambio la vio al instante y se le acercó.

—¿No habíamos quedado a las nueve para desayunar juntos? —le recordó.

Había tal reproche en su mirada y en su voz, que Sophie sintió un escalofrío.

Además estaba guapísimo con un suéter azul marino y unos

vaqueros. Aunque era una ropa de sport, se veía que era cara y denotaba que a su dueño le sobraba el dinero.

—¡Habías dicho que antes tenías trabajo! —protestó ella—. Da igual… Quería dar un paseo, así que antes he tomado un té y una tostada y he salido. Lo siento.

—Deberías haberme preguntado si me parecía bien tu decisión. Cuando fijo una cita con alguien, no estoy acostumbrado a cancelarla sin que haya ni siquiera un mensaje diciéndome que las cosas han cambiado.

Él habló tan serio y tan furioso que por un instante Sophie estuvo a punto de reír de nervios.

—Y yo no estoy acostumbrada a tener que informar de mis movimientos, ¡y mucho menos a pedir permiso para hacer lo que me place! —replicó ella con los ojos echándole chispas.

—Yo no he dicho que tuvieras que pedirme permiso. ¿Adónde has ido?

Dominic vio que el camarero intentaba enterarse de lo que sucedía y se llevó a Sophie al rincón donde había estado tomando café, lejos de oídos indiscretos. Al llegar, ella se soltó de él.

—¿Y yo qué sé adónde he ido? Lo cierto es que no he prestado mucha atención.

Sólo necesitaba salir un rato y que me diera el aire. ¿Acaso eso es un crimen?

—¿Siempre te tomas tan a la tremenda una pregunta tan inocente como ésa? — preguntó él con tranquilidad, aunque con cierta irritación, y Sophie se sintió como una estúpida.

A decir verdad, no sabía por qué estaba reaccionando con tanta vehemencia. Lo que sí sabía era que no tenía ni idea de cómo manejar la pasión y la intimidad que habían compartido. Incluso en aquel momento en que estaban discutiendo, su cuerpo reaccionaba a él deseando que lo acariciara, que lo besara, que lo…

—¿Sophie?

Ella apartó la mirada para que él no viera sus ansias en sus ojos.

—Estoy un poco desbordada, lo siento.

—¿Por qué no te quitas el abrigo y te sientas? Pediré más café.

Sophie no dijo nada, pero hizo lo que él decía. De repente, tomarse un café le parecía la mejor idea del mundo. Necesitaba algo que la hiciera reaccionar.

Dominic regresó al poco, después de haber pedido otro café al camarero, y Sophie se vio obligada a enfrentarse por fin a él. Tenía que admitir que estaba sorprendida porque él parecía querer disfrutar de su compañía. Mientras ella regresaba al hotel de su paseo, se había convencido de que él querría regresar a Londres y deshacerse de ella lo antes posible. Era un hombre ocupado y estaba claro que su tiempo era oro. O al menos eso era lo que ella creía.

—A lo mejor quieres contarme por qué estás desbordada… —sugirió él con tranquilidad.

—Es la primera vez que hago algo así, si te digo la verdad —respondió ella.

—¿Con «algo así» te refieres a hacer el amor con un hombre al que acabas de conocer?

Sophie se humedeció los labios y asintió.

—Me alegro de oírlo —comentó él.

Había un aire posesivo en su tono que puso a Sophie en alerta. Dominic la contempló en silencio mientras intentaba acallar la punzada de celos ante la idea de que ella se acostara con alguien que no fuera él. Era un sentimiento extraño para él y lo dejó estar, como hacía siempre con los nuevos desafíos.

—Pero has tenido novios, ¿no?

—Sí, pero yo no…

—Estás diciéndome que necesitas un compromiso para acostarte con un hombre, Sophie?

¡No, eso no era lo que ella quería decir!, pensó Sophie con desesperación. Eso era justo lo que había querido evitar, que Dominic creyera que ella se sentía con algún derecho sobre él sólo porque se habían acostado.

—Yo no digo eso. ¿Podemos cambiar de tema?

—¿Te incomoda hablar de tu intimidad?

Dominic no podía creer que ella estuviera ruborizándose en aquel momento, ¡después de lo que habían hecho la noche anterior! Esa idea disparó aún más su deseo. Su mente comenzó a buscar un hueco en su agenda de esa semana para poder estar con ella de nuevo.

—Creo que… ¡El café, qué bien! —exclamó ella, salvada por la aparición del camarero.

Se concentró en hacer sitio en la mesa para que cupieran las

tazas, el azucarero y la nata. Ella era consciente de que Dominic no apartaba la mirada de ella, incluso cuando le dio las gracias al camarero, y se estremeció.

—¿Lo sirvo ya? —preguntó ella.

—Sophie… —comenzó él, imperioso.

Sophie dejó la cafetera sobre la mesa y lo miró con sus enormes ojos azules muy abiertos.

—¿Qué?

—Tengo la impresión de que crees que, después de hoy, no voy a querer volver a verte. ¿Me equivoco?

No sólo no se equivocaba, sino que acertaba de pleno, pensó ella. Era como si él le hubiera leído el pensamiento.

—Tú eres un hombre muy ocupado, Dominic. Diana me ha contado que el año pasado apenas te tomaste una semana seguida de vacaciones. Y yo… también tengo una vida muy ocupada. Evidentemente, no al mismo nivel que la tuya, pero igualmente ocupada… No tengo tiempo para tener una relación con nadie.

—¿No tienes tiempo o no quieres una relación? —preguntó él, enarcando una ceja.

Stuart acudió a la mente de Sophie. Ella se había entregado a él de la forma más íntima y, cuando descubrió que él se había entregado a otra mujer con total desenfado al mismo tiempo… bueno, a ella le pareció algo imperdonable. Lo que más le había dolido era que la hubiera traicionado. No tenía ninguna prisa por arriesgarse a que le sucediera lo mismo de nuevo, ¿quién iba a culparla por eso?

Los hombres como Dominic Van Straten eran playboys que cada día iban con una mujer diferente a su lado. No importaba que él la pusiera a cien con sólo una mirada. Lo que contaba para Sophie en un hombre era que fuera sincero e íntegro y, sobre todo, que se pudiera confiar en él. A ella le parecía que las mujeres que querían aventuras fugaces sólo se buscaban problemas. ¡Y ella acababa de invocar todos los problemas del mundo!

—No es que no quiera una relación. Ya te he dicho que tengo una vida muy ocupada. ¿Sirvo ya el café?

Lo sirvió con manos temblorosas. «El debería estarme agradecido», pensó Sophie. Afortunadamente para él, ella no era una de esas mujeres capaz de mantener una relación endeble por

algún interés más allá. El se había divertido. Bueno… en realidad los dos habían disfrutado de buen sexo, admitió ella encendiéndose por dentro. ¿Por qué no podían dejarlo ahí y no meterse a hablar de relaciones?

—Si crees que no quiero verte de nuevo, te equivocas —aseguró él con tanta firmeza que Sophie lo miró sorprendida—. Los tres próximos días los tengo llenos, pero el miércoles por la noche tengo un hueco. Puedes venir a mi casa a cenar.

¿Acaso él no se daba cuenta de lo fría y poco apetecible que resultaba esa orden? Por mucho que su cuerpo se entregara a él con que simplemente la rozara, ella no iba a sucumbir a sus órdenes como si fuera su mascota.

—Yo no estoy libre el miércoles —respondió fríamente—. Tengo que quedarme hasta tarde en el colegio para preparar el espectáculo de Pascua de mis alumnos.

La impaciencia se apoderó de Dominic. ¿Ella decía la verdad o estaba haciéndose la difícil? Le enfurecía que ella se tomara su invitación tan a la ligera, y encima que la rechazara. ¡Había muchas mujeres deseando pasar siquiera unas horas con él! O bien Sophie no lo sabía o le daba igual, que era lo que más hería el orgullo de Dominic. La única explicación posible era que estaba obsesionada con su trabajo.

—¿Y qué me dices del jueves por la noche?

El había quedado para cenar con un amigo, pero prefería cambiarlo de día si así podía ver a Sophie. Su urgencia por verla a ella era mucho mayor.

Sophie se removió en su asiento. El seguía hablando con frialdad y ella no iba a correr a sus pies sólo porque él lo deseaba. Ella no era una de esas mujeres dispuesta a dejarlo todo por un hombre.

—El jueves por la noche he quedado para celebrar el cumpleaños de una amiga.

Era cierto, pero él no la creía. Dominic maldijo en algún idioma extraño para ella.

—¿Y cuándo vas a tener un rato para verme? —preguntó él, echando chispas por los ojos.

Sophie casi se atragantó con el café. Dejó la taza sobre la mesa y se acomodó en su silla, atónita.

—Voy a serte sincera, Dominic. Creo que no debemos volver a

vernos. Ya sé que es la segunda vez que estamos juntos, pero soy consciente de que eres un hombre muy ocupado y yo no soy el tipo de mujer con el que sales normalmente. De todas formas, he pensado…

—Deja que te aclare algunas cosas, Sophie —le interrumpió él con firmeza—.

No pretendo ser engreído, pero sé cuándo una mujer obtiene placer conmigo. Sé que no me imaginé tus gemidos y suspiros en mis brazos anoche. Por eso, creo que no eres del todo contraria a verme de nuevo, ¿me equivoco?

Sophie intuyó que él no estaba acostumbrado a que nadie se interpusiera en su camino cuando él quería algo. La mayoría de la gente seguramente ni se atrevería a hacerlo. Pero ella tampoco podía negar que deseaba volver a estar con él. A pesar de su poder y su autoridad, en la cama él era sencillamente un hombre, con los mismos deseos y necesidades que cualquier otro.

—Realmente no puedo quedar ni el miércoles ni el jueves, pero ¿qué te parece el viernes?

Dominic sintió de pronto que algo de la tensión de sus hombros se relajaba.

—El viernes entrego un premio en el Guildhall en Londres. Es una cena de gala, así que necesitarás un vestido de noche. ¿Te supone un problema?

Sophie estaba segura de que su pánico debía de ser evidente.

—Tendré que pedirle algo prestado a alguna amiga —confesó, avergonzada.

—Llamaré a mi amiga Emily y le pediré que te acompañe a comprar un vestido bien elegante. Dame tu número de teléfono antes de marcharte y ella te llamará para quedar contigo.

—¡Dominic, yo no tengo tiempo para ir de compras! Y mucho menos dinero para derrocharlo en un vestido caro. Lo siento, pero no es el tipo de gasto que puedo permitirme con mi sueldo de maestra de escuela primaria.

Ya estaba, lo había dicho. Y se sentía mucho más avergonzada después de esa confesión. Era evidente que él no tenía ningún problema con el dinero.

El sonrió.

—Deja que yo te regale el vestido, Sophie. Sería un enorme

placer para mí — dijo él, y posó su vista en la boca de ella y luego en sus senos.

Por un instante, a Sophie le costó trabajo respirar con normalidad.

—Ya te lo he dicho, no suelo aceptar regalos caros de los hombres.

—Yo no soy cualquier hombre, Sophie. Los dos sabemos que soy tu amante.

El lunes, al regresar al colegio, los chismorreos en la sala de profesores resultaron peores de lo que ella se temía. Bárbara Budd no había perdido el tiempo y había contado a todo el que quisiera escucharla que a Sophie la habían ido a buscar en un Rolls Royce conducido por un chófer. Todo el mundo quería saber por qué.

Sophie insistió en su derecho a la intimidad y tuvo que soportar la curiosidad de sus colegas hasta la hora de irse a casa. Estaba a punto de salir por la puerta del colegio cuando se encontró con Víctor Edwards, el director.

—¿Debo prepararme para esperar tu dimisión algún día de estos? —le dijo.

Sophie no podía creerse lo que acababa de oír; estuvo a punto de tropezarse en las escaleras.

—¿Disculpa?

—No todos los días una maestra se va a casa en un Rolls Royce. O estamos pagándote mucho, y ambos sabemos que no es así, o te mueves en unos círculos inalcanzables para el común de los mortales.

Sophie respetaba profundamente a su director, aunque a veces la gente lo tildara de rutinario e inflexible. A ella siempre le había parecido una persona justa que no juzgaba ninguna situación de manera impulsiva. Ella lo observó atentamente mientras intentaba dilucidar si él hablaba o no en serio y suspiró aliviada cuando lo vio sonreír.

—Por supuesto, sólo bromeaba acerca de tu dimisión. Eres una de las mejores profesoras de primaria de este colegio. Sentiría mucho perderte, aunque sé que deseas avanzar en tu carrera. Estoy seguro de que hoy han debido de volverte loca con tanto chismorreo. Mi consejo es que les ignores. Mañana encontrarán otro tema más interesante y se olvidarán de ti.

—Gracias por tu apoyo, Víctor. Debo admitir que ha sido un día bastante desquiciante, por decirlo suavemente.

—¿Qué tal va la preparación de las actividades de Pascua?

—¡Muy bien! Los niños han estado haciendo gorros con papel crepé, ¡y yo estoy de pegamento hasta las orejas! —respondió Sophie con entusiasmo.

Le sorprendió ver que él apreciaba su alegría y empuje, y le resultó muy reconfortante.

—Tienes muy buena mano con los niños —apuntó él suavemente—. Supongo que un día querrás tener hijos, ¿no?

—Quizás sí, pero no lo sé —contestó ella, desconcertada: por un instante, se había permitido imaginarse a Dominic como padre de sus hijos.

—Desde luego, en bastante tiempo no, eso seguro —añadió ella.

—Bien —comentó Víctor, ajustándose las gafas y agarrando su maletín—. Me parece una decisión juiciosa, si me permites decirlo. Sigue trabajando tan bien como hasta ahora y no dudes en hablar conmigo si algo en el colegio te desanima.

—Gracias.

—Hasta mañana entonces —se despidió el director, y salió del edificio.

Ella sonrió ante el inesperado y cálido encuentro y se dirigió hacia la parada del autobús.

Sophie se envolvió en una enorme toalla y salió corriendo del baño a contestar el teléfono. Lo descolgó nerviosa por si era Dominic.

No era él, pero sí alguien relacionado con él: la que llamaba era Emily Cathcart, la amiga de Dominic que iba a ayudarle a elegir un vestido para la cena de gala del viernes, un acontecimiento que Sophie temía que llegara. Una cosa era compartir una noche de pasión en un hotel y otra acudir con él a un acto público como su acompañante.

Antes de darse el baño, Sophie había estado buscando información sobre Dominic en Internet. Había miles de páginas donde le mencionaban. Era un hombre muy ocupado, un emprendedor al que muchos tomaban como modelo y el mejor promotor inmobiliario del mercado. No sólo le requerían para entregar premios, también había recibido muchos.

—Soy Emily Cathcart, ¿puedo hablar con Sophie Dalton, por favor?

—Yo soy Sophie —respondió ella, y se sentó para intentar tranquilizarse.

—Dominic me ha pedido que te llamara —explicó la mujer alegremente, haciéndose cargo de la situación—. ¿Cuándo podemos quedar para ir de compras?

Yo estoy libre mañana a la hora de comer, ¿te va bien?

¿Cómo recibiría Emily Cathcart la noticia de que ella había cambiado de idea y no quería ir a la cena?, se preguntó Sophie. Pero no era la reacción de Emily la que debía preocuparle, sino la de Dominic, que seguramente se pondría hecho una furia.

Además, seguro que ya había dispuesto todo para la cena, no podía avisarle con tan poco tiempo de que no iba a ir.

—Mañana no puedo, pero el miércoles a la hora de comer me iría perfecto. Así podría conseguir que algún colega me sustituyera durante un par de horas.

—Entonces, el miércoles a la hora de comer. Iré a recogerte si me dices dónde está el colegio.

—No tendrás un Rolls Royce, ¿verdad? —preguntó Sophie, sonriendo al imaginárselo.

Emily soltó una carcajada al otro lado del teléfono y a Sophie la mujer le cayó muy bien.

—¡Por todos los santos, claro que no, querida! Tengo un Range Rover normal y corriente. Es necesario cuando una vive en el campo. Debió de ser algo intimidante lo de que Dominic fuera a buscarte al colegio en el Rolls, ¿no?

Sophie sonrió al recordarlo.

—Podría decirse así. Cuando veas el barrio en el que está mi colegio, te darás cuenta de que no es habitual ver ese tipo de coches por la calle.

—Dominic me ha contado que eres maestra de primaria, y Marcus, mi marido te ha descrito como una personita encantadora. Os conocisteis la noche que tú tuviste que marcharte antes de cenar. No creo que nos sea difícil encontrar algo para ti para el viernes por la noche. Dame la dirección de tu colegio y nos veremos el miércoles a la una del mediodía, ¿te parece bien?

—Es muy amable de tu parte, Emily… Gracias.

—¡No hace falta que las des! Dominic y yo somos viejos amigos. Haría lo que fuera por él, así que esto no me supone ningún esfuerzo, de veras.

Capítulo 7

Ella llegaba tarde. Dominic miró hacia la puerta por encima de las cabezas de dos de los invitados. El había querido llegar al Guildhall con Sophie, pero ella había insistido en que se encontrarían allí directamente. Le habían puesto una reunión sorpresa en el colegio que no sabía cuánto iba a durar y no quería que él llegara tarde al evento por su culpa.

Dominic miró la hora con impaciencia. ¿Por qué no había dicho en el colegio que no podía acudir a la reunión? ¿Acaso no le importaba lo que él necesitara? Se tragó su irritación porque era casi el momento de pasar al comedor, bebió un sorbo de vino blanco con desinterés y trató de prestar atención a lo que le decía la pareja con la que estaba conversando.

Justo cuando se había resignado a la desagradable pero posible idea de que Sophie no se presentara, la vio aparecer. Emily le había asegurado que el vestido que habían elegido era «exquisito». Y tenía toda la razón, reconoció él, comiéndose con los ojos a Sophie.

Ella estaba en la entrada junto a un camarero uniformado. El vestido era negro y largo, de seda y moldeaba sus curvas dejando ver el escote más sexy que él había visto nunca. Dominic advirtió que él no era el único hombre que estaba admirando la belleza de Sophie.

Él se despidió de la pareja con la que estaba hablando y sintió que la sangre le hervía de pasión conforme se acercaba a Sophie. Hacía mucho tiempo que no sentía algo tan intenso hacia una mujer. Eso le demostraba lo mucho que había deseado verla, y lo mal que lo había pasado por no poder hacerlo. Normalmente no le costaba esfuerzo dormir, pero las últimas cinco noches, desde que se había despedido de Sophie el sábado, apenas había sido capaz de

dormir. Los recuerdos de la mujer con la que había pasado dos increíbles noches de pasión lo habían torturado, excitándolo sin compasión, como si estuviera bajo el hechizo de un filtro amoroso. Esa noche volvería a tener sexo con ella, lo necesitaba. No le permitiría que se marchara a casa, la convencería como fuera para que se quedara con él.

—Señor Van Straten —anunció el camarero con empaque—, estaba a punto de conducir a la señorita Dalton junto a usted.

—Gracias —dijo Dominic.

Esperaron a que el hombre los dejara a solas y Dominic se sumergió en aquellos ojos azules intentando calmar la ansiedad de los cinco días pasados sin ella.

—Siento llegar tarde… La reunión se ha prolongado más de lo previsto y no podía marcharme a la mitad. Teníamos que discutir el comienzo del año financiero y esas cosas…

Sophie se detuvo al darse cuenta de que estaba tartamudeando y que él no sonreía. ¿Estaría enfadado con ella por haber llegado tarde? A ella le habían avisado de la reunión la tarde anterior, con una indicación expresa de que debía acudir todo el personal. Ella no había querido tener que explicar por qué no podía acudir.

Los chismorreos sobre ella no se habían calmado todo lo que ella desearía.

Paseó la vista por la sala y volvió a fijarla en Dominic, que estaba devorándola con la mirada. Todo su cuerpo reaccionó a su pasión y de pronto el resto de la gente dejó de existir y sólo se centró en él. Ella había ansiado verlo de nuevo y al tenerlo delante superaba todas sus fantasías. Nunca un esmoquin se había lucido con más elegancia.

—Ahora estás aquí, eso es lo único que importa —afirmó él, aún sin sonreír.

Agarró a Sophie del codo y justo en ese momento el maestro de ceremonias anunció que la cena estaba servida y que podían pasar al comedor.

Media hora más tarde, sentada en la mesa principal junto a su guapísimo acompañante y una vez que la cena ya estaba en marcha, Sophie contempló a los asistentes y volvió a fijarse en Dominic. Con su pelo rubio, le parecía un dios griego como los que se honraban con esculturas. El vientre se le encendió de placer.

Todo el mundo quería hablar con él. Ella deseaba tenerlo para sí sola, pero en ese entorno de alta sociedad, Dominic era el rey y ella una simple admiradora, igual que las demás mujeres que deseaban que él se fijara en ellas.

Sophie estaba tan nerviosa que, al ir a beber de su copa, se le derramó parte del vino sobre el vestido. Un vestido carísimo de diseño que él le había regalado encantado.

Estaba intentando limpiarse la mancha, cuando Dominic la miró y colocó su mano sobre el muslo de ella. Fue como si la quemara, con la mano y con la mirada, y por un instante Sophie se quedó sin aliento.

—Será mejor que vaya al tocador —se disculpó ella, poniéndose en pie.

Abrumada, observó que varias personas la miraban con curiosidad. Y entonces se quedó atónita al ver que Dominic también se levantaba de su asiento.

—Discúlpennos —comenzó él sin dirigirse a nadie en particular —, pero creo que mi acompañante necesita que la ayude.

—No tienes por qué…

—Sí que tengo por qué —le aseguró él con vehemencia en un susurro mientras la precedía fuera del comedor.

Ella apretó el paso para ponerse a su altura y lo siguió hasta el tocador. Iba a girarse para darle las gracias cuando contempló sorprendida que él entraba con ella en la estancia. Su mirada era tan lujuriosa que Sophie tuvo que apoyarse en una pared para no desmayarse. El se acercó a ella y ella también se aproximó a él sin poder evitarlo.

—No deberías estar aquí y lo sabes —comenzó ella—. Este es el…

Pero no pudo terminar la frase porque Dominic cubrió su boca con la suya y la besó con tal pasión que hizo pedazos la poca resistencia que le quedaba. Su cuerpo ansiaba el de él y no opuso resistencia cuando él colocó su mano sobre uno de sus senos y comenzó a pellizcarle el pezón a través de la seda del vestido.

—¿Te he dicho lo impresionante que estás con este vestido? —le susurró él al oído, y siguió besándole el cuello.

Antes de que ella pudiera decir nada, volvió a besarla ardientemente en la boca.

Luego se separó de ella y la contempló con fruición.

Sophie era la tentación personificada. Con ese vestido tan exquisito parecía una sirena, una fantasía hecha realidad para tentarlo. Cuanto más estaba con ella, más la deseaba. Con sólo estar a su lado, se le encendía la sangre y se le aceleraba el pulso.

De hecho, no sabía si desde que ella había llegado había sido capaz de decir algo coherente.

La idea que había empezado a surgir en su interior en el hotel de Suffolk iba tomando forma lentamente pero con firmeza. Por no decir que cada vez le urgía más.

Y él tenía intención de hacer realidad su deseo.

—Quiero que esta noche duermas en mi casa. Hay algo que quiero comentarte.

Sophie frunció el ceño y se apartó de la pared mientras se alisaba el vestido. Ya no se veía la mancha de vino. No le sorprendería que el calor de sus cuerpos la hubiera hecho evaporarse.

—¿Y qué quieres comentarme? —preguntó ella, intentando encontrar alguna razón, pero su cerebro aún no pensaba con claridad.

Todavía estaba abrumada por la escena que acababan de protagonizar.

—Ahora no es ni el momento ni el lugar —respondió él tenso, recuperando su aire de formalidad.

«¿Cómo lo hace?», se preguntó Sophie, maravillada. ¿Cómo lograba él ser puro fuego un instante, y al siguiente parecer frío y distante, como si nunca hubiera experimentado algo tan primario como la lujuria? Ella deseó abalanzarse sobre él, quitarle la camisa y la corbata y provocarle con su cuerpo.

—Será tarde cuando nos marchemos de aquí, ¿no? Quiero levantarme temprano para ir a nadar, así que seguramente cuando termine esto me iré directa a casa, si no te importa.

Dominic no podía creer que ella estuviera rechazando nuevamente una invitación suya. ¿Qué demonios intentaba hacerle esa mujer? Ninguna mujer le había hecho esperar en toda su vida. ¡Y aquella tozuda maestra de escuela no cesaba de resistirse a todo lo que le pedía! Pero entonces recordaba su apasionada respuesta al hacer el amor y llegaba a la conclusión de que, si ella se resistía

tanto, sólo lo hacía para aumentar el deseo de él. Estuvo a punto de decirle que ella lo volvía tan loco que no necesitaba intentar aumentar su deseo con jueguecitos. Pero primero tenía que conseguir que ella fuera a su casa.

—Tengo una piscina en casa junto con una colección de bañadores para mis invitados. Puedes nadar allí todo lo que desees y no tendrás que aguantar a nadie más, tendrás toda la piscina para ti sola —comentó él, y se dirigió hacia la puerta.

A ella le enfureció que él diera por hecho que ella iba a hacer lo que él quería.

Cuando estaba con Stuart, llegó a ignorar sus propias necesidades en favor de él ¿y qué había obtenido a cambio? Que él se acostara con otra completamente borracho.

Sophie no tenía intención de volver a ser tan sumisa con nadie nunca más.

—¡No quiero nadar en tu piscina, Dominic! ¡Quiero irme a casa y mañana acudir al polideportivo municipal, como suelo hacer los sábados por la mañana! — exclamó ella de pronto.

El se giró hacia ella con una mirada gélida.

—¿Eres de hábitos tan fijos que no puedes romper una insignificante cita para estar conmigo?

—¡Quizás para ti sea una cita insignificante, pero para mí no lo es! Estoy segura de que tú no cambiarías tu agenda para estar conmigo, ¿me equivoco?

Indignada, Sophie observó con desconcierto que él esbozaba una provocativa medio sonrisa.

—¿No te he demostrado suficientemente lo mucho que deseo estar contigo, Sophie? Podría irme a casa después de la cena y ponerme a trabajar. El domingo vuelo a Ginebra y estaré allí cinco días. El acuerdo que quiero cerrar allí significará empleo para cientos de personas. Espero vencer a mi rival, que va a presentar un proyecto peor en el cual él gana más dinero. Las negociaciones van a ser complicadas, así que cuanto más me prepare, mejor. Es algo importante para mí, pero prefiero estar contigo. No sé qué más decirte para convencerte de que mi deseo es sincero.

Así expuesto, ¿cómo podía ella negarse a su petición? Se sentía avergonzada.

No se trataba del hecho de nadar en su casa o en el

polideportivo. La verdad era que, cuanto más tiempo pasaba junto a ese hombre, más se convencía de que la separación sería más dura. Dominic no se tomaba su historia en serio, ella no podía ser tan tonta de creer que él querría algo más con ella que una simple aventura.

Antes o después, la pasión terminaría y él buscaría a otra mujer que respondería a su nuevo capricho.

Sophie suspiró, resignada.

—Si tan importante es para ti iré a tu casa, Dominic. Pero no tengo ropa para ponerme mañana. ¿Podemos pasar por mi casa antes para que recoja algunas cosas?

—Por supuesto.

El había asumido de nuevo su aire formal y Sophie deseó que se fueran en ese mismo momento en lugar de regresar a la cena. Quería volver a ver el brillo de deseo en los ojos de él cuando la miraba.

—Por cierto, Dominic… Gracias por el vestido, es precioso.

—Es un placer. Sophie, créeme.

A Sophie no se le había ocurrido que la prensa acudiría al banquete. En cuanto Dominic entregó el premio al galardonado y se hizo una foto con él, una multitud de fotógrafos se abalanzó sobre su mesa como si él fuera una estrella del cine.

Cuando él insistió en que ella se colocara a su lado y le susurró al oído provocativamente: «Sonríe como si estuvieras loca por mí», a ella se le congeló la sonrisa en la cara y deseó estar en cualquier lugar menos allí. Ella siempre había detestado ser el centro de atención, razón por la cual las bodas y la idea de ser la novia la horrorizaban. Sólo logró tranquilizarse cuando estuvieron de nuevo en el coche conducido por Louis.

Después de pasar por casa de ella para que recogiera alguna ropa y efectos personales, regresaron a la casa de Dominic en Mayfair. Y fue entonces cuando Sophie sintió que el cansancio podía con ella. Había sido un día agotador, y aún no había terminado.

Se sentó en uno de los suntuosos sillones blancos del salón y agarró un enorme cojín a modo de escudo. Por el camino, Dominic le había repetido que quería comentar un asunto importante con ella, y en ese momento ella se preguntó nerviosa de qué se trataría.

—¿Quieres un poco de brandy? —le ofreció él mientras se dirigía al mueble bar.

—No, gracias. Estoy tan cansada que, si bebo más alcohol, vas a tener que llevarme en brazos a la cama.

Nada más decirlo, Sophie se quedó paralizada del horror. ¡No podía creer que se le hubiera escapado algo así!

A Dominic pareció divertirle su comentario.

—Tanto si te tomas otra copa como si no, la idea me resulta muy atractiva, estoy seguro de que te has dado cuenta.

Ella frunció los labios en silencio. Enseguida, él se sentó junto a ella en el sofá, se quitó la chaqueta, la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa, y entonces Sophie sintió que el deseo le inundaba todo el cuerpo.

—¿Qué era lo que querías comentarme? —se obligó a preguntar, a pesar de tener la garganta seca.

—He tenido una idea.

—¿Ah, sí? ¿Y qué idea es ésa?

Sophie se dio cuenta de que estaba tan tensa que empezaba a dolerle la espalda.

Respiró hondo para intentar relajarse.

Dominic bebió un sorbo de brandy antes de continuar. Estaba muy serio.

Sophie se estremeció.

—Un hombre de mi posición tiene muchas responsabilidades, Sophie.

Contrariamente a lo que mucha gente pueda pensar, no puedo simplemente sentarme y dejar que la gente que trabaja para mí se ocupe de todos mis negocios.

Participo activamente en la mayoría de los procesos de toma de decisiones relacionados conmigo y con mis negocios. Sin duda creerás que eso me convierte en un maniático del control, pero es una consecuencia del deseo de querer hacer las cosas bien.

No puedo soportar la mediocridad. Haga lo que haga uno en la vida, debería hacerlo lo mejor posible, ¿no crees?

Sophie asintió. Ella tenía ese mismo deseo, ser una maestra entusiasta y que inspirara a sus alumnos, pero que nunca se durmiera en los laureles.

—Últimamente, he llegado a la conclusión de que quizás mi

camino en la vida no siempre sea en solitario. Cada vez me gusta más la idea de compartirlo con otra persona. Y ahí es donde intervienes tú, Sophie.

—¿Yo? —preguntó ella con la boca tan seca que casi le costó abrirla.

¿Adónde quería llegar él?, se preguntó, asustada.

—Sí, tú —afirmó él.

Dejó su copa en la mesa delante de ellos y se colocó frente a Sophie. Paseó su imperiosa mirada por el pronunciado escote de ella y ella se sintió tan descolocada que no supo dónde mirar.

—Estoy cansado de las relaciones tan insatisfactorias que he tenido en los últimos tiempos. Lo que te propongo es que vengas a vivir conmigo, Sophie, y que seas mi querida.

Sophie se lo quedó mirando perpleja mientras su mente trataba de asimilar sus sentimientos. ¡Nunca se habría imaginado que alguien como Dominic sería capaz de pedirle algo así! ¿Realmente él creía que ella se plantearía seriamente jugar ese papel en la vida de él?

—¿Estás proponiéndome que sea una mantenida?

Dominic la miró con impaciencia.

—¿Tan imposible es para ti imaginarte cuidada por mí?

—¡Yo no quiero que ningún hombre me cuide! Tengo una profesión que adoro y una casa de mi propiedad. ¿Por qué iba a querer renunciar a eso?

«¡Esta mujer es imposible!», pensó él, exasperado. Desde que se conocían, ella no había dejado de herir su orgullo.

—¿No se te ha ocurrido pensar que te estoy ofreciendo una oportunidad que muchas mujeres de tu edad se volverían locas por aceptar? Piénsatelo, Sophie.

Tendrías todo lo que desearas. Podríamos viajar juntos; verías partes del mundo que nunca has conocido, y siempre nos moveríamos envueltos en lujo y elegancia. ¿Tan horrible te suena eso?

Lo cierto era que no le llamaba nada la atención, admitió Sophie, desconsolada.

El creía que podía comprarla con su dinero y su vida de alto estatus. Pero esa oferta estaba a años luz de lo que su corazón realmente añoraba.

Y entonces le asaltó otra idea aún más trágica.

—¿Esto es alguna broma, Dominic?

Le hería profundamente la idea de que él estuviera jugando con ella para divertirse. Aquello tenía que ser una broma. Los millonarios no se acostaban con maestras de escuela todos los días. Sophie palideció.

—Te aseguro que no es una broma, Sophie. Lo he pensado mucho y hablo muy en serio.

Ella se puso en pie, se cruzó de brazos y se giró hacia Dominic.

—Creo que no lo has pensado con suficiente calma. Tú y yo somos polos opuestos, ¿es que no lo ves? ¿Qué podría aportarle yo a alguien como tú? Mira esta noche, por ejemplo. Estaba como un pez fuera del agua en ese lugar tan imponente, toda cohibida. ¡Me ha horrorizado que la prensa me fotografiara! Soy una persona a la que no le gusta llamar la atención. ¡Lo último que necesito es ser la querida de alguien completamente opuesto a mí!

—¡Yo no pretendo llamar la atención!

—Puede que no, pero por ser quien eres, y por tu fortuna y tu visión para los negocios, no puedes evitar atraer la atención. Sé sincero, Dominic. No necesitas que alguien como yo sea tu querida. Además, estoy segura de que conoces candidatas mucho mejores que yo.

Ella no le dijo que si él hubiera hecho su propuesta con un poco más de sentimiento, de calidez, quizás hubiera sido más agradable, incluso si ella seguía sin tomársela en serio. Pero Sophie no era tonta, y ni por un momento esperaba que Dominic tuviera algún sentimiento hacia ella. Lo único que había entre ellos era una pasión sexual tan poderosa que podían encender una hoguera con sólo mirarse el uno al otro. Además, Sophie no quería ser la amante de nadie. Le importaba mucho conservar su independencia.

No quería plantearse que quizás lo que le pasaba era que tenía miedo y creía que su independencia le daba más seguridad de la que podía darle cualquier hombre, y eso le impedía siquiera pensar en la posibilidad de vivir con alguien.

—No busco a ninguna otra candidata, Sophie. Piénsalo. No necesitarás trabajar ni ansiar nada mientras estés conmigo. Y lo único que te pido a cambio es que estés ahí cuando te necesite. ¿Tan censurable es eso para ti?

Sophie tenía muy claro que cualquier mujer en su situación estaría saltando de alegría y no sumida en la tristeza como ella. Le dolía que Dominic creyera que su riqueza era el mayor aliciente para que ella se convirtiera en su amante. ¿Acaso ese hombre no confiaba en que una mujer podía amarlo por sí mismo, por el hombre que era?

—Yo no he dicho que tu propuesta sea censurable.

El había dicho que lo único que le pedía a cambio era que «estuviera ahí cuando él la necesitara» y Sophie supuso que se refería al aspecto sexual y físico, como había sucedido con la cena del Guildhall de esa noche, en que él había necesitado una acompañante. Seguro que él no hablaba de que ella pudiera aportarle algo a nivel emocional.

Sophie sintió un frío repentino y se sentó de nuevo en el sofá, protegiéndose de nuevo tras un cojín.

—Supongo que debería estar encantada de que me lo hayas pedido, pero no quiero ser tu mantenida, Dominic. Y desde luego, no quiero renunciar a mi trabajo.

Amo mi trabajo. Quizás no me dé mucho dinero, pero no lo cambiaría por nada.

Una vez más, la integridad de ella conmocionó a Dominic. No creía que existieran personas con unos principios tan sólidos. Le sorprendía que ella quisiera conservar su trabajo, por mucho que él le ofreciera para lo contrario.

—¿Y si pudieras conservar tu trabajo y vivir conmigo? Si consiguiéramos que pudieras estar disponible cuando yo te necesitara, sin que eso interfiriera con tu carrera, ¿considerarías entonces mi propuesta?

Sophie observó aquel hermoso rostro y se le encogió el corazón. ¿Por qué insistía él tanto en que quería vivir con ella? No lo comprendía. Ella deseaba apasionadamente a ese hombre distante y enigmático, pero sabía que en el fondo de su corazón necesitaba sentirse amada. Si vivía con Dominic, lo más seguro era que él nunca llegara a amarla. Ella cubriría algunas de las necesidades de él, pero él no llenaría la suya más fundamental.

—Vamos a la cama, Dominic —dijo ella, tomándolo de la mano.

Que no quisiera vivir con él como su amante no significaba que no deseara sexo con él. Dominic vio su intenso deseo en sus ojos y

se quedó fascinado. Ninguna mujer había logrado nunca descolocarlo tanto.

—Voy a tenerte ocupada toda la noche, pero antes de que vayamos al dormitorio, debo saber tu respuesta. ¿Querrás venir a vivir conmigo?

Ella se lo quedó mirando y sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Lo siento, Dominic… pero mi respuesta es «no».

Capítulo 8

Sophie lo escuchó inspirar con desasosiego. Él soltó su mano y la miró fríamente. Luego se puso en pie y llamó a Andrews. Sophie también se levantó, convencida de que el mayordomo aparecería con su abrigo.

—Es tarde —dijo Dominic con tono distante—. Puedes quedarte en una de las habitaciones de invitados esta noche y por la mañana podrás nadar, como te prometí.

Andrews te dirá dónde está la piscina.

Así que él no quería pasar la noche con ella porque su compañía de pronto le repugnaba, se dijo Sophie.

—No seas así, Dominic, por favor…

Sophie tragó saliva para aliviar el dolor que le comprimía la garganta y le sonrió intentando conectar con él. Aunque estaba enfadada con él, seguía sintiendo un ardiente deseo y no sabía cómo manejarlo.

—Quieres que te haga el amor, ¿no es así? ¡Y sin embargo, no aceptas convertirte en mi amante!

Dominic se sentía eufórico porque era evidente que ella lo deseaba, pero al mismo tiempo le enfurecía que ella hubiera rechazado su propuesta con tanta facilidad. Su orgullo se encontraba enfrentado con la apabullante necesidad de tenerla de nuevo en sus brazos: si él transigía, sin duda tendría otra noche de inolvidable pasión con ella, y de alguna manera calmaría la insistente necesidad de tocarla. Pero no sucumbiría hasta que Sophie no hubiera accedido a lo que él deseaba. Los hechos eran que ella se sentía tan atraída hacia él como él hacia ella; usaría ese argumento para intentar convencerla.

—Vete a dormir, Sophie. Y cuando no puedas conciliar el sueño

porque tu cuerpo ansía el mío, quiero que pienses en mi proposición. Quizás por la mañana, a la luz del día, veas las ventajas de esa unión en lugar de las desventajas. ¿De acuerdo?

Normalmente la arrogancia de él la hubiera hecho enfurecer, quizás incluso se hubiera marchado de la casa y no hubiera vuelto a verlo. Pero en aquel momento, al mirar a Dominic a los ojos, Sophie no pudo moverse. El deseo la invadía de tal manera que era incapaz de pensar con claridad, y menos de hacer lo que sería mejor para ella.

—Dominic, yo…

—Ya está bien de hablar de ese asunto por esta noche. Andrews, por favor…

—¿Sí, señor? —respondió el mayordomo, que acababa de llegar.

—Quiero que lleves a la señorita Dalton a una de las habitaciones de invitados y que le indiques dónde está la piscina porque mañana por la mañana la utilizará.

Buenas noches, Sophie. Que duermas bien.

Antes de que ella pudiera contestar, Andrews le indicó que la siguiera. Al llegar al primer piso, Sophie se giró y vio a Dominic al pie de las escaleras, mirándola con una sonrisa provocativa que le hizo desear correr a su lado y rogarle que le hiciera el amor. Abrumada por lo mucho que le afectaba aquel hombre, Sophie se giró de nuevo y siguió a Andrews por el lujoso pasillo.

Le parecía un milagro haber dormido algo, dada la forma en que Dominic y ella se habían despedido la noche anterior. Pero, mientras nadaba en la suntuosa piscina y el sol entraba por el techo de cristal, Sophie sintió que la tensión de su cuerpo se aliviaba y era reemplazada por una renovada energía.

Tenía que admitir que la oportunidad de nadar sin que nadie la molestara era un gusto. Ciertamente, vivir entre el lujo tenía sus ventajas, se dijo sonriendo con ironía, pero eso no significaba que estuviera planteándose la idea de convertirse en la querida de Dominic, con todo lo que ello conllevaba.

Por supuesto que ella era capaz de hablar con todo tipo de gente de múltiples materias, era una mujer con estudios, e incluso podía mantener conversaciones superficiales, siempre que no fueran muy largas. Pero no era ninguna experta en ofrecer fabulosas cenas, ni tenía tiempo para asistir a desfiles de alta costura para elegir su

vestuario, como requería el hecho de ser la consorte de un hombre rico e importante.

Se imaginaba lo que sus padres pensarían de aquel asunto: su padre catalogaría inmediatamente a Dominic como «no bueno», porque, ¿por qué no se casaba con Sophie en lugar de pedirle que viviera con él?; y su madre se preocuparía por si su hija terminaba con el corazón roto.

Pero no tenía sentido dar importancia a lo que otras personas pensarían si ella aceptaba la propuesta de Dominic y se trasladaba a vivir con él. Lo importante era cómo se sentía ella con la idea.

Llegó al extremo de la piscina y se detuvo un momento. Cerró los ojos y sintió el deseo apoderándose de su cuerpo. No podía negar que él le excitaba como nadie.

Pero ¿era el sexo razón suficiente para acceder a lo que él deseaba? Y si ella iba a vivir con él y se convertía en su querida, ¿no se estaría engañando e impidiendo que alguien realmente se enamorara de ella? Pero Sophie no quería que nadie más que él se enamorara de ella, porque ella estaba empezando a enamorarse de él.

—Buenos días, Sophie.

Ella abrió los ojos al oír la voz de Dominic. Vestido con camisa y pantalón de traje, caminó hasta donde estaba ella. Sophie se obligó a disimular su repentino nerviosismo.

—Buenos días.

—Confío en que hayas dormido bien… —dijo él con una velada provocación.

Sophie sintió un calor que le subía desde los muslos hasta los senos y se sintió conmocionada ante la intensidad de su deseo hacia aquel hombre.

—La cama era muy cómoda y sí… he dormido muy bien —respondió ella, desafiante, aunque no muy convincente.

Sus bellos hombros brillaban con las gotas de agua y el bañador negro que había elegido realzaba el azul de sus ojos y el brillo de su cabello. Incapaz de apartar los ojos de ella, Dominic se sintió presa del deseo. El no había dormido nada bien, y no porque su cama fuera incómoda… Había tenido que darse una ducha fría en mitad de la noche, pero eso, en lugar de ayudarle, sólo le había despertado más, haciéndole ansiar el contacto con Sophie con más

intensidad. Y pensar que ella estaba un par de habitaciones más allá… Se preguntó si ella habría pensado en su propuesta.

A Dominic le desagradaba terriblemente que ella le tuviera en ascuas. Nunca, ni en su vida personal ni en la profesional, se había permitido llegar a ese nivel de ansiedad. Siempre había confiado plenamente en que su planificación y su sagacidad para los negocios le harían obtener lo que se proponía. Había seguido el consejo de su padre y le había funcionado bien:

—Nunca permitas que las emociones afecten a tus decisiones —le había aconsejado su padre—. Mantén la cabeza en su sitio, no esperes nada y entonces el resultado que deseas acudirá a ti fácilmente.

Pero Dominic sí que esperaba algo en aquel caso. Quería que Sophie fuera su querida. De hecho, esa idea le obsesionaba. Ya no le bastaban las mujeres que había conocido hasta entonces, ni los encuentros sexuales vacíos, sólo para cubrir su necesidad física. Quería a una sola mujer junto a él: Sophie. Ella era encantadora, inteligente, se podía hablar con ella y pasar tiempo a su lado sin aburrirse ni un momento. Dominic quería una compañera a largo plazo que compartiera los frutos de su éxito. Y la compañera que él quería, la que tenía que conseguir, era Sophie.

—¿Te apetece desayunar? —le preguntó él, poniéndose en cuclillas junto a ella.

A Sophie le rugió el estómago, estaba realmente hambrienta. Casi no había cenado nada en el banquete y después de su vigoroso baño tenía aún más hambre.

Pero le imponía mucho la ida de salir de la piscina y que él la viera en bañador. Era una prenda preciosa, pero dejaba poco a la imaginación.

—Te traeré la toalla —dijo él.

Fue a buscarla y esperó a Sophie junto a los escalones de la piscina. Ella se pasó las manos por el cabello nerviosa y se dirigió hacia los escalones. El no ocultaba que estaba disfrutando, y ella sintió que todo el cuerpo se le encendía bajo la ardiente mirada de él.

Cuando Sophie llegó donde estaba él, contuvo el aliento, convencida de que él iba a besarla. Pero en lugar de eso, él le colocó la toalla sobre los hombros y se apartó de ella, y Sophie tuvo

que tragarse su frustración mientras temblaba violentamente bajo la toalla.

—Desayunaremos en el jardín de invierno —le anunció él por encima de su hombro—. Llega hasta el final del pasillo, gira a la izquierda, luego a la derecha y lo encontrarás. Te espero allí.

Después de vestirse con unos vaqueros y una camisa blanca de algodón, y con el cuerpo entonado por el baño, Sophie entró en el jardín de invierno y vio a Dominic cómodamente sentado en una silla leyendo el periódico. Una mujer con un vestido negro y delantal blanco, seguramente su ama de llaves, estaba dejando el desayuno en la mesa.

—Sophie… siéntate, por favor. ¿Prefieres té o café? María te traerá lo que quieras.

—Té, por favor —contestó Sophie, y se quedó abrumada cuando él se puso en pie y la ayudó a sentarse.

—¿Y para comer? ¿Te gusta el típico desayuno inglés completo, o eres una de esas mujeres que no toman nada por la mañana, o sólo un poco de fruta?

Sophie sonrió ante su tono de broma.

—Yo no podría superar la mañana sólo con un poco de fruta, así que me encantará tomar el desayuno inglés, si puede ser. Sólo desayuno así cuando voy a casa de mi madre, así que va a ser un todo un gusto.

La madre de Dominic se pasaba el día en actos sociales e intentando escalar puestos en la sociedad, así que él nunca había experimentado lo que era tomarse un desayuno cocinado por su propia madre. Sintió una punzada de envidia al ver la expresión risueña de Sophie y se preguntó si él podría lograr lo mismo con sus propios hijos. La envidia dio paso rápidamente a una profunda reflexión al respecto.

Entonces, al darse cuenta de que María estaba esperando sus indicaciones, le dijo que les preparara dos desayunos ingleses y una tetera. Cuando la mujer se hubo marchado, él volvió a fijar su mirada en Sophie.

—¿Ves a tus padres a menudo? —le preguntó él con desenfado.

—Dos o tres veces al mes como mucho. Me temo que mi trabajo me absorbe demasiado —respondió ella—. Cuando no estoy dando clases en el colegio, estoy estudiando o haciendo algún curso para

mejorar. No me queda mucho tiempo para visitar a nadie… Pero mis padres lo comprenden. Hicieron muchos sacrificios para que yo pudiera ir a la universidad.

Parecían buena gente. Dominic se sintió muy interesado.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es albañil. Trabaja demasiado duro, y ya no es joven. Me preocupa que se exija demasiado a nivel físico. El mes pasado se lesionó la espalda y estuvo sin ir a trabajar dos semanas.

Al recordarlo, Sophie sintió remordimientos. Su padre había vuelto a trabajar, pero ella debería hacerle una visita pronto y asegurarse de que estaba bien.

De pronto, se dio cuenta de que Dominic la observaba atentamente y recuperó la compostura. Asió la inmaculada servilleta y se la colocó en el regazo.

—¿Y tu padre a qué se dedica? —le preguntó ella.

—Es un hombre de negocios. Oficialmente está jubilado, pero sigue teniendo asuntos aquí y allá —respondió Dominic con una sonrisa atribulada.

Sophie sintió una punzada de placer.

—¿Y tu madre? —preguntó.

El se encogió de hombros y un velo nubló su mirada.

—Está siempre muy ocupada viajando y con temas de caridad —dijo él.

—¿Y la ves a menudo?

La última vez había sido hacía un año, y había sido un encuentro breve, cuando ella había ido a conocer el despacho de su hijo en Londres.

—No, la verdad es que no —contestó Dominic.

—Ya.

Sophie no sabía qué más decir. El comentario de él no desvelaba si lamentaba no ver a su madre o le daba igual. Pero la expresión ausente de él conmovió a Sophie.

—Estoy convencida de que ser padre es un trabajo muy duro. Después de ver la energía y las necesidades de mis alumnos de cinco años, admiro a las personas que son tan valientes como para querer tener hijos.

—¿A ti te gustaría tener hijos?

Sophie se revolvió incómoda en su asiento. La pregunta de

Dominic quedó suspendida en el aire amenazando la sensación de segundad de Sophie.

—Sí, pero no en un corto plazo. Primero tendré que casarme, y aún no he encontrado a nadie que…

Sophie se detuvo de pronto al darse cuenta de lo que acababa de escapársele y se ruborizó. Le pareció que Dominic también se sonrojaba. Sophie supo que el tema de que ella se convirtiera en su querida estaba de fondo en aquella conversación e iba a volver a salir de nuevo.

—Se me ha ocurrido una idea que me gustaría que consideraras —comentó él.

Sophie frunció el ceño y entrelazó las manos en su regazo.

—¿Y qué idea es ésa?

—Un periodo de prueba de seis meses. Viviremos juntos durante ese tiempo y, si al final de ese tiempo has decidido que no te gusta el acuerdo, por la razón que sea, podrás marcharte y no te presionaré para que te quedes. ¿Esa idea te resulta más atractiva que atarte a mí indefinidamente?

Sophie lo miró con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—¿Por qué tienes tanto interés en que viva contigo? ¿Por qué no podemos quedar de vez en cuando, como hacen otras parejas?

«Porque entre mis compromisos y los tuyos, apenas lograríamos coincidir», pensó él. Si ella vivía con él, él podría convencerla alguna vez para que le acompañara en alguno de sus viajes al extranjero. El estaba convencido de que, una vez que ella probara el tipo de vida suntuosa que él llevaba a diario, no querría otra cosa. Quizás incluso lograra convencerla de que su carrera como maestra no era tan importante.

—Porque no es lo que yo quiero —replicó él—. Quiero que vivas en mi casa, o será muy difícil que coincidamos. Tengo una casa muy grande con mucho espacio.

No creo que te incomode vivir aquí.

—No pensarás que me estás rescatando de mi estilo de vida modesto, ¿verdad?

¿Acaso crees que debería estarte agradecida porque me estás haciendo esta oferta inigualable?

Sophie se enfureció con la insinuación de que ella debería olvidar todo por lo que había luchado tan duramente y trasladarse a

vivir con él como su mantenida.

Muchas mujeres hubieran accedido encantadas a la oferta, pero ella era como era y no estaba dispuesta a renunciar a su vida por él.

—No comprendo por qué eres tan testaruda. ¡Cualquiera diría que te estoy ofreciendo algo despreciable!

—No lo comprendes porque no me conoces en absoluto, Dominic! Amo mi trabajo, amo incluso mi humilde casita, aunque podría caber diez veces dentro de tu mansión. Ambas cosas significan mucho para mí.

Dominic suspiró sin disimular su exasperación y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y si acordamos que puedes conservar tu casa y tu trabajo, pero venirte a vivir conmigo? ¿Qué dirías a eso, Sophie?

—¿Qué pasaría si accediera? —inquirió ella, con la garganta seca de pronto al imaginarse viviendo la lujosa vida de Dominic—. ¿Qué esperarías de mí?

El respondió con franqueza.

—Esperaría que me acompañaras a todas partes y, por supuesto, que fueras mi amante.

La insinuación de que ser su amante era la parte más importante de todas dejó a Sophie por un momento sin poder reaccionar, del intenso deseo que le despertó.

—Si me planteo tu nueva proposición, quiero que comprendas que no renunciaría a mi carrera. Viviría contigo y asumiría el rol que quieres que adopte, pero sólo si queda claro que puedo ir y venir como me plazca. Estoy acostumbrada a ser independiente y no quiero nada menos. No podría vivir con menos.

Dominic se sintió eufórico y enormemente aliviado, pero no dejó que su expresión lo delatara. Le permitiría conservar su trabajo, pero no quería que ella fuera demasiado independiente. Cuando Sophie se diera cuenta de que él deseaba darle todo lo que su corazón deseara, ella aceptaría que él era el jefe y que sus necesidades eran más importantes que las de ella. Además, si ella accedía a ser su querida, él quería que lo acompañara en sus viajes por el mundo. A veces pasaba varias semanas fuera, y no iba a dejar a Sophie sola. ¿De qué servía su acuerdo si no?

—Entonces, ¿trato hecho? —preguntó él, y le tomó la mano y la entrelazó con la suya con aire posesivo.

Sophie se dijo que debía de haberse vuelto loca por haberse planteado siquiera la proposición de Dominic, sobre todo después de tanto tiempo sin querer tener una relación.

—Me gustaría tener un tiempo para asimilar todo esto antes de trasladarme a vivir aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana, quizá dos —respondió ella, indecisa.

—Te doy siete días. La próxima semana a esta hora organizaré todo para que te mudes aquí.

—¿Y qué me dices de tu familia y tus amigos, Dominic? ¿Vas a hablarles de mí?

El evitó responder devolviéndole la pregunta.

—Y tú, ¿se lo vas a decir a tus padres?

—No tiene sentido. No, cuando esto no es una relación en condiciones — contestó ella tristemente.

Dominic le apretó suavemente la mano.

—Te equivocas, claro que esto será una relación en condiciones. Tus padres no van a tener motivos para preocuparse. Voy a cuidar de ti y no te va a faltar de nada.

He sugerido que probemos durante seis meses para que no te sientas atrapada por el acuerdo. Puedes contárselo a quien tú quieras.

—¿Entonces tú también vas a decírselo a tus padres? —inquirió Sophie, perpleja.

Sí, se lo contaría. Pero no esperaba que saltaran de alegría precisamente. A su madre no le haría ninguna gracia que su nueva pareja fuera una sencilla maestra de escuela, de familia humilde. Su madre esperaba que él tuviera novias, por supuesto, pero en el fondo era una esnob y quería que no «desentonaran» con su único hijo. Su padre frunciría el ceño y le preguntaría si no había encontrado nada mejor, pero no le molestaría ni la mitad que su madre, sobre todo cuando conocieran a Sophie. Ella no era como las mujeres que él solía frecuentar: no era ni una cazafortunas ni le interesaba escalar posiciones socialmente. Esa era una razón más, aparte de la casi incontenible atracción sexual, para que ella le gustara tanto.

—Por supuesto que voy a decírselo —afirmó él.

Sophie no quiso ni imaginarse silos padres de Dominic la

aprobarían, si algún día llegaban a conocerse. Ya tenía suficientes problemas con el hecho de que había accedido a convertirse en la querida de Dominic y que iba a vivir con él.

El lunes, cuando regresó al trabajo, Sophie se dio cuenta del alcance de su decisión y del efecto que sin duda tendría en su vida.

Había pasado el domingo esperando que Dominic la telefoneara y le dijera que se lo había pensado mejor y que todo el asunto le parecía un terrible error. Pero como eso no sucedió, Sophie estuvo el resto del día embelesada pensando en lo que se llevaría en el traslado a la casa de él.

Había recibido una postal de Diana de Chipre, donde estaba de luna de miel, y el estómago le había dado un vuelco al acordarse de ella. ¡Diana no iba a creerse lo sucedido! Se marchaba de viaje quince días, ¡y al regresar se encontraba con que su mejor amiga se trasladaba a vivir con su jefe! Y todo eso, después de que al principio no habían podido soportarse…

—¿Lo has pasado bien el fin de semana. Sophie? —le preguntó Bárbara Budd maliciosamente en la sala de profesores, mientras se servían un café.

Sophie fingió que leía atentamente un aviso del tablón de anuncios y se encogió de hombros.

—Ha sido normal. ¿Y tú?

—Como siempre. ¿Has vuelto a ver a ese novio millonario tuyo?

A Sophie se le aceleró el corazón y se giró como una bala.

—¿De qué estás hablando?

Miró incómoda a la otra mujer y le desagradó la evidente curiosidad en su mirada.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando, Sophie. Me refiero al dueño del Rolls Royce. Yo no le dejaría escapar si fuera tú. ¡No me perdería la oportunidad de salir de este lugar!

Todo el mundo sabía que Bárbara no enseñaba por vocación. No había obtenido la nota necesaria para estudiar Derecho y su segunda opción había sido ser maestra.

Sophie lo lamentó por sus alumnos de ocho años.

—Preferiría que te metieras en tus asuntos, Bárbara. Mi vida privada no es de tu incumbencia.

—Perdóname por respirar —replicó la mujer secamente, y salió de la sala haciéndose la ofendida.

Sophie recogió sus cosas y se dirigió a su clase. Al menos en ese terreno, no se sentía tan confusa y asustada.

Capítulo 9

Dominic había telefoneado a Sophie y le había pedido que fuera con Louis a buscarlo al aeropuerto. El había estado casi una semana en Ginebra, y cada día que pasaba ella lo había echado más de menos. Sophie estaba abrumada por su intensa reacción y no sabía qué hacer con el tumulto de sentimientos que él le provocaba.

Tenía que obligarse a concentrarse hasta en las tareas más simples, porque lo único en lo que pensaba era en Dominic.

Como no le gustaba la idea de estar obsesionándose con él, intentó sacudirse su estado de ánimo taciturno. Incluso salió con sus amigos un par de noches seguidas, decidida a demostrarse a sí misma que no era una de esas mujeres que necesitaban a un hombre a su lado a toda costa. Pero no había funcionado. Cuando llegaba a casa, sólo tenía ganas de escuchar música romántica y deambular por su casa soñando con él.

En ese momento, mientras se paseaba nerviosa por la sala de espera VIP del aeropuerto, Sophie se detuvo un momento y contempló el maravilloso abrigo que Dominic había insistido en que se quedara. Le resultaba increíble cómo una cosa había conducido a otra y la había llevado por un camino muy distinto del que ella tenía pensado recorrer. ¡Ella, que se había preguntado muchas veces si sería capaz de volver a comprometerse en una relación, había dado un giro de ciento ochenta grados y estaba planteándose mudarse a vivir con un hombre que acababa de conocer! Esa tarde, ella se había maquillado con especial esmero porque quería estar especialmente guapa para Dominic, y Louis se lo había alabado.

—Sophie…

Nunca su nombre le había sonado tan bien. Ella se giró lentamente y el corazón le saltó de alegría en el pecho al verlo, con

su gabardina sobre su traje caro, su pelo rubio ligeramente despeinado y un velo de cansancio en sus increíbles ojos que la preocupó inmediatamente. De sólo mirarlo, ella creyó que se mareaba y no supo qué decir. Las piernas no la respondían, y fue Dominic quien se acercó a ella, con una amplia sonrisa en el rostro.

Los días llenos de reuniones de trabajo de la semana anterior habían requerido más de él de lo que él hubiera deseado. Había tenido que pelear por lograr el contrato larga y duramente porque sus rivales habían resultado muy duros. Cada noche, él había tenido que revisar sus planes para presentar un proyecto viable con el que ganar el trato. Su deseo de dar empleo al mayor número de gente posible había superado a su habitual necesidad de obtener el máximo beneficio. Y había conseguido el cliente.

Eufórico pero agotado, Dominic regresaba a Londres pensando en lo único capaz de aliviar la tensión y el cansancio acumulados en los últimos días: Sophie.

Estaba desesperado por verla de nuevo y decidido a que ella supiera que tenía plena intención de seguir adelante con su acuerdo, y que ella fuera a vivir con él al día siguiente o al otro, a más tardar. Le había dado siete días para pensárselo y no quería esperar más.

Esa noche le recordaría lo bien que se complementaban en el sexo. En el vuelo de regreso no podía pensar en otra cosa. Y cuando vio la figura delgada y pequeña de ella, Dominic se alegró de ver que llevaba puesto el abrigo que él le había regalado. Una ola de deseo barrió su cansancio y le hizo sentirse más vivo que nunca.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, incapaz de disimular sus ansias de ella.

—Muy bien —respondió ella.

Sonrió, pero no se lanzó en sus brazos, aunque era lo que deseaba. El era tan elegante y distinguido que no parecía apropiado mostrar una reacción muy efusiva en público. Dominic no era sólo su novio regresando de un viaje al extranjero, era un hombre de negocios poderoso y respetado, incluso temido. Nerviosa e insegura, Sophie no sabía cómo debía darle la bienvenida.

Por un momento, le abrumó la idea de cómo el destino había hecho que se cruzaran sus caminos. Eran diametralmente opuestos, ¿cómo podía funcionar una relación entre ellos? Ya era hora de que

despertara de aquel sueño y se centrara en la realidad.

—¿No vas a darme un beso de bienvenida? —bromeó Dominic en tono sensual.

Con el estómago encogido de nervios, porque sabía que en breve tendrían que hablar de la propuesta de él, Sophie se puso de puntillas y lo besó inocentemente en la mejilla.

Dominic frunció el ceño.

—Si ese beso indica lo mucho que me has echado de menos, voy a ponerme muy triste.

—Pareces cansado —replicó Sophie, agarrándose a la primera excusa que se le ocurrió para explicar su comportamiento.

—Pero aún me quedan fuerzas para demostrar a mi chica que me he acordado mucho de ella mientras estaba lejos… —dijo él, y le plantó un apasionado beso en la boca.

Ella entreabrió los labios hambrienta y se colgó de él, temiendo desmayarse por la intensidad de su deseo. Cuando se separaron, él le acarició la barbilla y sonrió.

—A lo mejor sí que me has echado de menos un poco, ¿no?

—¿Qué tal te ha ido el trabajo? —preguntó ella, intentando recuperar el sentido.

—Muy bien, pero ahora no quiero hablar de eso, Sophie. Lo único que quiero es irme a casa, tomarme una copa contigo y disfrutar del sexo contigo. Te quedarás en mi casa esta noche, ¿verdad?

El hacía que pareciera una decisión sencilla, pero a Sophie le parecía un campo lleno de minas. Cuanto más se permitiera intimar con Dominic, más duro iba a resultar cuando se separaran, daba igual que sucediera dentro de seis meses, cuando terminara su período de prueba, o esa misma noche. Ella le había echado muchísimo de menos, pero quizás precisamente por eso debía mantener una distancia razonable entre ellos. Al menos hasta que estuviera segura de estar haciendo lo correcto.

—Seguro que prefieres descansar, sería mejor que yo me fuera a mi casa.

Podríamos vemos mañana, si quieres.

La distancia que ella se esforzaba en marcar entre ellos alarmó y enfureció a Dominic. ¿Habría hablado ella con alguien en el tiempo en que él estaba fuera?

Quizás alguna amiga que le había avisado de que irse a vivir con él no era una buena idea… Si ése era el caso, cuanto antes se mudara, mejor. La gente solía tener ideas preconcebidas sobre los hombres ricos y poderosos como él, y no le extrañaría que quien le hubiera aconsejado a ella tuviera celos o envidia de la oportunidad que se le ofrecía.

—¡No digas tonterías! He esperado toda la semana para verte de nuevo, ¿y ahora me dices que quieres irte a tu casa esta noche y que ya nos veremos mañana?

Nada de eso. ¡Te quedarás en mi casa esta noche!

Aquella orden generó una violenta respuesta en Sophie. Ella deseaba estar con él, era cierto, pero no iba a aceptar que él se lo ordenara.

—Dominic, quizá para ti sea normal obtener todo lo que deseas y quizá puedas hablar así a otras mujeres. Pero a mí tienes que pedírmelo. Estamos en el siglo veintiuno, ¿recuerdas? Soy una mujer independiente que voy y vengo como me place. ¡No soy una posesión tuya!

El suspiró pesadamente y se pasó los dedos por el pelo con impaciencia, como si le aburriera la indignación de ella.

—¡No puedo creer que estemos discutiendo a los pocos minutos de reencontramos! De acuerdo, admito que quizás debería haberte pedido que pasaras la noche conmigo. Bueno, pues lo hago ahora. Sophie, ¿te quedas a dormir en mi casa?

El estaba tan cansado que no pudo disimular su ansia por ella. Había bajado la guardia y la intensidad de su deseo le salía por cada poro de la piel y se reflejaba en su mirada. Sophie sintió que toda su resistencia desaparecía rápidamente.

—¿Seguro que no estás demasiado cansado?

El le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y la miró con una sonrisa incitante.

—En cuanto lleguemos a casa, voy a demostrarte el vigor que tengo.

Sophie no pudo evitar sonrojarse. Él la tomó de la mano y la condujo fuera del aeropuerto.

El dormitorio de él era grande y elegante, con una magnífica cama con dosel dominando la estancia. Sophie se sintió intimidada ante tanto lujo, pero rápidamente tuvo algo más importante de lo

que preocuparse: Dominic se había quitado la corbata y la miraba con una sonrisa devastadora y posesiva. Quizás los dos fueran de mundos diferentes, pero tenían una cosa en común: su deseo mutuo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella, nerviosa al verlo acercarse a ella y atraerla hacia sí por la cintura.

—¿Tú qué crees? —le provocó él mientras le acariciaba la espalda y los glúteos—. Estoy conociéndote mejor, Sophie Dalton.

Sólo de oír su voz, sensual y envolvente, Sophie dejó de pensar con claridad. Su necesidad de él era tal que se olvidó de que era rico y poderoso y de que vivía en una mansión. El era un hombre, tremendamente cálido y humano, que necesitaba sus caricias tanto como ella las suyas.

Ella le acarició la boca con un dedo. El apretó la mandíbula, le agarró la mano y la besó en la palma. Luego cubrió su boca con la suya y casi la hizo desmayarse de deseo. Dominic no sólo era un hombre guapo y poderoso, además sabía cómo hacer estremecerse a una mujer. De pronto, Sophie percibió en él una necesidad que no le había conocido hasta entonces: una necesidad emocional.

Así que él no era una isla, después de todo. Tenía la misma necesidad de ser amado que cualquiera, la misma que ella… Era un descubrimiento asombroso. Sophie correspondió a sus besos, apenas consciente de que estaban moviéndose al unísono hacia la cama mientras se quitaban la ropa mutuamente con ansia, como si no pudieran esperar a sentir la piel del otro junto a la suya.

A la tenue luz de las lámparas, el cuerpo de Dominic resultaba imponente, parecía un guerrero mítico. Se tumbó boca arriba en la cama y urgió a Sophie a que se colocara a horcajadas sobre él. Ella le complació gustosa. El la llenó completamente de un sólo empellón y la hizo gritar de placer. Entonces se detuvo de pronto, mientras se daba cuenta de una cosa: —Sophie, tenemos que usar algún tipo de protección. No podemos arriesgarnos a que te quedes embarazada.

Al decir aquellas palabras, Dominic sintió un poderoso y sorprendente deseo de tener un hijo de aquella mujer; ese deseo le conmocionó. Mientras pensaba en eso, vio que Sophie le sonreía con tranquilidad.

—No tienes de qué preocuparte, tomo la píldora. Es que… tengo unas menstruaciones muy dolorosas.

Aunque estaban haciendo el amor, Sophie se ruborizó al tener que explicarle a Dominic por qué tomaba la píldora. Pero ese hombre estaba haciéndola romper todas las barreras emocionales tras las que ella se había escondido, y ella no iba a permitir que la vergüenza le impidiera disfrutar de aquel contacto tan íntimo con él.

Sin saber muy bien si las noticias le tranquilizaban o le desilusionaban, Dominic olvidó su fantasía de tener hijos con Sophie cuando ella comenzó a mover las caderas, provocándole olas de placer cada vez más intenso. El acercó sus manos a los senos de ella y jugueteó con sus pezones, duros y excitantes, disfrutando tanto con el placer de ella como con el suyo propio. Ella comenzó a jadear aceleradamente y gritó su nombre cuando él la penetró con un empujón definitivo, y ambos llegaron al éxtasis en los brazos del otro. Al terminar, Sophie se tumbó sobre él y apoyó la cabeza en su pecho, saboreando los aromas de sus cuerpos saciados., —Esta sí que es la bienvenida que yo me había imaginado —comentó él con una risita.

Le acarició el rostro a Sophie y le hizo mirarlo a los ojos.

—No somos tan diferentes, tú y yo —añadió mientas contemplaba sus rasgos sonrosados de placer—. Ambos somos apasionados y salvajes. Es una buena combinación, ¿no crees?

—¿Te gustan las mujeres apasionadas? Quiero decir, seguro que has conocido a muchas mujeres… —comentó ella seria, pues la idea le ponía celosa.

—Algunas… pero ninguna como tú, Sophie.

—Yo sólo tuve un verdadero novio antes que tú. ¿Puedes creerlo?

—Si lo que me preguntas es si se nota que te falta experiencia, mi respuesta es que no. Eres toda una femme fatale. Tienes un cuerpo tan sexy que volverías loco a cualquier hombre. ¿Te sientes más segura ahora?

Dominic siempre despertaría el deseo de muchas mujeres, ella lo sabía. Lo que no tenía tan claro era si ella sería capaz de soportarlo. Hasta la traición de Stuart, ella nunca había sentido celos. Tras el incidente, ella había detestado a la mujer con la que se había acostado Stuart, pero después de un tiempo se obligó a sí misma a continuar con su vida. No quería volver a sentir ese dolor de nuevo,

si podía evitarlo. Si se permitía enamorarse perdidamente de Dominic, ¿no era a eso a lo que se exponía con toda seguridad? Sólo que sería mil veces peor… Un hombre tan carismático como él tenía siempre cientos de admiradoras.

—La verdad es que no lo decía para que me regalaras cumplidos —dijo ella, y se tumbó boca arriba.

Se sentía vulnerable y asustada.

—Creo que cuanto antes vivamos juntos, mejor —anunció Dominic.

El era un hombre de mundo, pero no le apetecía demasiado oír hablar a Sophie de su ex novio, ni preguntarse si ella habría sentido tanto placer en aquellos brazos como con él.

—Deberías empezar a pensar dónde te gustaría que te llevara en nuestro primer viaje —le dijo él, acariciándole suavemente el rostro —. Quiero que partamos pronto para que tengamos tiempo para conocernos más.

Al pensar en viajar, Sophie se acordó de Diana. Su amiga regresaría al trabajo el lunes. ¿Se sorprendería mucho? ¿Se alegraría por ella? ¿O se quedaría conmocionada de que Sophie hubiera dado un giro tan radical a su vida y fuera a irse a vivir con Dominic, después de la aversión que había demostrado hacia él?

—Sophie, ¿estás bien? —le preguntó él dulcemente porque ella seguía con vista clavada en el dosel.

—¿Dices que quieres que viajemos pronto? Bueno, espero poder conseguir días libres en el colegio. Si el viaje coincide con las vacaciones de Semana Santa, entonces podré ir. Si no, me temo que me será imposible.

Dominic no concebía que el colegio para el que ella trabajaba fuera a ponerle dificultades para tomarse unos días libres y se sintió frustrado. ¡Si él conseguía lo que quería, Sophie presentaría su renuncia y no tendría que volver a pedir vacaciones!

—¡Eso es ridículo! —exclamó él.

—No, Dominic —replicó ella, y lo miró fijamente—. Así es la vida. No existen demasiados profesores suplentes. Y, para serte sincera, no quiero que otra persona me sustituya porque yo me voy de vacaciones. Los niños se encariñan mucho con su profesor y les cuesta un tiempo adaptarse a una persona nueva. No quiero que lo pasen mal en mi ausencia.

—¿Nunca te tomas un descanso? —le preguntó Dominic, frunciendo el ceño.

—Por supuesto que sí! Tengo las vacaciones de verano. Pero aparte de ésas, no me gusta faltar durante el curso. Como te he dicho, los niños…

—¿Siempre te has dedicado tan concienzudamente a tu profesión? —le preguntó él, irritado.

Sabía que era una característica que él también tenía, y la valoraba, pero no podía evitar sentirse celoso de que ella antepusiera sus alumnos de primaria a él.

—Siempre deseé ser profesora, era lo que de pequeña soñaba hacer cuando fuera mayor. ¿Por qué no iba a vivir entregada a ella?

—¿Nunca se te ha ocurrido que un día querrías formar tu propia familia?

Sophie se lo quedó mirando perpleja.

—No voy a decirte que no se me haya pasado por la cabeza, pero hay muchas cosas que quiero hacer antes.

Entonces fue el turno de él de fijar la vista en el dosel. Suspiró.

—Yo también he pensado en tener mi propia familia algún día. Mi trabajo siempre ha sido mi vida, ¿sabes? Pero uno debe pensar en el futuro.

Incómoda con el giro que estaba tomando la conversación, pues estaba claro que él no contaba con ella al pensar en formar una familia, Sophie contuvo su dolor y sonrió forzadamente.

—La verdad es que ahora prefiero concentrarme en el presente, ¿tú no?

—¡Acabas de leerme el pensamiento!

Antes de que ella se diera cuenta de las intenciones de él, Dominic se colocó encima de ella y la miró con los ojos brillantes de deseo. Ella se estremeció anticipando el placer.

—Dominic… ¿qué estás haciendo?

—Voy a demostrarte mi vigor, querida Sophie. ¡Tal y como te había prometido que haría!

Y diciendo eso la besó de una forma tan sexy que ella se sintió como en un sueño del que no quería despertar.

—Necesito sentarme.

Diana se dejó caer en uno de los raídos sofás de Sophie, conmocionada por las noticias que acababa de conocer.

—A ver si me aclaro: ¿estás diciéndome que, mientras yo estaba de luna de miel, Dominic y tú habéis empezado a salir juntos y él te ha pedido que vivas con él?

¿Cómo diablos ha sucedido? ¡La última impresión que me diste antes de marcharme fue que no podías soportarle!

Sophie dejó las dos tazas de café sobre la mesa y sonrió débilmente.

—A mí también me resulta difícil de comprender, Diana, si quieres que te diga la verdad. Ha sido una de esas locuras que ocurren a veces en la vida… Aunque nunca creí que me sucedería a mí.

—El debe de querer algo —comentó Diana, nerviosa.

Al oír esas palabras, Sophie se puso en alerta.

—¿A qué te refieres con que debe de querer algo?

—Sé realista, Sophie! Tú eres una maestra de escuela con un sueldo ínfimo, vives entregada a tu trabajo y no eres ninguna belleza. Dominic es un hombre monumental, rico y exitoso, que lee los periódicos financieros para relajarse y vive en uno de los lugares más prestigiosos de todo Londres. ¡Despierta, Sophie! Sí, eres bonita y te tengo mucho cariño, ¡pero no eres para ese hombre, querida!

Las palabras de su amiga la golpearon sin piedad, dejándola profundamente herida en su orgullo y en su autoestima. Diana podía ser brusca a veces, ¿pero tan insensible y cruel? De pronto, a Sophie le pareció que estaba frente a una extraña.

—Habla claro, ¿quieres? —la exhortó.

—Por todos los santos, Sophie! ¡Seguramente lo único que quiere es acostarse contigo! Es evidente que quiere engañarte con la idea de que te vayas a vivir con él para ver si así te convence y te mete en su cama. Se ha dado cuenta de que no eres el tipo de mujer que se acuesta con cualquiera, y que no se te puede comprar, así que está usando todas sus armas de seducción, eso es todo. En cuanto haya obtenido lo que quiere, te dejará tirada e irá a buscar a otra.

—Pues para que lo sepas, ya me he acostado con él —replicó Sophie con la garganta seca.

Le dolía darse cuenta de que Diana no era la amiga que ella creía que era.

Sophie se cruzó de brazos y la miró con los ojos brillantes.

—Y, para tu información, fue él quien me pidió que me trasladara a su casa…

¡después de que nos acostamos juntos!

—¡No te creo! —exclamó Diana, poniéndose en pie y mirando a Sophie desdeñosamente—. ¿Por qué iba él a querer estar con alguien como tú cuando puede tener a las mujeres más bellas? ¿Sabes cuántas mujeres le telefonean a la oficina a lo largo de la semana? Te estás buscando muchos problemas si sigues con ese ridículo acuerdo, Sophie. ¡El nunca te será fiel! ¿Por qué iba a serlo?

Capítulo 10

—¡El nunca te será fiel! ¿Por qué iba a serlo?». Las palabras de Diana resonaron en la mente de Sophie. Le dolían profundamente, sobre todo desde que ella se había permitido empezar a creer que, después de la última noche, le importaba realmente a Dominic, que quizás su atracción por ella iba más allá de la mera fascinación.

Sophie tenía el corazón retorcido de dolor. Había comenzado a derribar barreras y a abrir su corazón a Dominic, y tenía que admitir que lo amaba. Pero las devastadoras palabras de Diana no eran propias de alguien que se preocupaba por otra persona, y eso era lo que más le dolía.

—¿Así que crees que Dominic nunca podría querer a alguien como yo? — preguntó en voz baja, intentando tranquilizarse.

—No quiero hacerte daño, Sophie, de veras. Pero tú no te mueves en el mismo mundo que él. Tú no conoces lo que yo. ¿No crees que es mejor que sepas ahora cómo es el auténtico carácter de Dominic, en lugar de más tarde, cuando tengas el corazón destrozado?

¿Por eso era por lo que él había sugerido el período de prueba de seis meses?, se preguntó Sophie. ¿El no se veía capaz de mantenerse fiel a una sola persona durante más tiempo? Quizás por el momento la deseara a ella por encima de a las otras mujeres porque se había encaprichado de ella, pero él era un hombre inteligente y vivido, seguramente sabía que su fijación por Sophie no duraría.

—¿Qué es lo que intentas decirme, que es un hombre en quien no se puede confiar respecto a las mujeres?

—¿A ti qué te parece? No estoy intentando ponerle en entredicho, pero con su fabuloso aspecto y su fortuna personal,

¿qué razón tendría para quedarse con una sola mujer? Aún es joven, tiene mucho tiempo para tantear el terreno.

—¡Y a pesar de eso él quiere tener una relación conmigo! Nunca creí que encontraría a alguien que me importara de verdad, Diana, y tú lo sabes. Pero siento algo profundo hacia Dominic. ¿No puedes desearme lo mejor, como yo hice con Freddie y contigo, y alegrarte por mí?

Diana no dijo nada durante unos momentos. Entonces, lanzando una mirada de menosprecio a Sophie, dijo lo que realmente pensaba.

—¿Quién te crees que eres, creyéndote que puedes aparecer de pronto y conseguir a alguien como Dominic? ¡Pasar de la pobreza al lujo más inimaginable en un abrir y cerrar de ojos! Freddie y yo hemos tenido que trabajar duro para conseguir lo que tenemos… ¡nadie nos lo ha servido en bandeja!

Sophie no podía creerse lo que estaba oyendo e intentó calmarse. ¿Cómo podía Diana decirle que la fortuna se le había presentado en bandeja? Ella también había trabajado duro, y sus padres aún más, para poder estudiar en la universidad. Habían tenido que hacer muchos sacrificios por ella. Diana, por el contrario, provenía de una familia de profesionales liberales, sus padres eran médicos. Uno tenía su propia consulta y el otro trabajaba en una clínica privada en un barrio rico. Si Diana había tenido que luchar por lo que deseaba, quizás era porque Freddie quería llevar un ritmo de vida fuera de sus posibilidades. El dinero había sido la causa de la mayoría de las rupturas que había tenido la pareja.

A Sophie le dolía mucho aceptar que su amiga estaba celosa de que ella pudiera «salirse» de su clase social y estar con alguien como Dominic. Descubrir que su amiga despreciaba sus orígenes humildes era como una terrible bofetada.

—Siento mucho que hayas reaccionado así, Diana. Ahora que ya sé lo que realmente piensas de mí, no tiene sentido que sigas aquí. Será mejor que te vayas.

—¡Pues cuando vea a Dominic le diré exactamente lo que pienso de este asunto tan patético! —exclamó Diana, y se marchó de la casa dando un portazo.

Sophie dudó de que su amiga fuera a hablar de esa forma con su

jefe; no se arriesgaría a perder su empleo tan bien pagado, estaba segura.

—Así que vas a meter a la encantadora Sophie en tu casa, ¿no? Supongo que debería quitarme el sombrero ante ella: ha conseguido lo que ninguna otra mujer ha logrado desde que te conozco. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Dominic?

Con su sonrisa llena de comprensión, Emily Cathcart observó a Dominic con cariño. No exageraba si decía que se había llevado la mayor sorpresa de su vida al escuchar del propio Dominic que había pedido a su nueva amante que se mudara con él, y cuanto antes. Y aún se había sorprendido más al conocer que la afortunada era Sophie Dalton, la profesora de primaria a la que ella había acompañado de compras en busca de un vestido de gala para el Guildhall.

¿Era consciente Dominic de que esa noticia tan escandalosa levantaría gran revuelo en los círculos en los que él se movía? Dominic Van Straten era el soltero de oro por excelencia, el hombre con el que todas las madres de la alta sociedad deseaban casar a sus hijas. ¡Y se iban a llevar un disgusto cuando descubrieran que él estaba viviendo con su nueva amante!

—A mí no me gusta tomar decisiones precipitadas, Emily, lo sabes muy bien. Sí, estoy seguro de que es lo que quiero. Y, al contrario de lo que la gente pueda creer, me ha costado mucho convencer a Sophie de que era una buena idea —dijo él, y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Quieres decir que se ha resistido a la idea de vivir contigo?

—Eso parece.

—Tengo que preguntártelo: ¿estás enamorado de esa mujer, Dominic?

Era la única explicación que ella encontraba al comportamiento de su amigo, aunque le resultaba difícil de creer.

«¿Enamorado? ¿Qué significa eso exactamente?», se preguntó Dominic. Su padre le había educado tan concienzudamente en el arte de contener las emociones, que le resultaba difícil saberlo. Sophie era la mujer más excitante y sensual que había conocido en mucho tiempo, era natural y no se había acercado a él en busca de su fortuna: y además en la cama era la mejor.

Él no tenía ninguna duda de que estaba encaprichado con ella.

La había conocido en un momento de su vida en que ya no quería estar solo, en que se había admitido a sí mismo que por fin quería compartir su vida con alguien. Sí, eran muchas las razones para convertir a esa pequeña fiera en su querida. Simplemente con pensar en ella se le despertaba un intenso deseo. Pero de ahí a estar enamorado…

—Te estás tomando demasiado tiempo para responder a la pregunta, Dominic —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Por supuesto que ella me importa, Emily. Es encantadora. Tú la conoces, así que lo sabes. A su lado no me aburro, y sin duda ella me hará sentirme más vivo durante mucho tiempo. Creo que nos irá bien juntos.

—¿Y has pensado en cómo va a manejarse una mujer como ella en el mundo en el que tú te mueves si nunca ha pertenecido a él?

—Yo le enseñaré lo que necesite. Ya te he dicho que es muy lista. Estoy seguro de que no será un problema.

—¿Y qué va a pasar con su carrera? —insistió Emily, que no veía más que puntos flacos en esa relación porque conocía la naturaleza exigente de su amigo—.

Ella me dijo que amaba su trabajo. ¿Crees que va a estar dispuesta a renunciar a él y a anteponer tus necesidades a las suyas, Dominic?

El agarró la copa con más fuerza de la necesaria. Esa pregunta le incomodaba más de lo que debería.

—Tendrá que hacerlo —respondió con un brillo de determinación en los ojos.

Sophie esperaba en el salón de casa de Dominic a que éste regresara de contestar una llamada internacional. Ella todavía no había logrado sacudirse las horribles palabras de Diana y además, para empeorar las cosas, sus dudas acerca de vivir con Dominic habían aumentado. Ese acuerdo no funcionaría nunca.

¿De veras creía que iba a poder acudir todos los días a su humilde colegio desde la mansión de Mayfair e intentar fingir que su vida seguía siendo de lo más normal? ¿Qué pensarían sus colegas cuando conocieran su auténtica situación? Era evidente que no todo el mundo se alegraría por ella. Si la que ella creía que era su mejor amiga no había sido capaz de felicitarla, los que apenas la conocían tampoco lo harían, estaba claro.

Sophie se paseó por la habitación retorciéndose las manos y estudió con interés las distintas obras de arte, delicadamente dispuestas en vitrinas. Eran objetos de todo el planeta, lo que indicaba que Dominic debía de haber visitado casi todo el mundo.

¿Qué diría él si supiera que ella sólo había salido del país una vez, cuando había ido a un camping de Francia?

Observó también los cuadros de las paredes, muchos de ellos obras originales, estaba segura. Cada vez más nerviosa, reparó de pronto en una tarjeta de cumpleaños que estaba en el centro de la repisa de la chimenea, solitaria. Se acercó a ella con curiosidad. Comprobó que Dominic aún no regresaba y asió la tarjeta y leyó lo que tenía escrito: A Dominic en su treinta y seis cumpleaños. Con nuestros mejores deseos, tus padres.

El no le había dicho nada de que fuera su cumpleaños. Sólo la había invitado a cenar en su casa. Pero más que por eso, Sophie estaba abrumada porque él recibiera una felicitación tan seca de sus propios padres. ¿Eran siempre así de formales con su único hijo? Con el corazón encogido, Sophie se estremeció y volvió a dejar la tarjeta en su lugar.

Acababa de hacerlo cuando Dominic entró en la habitación. Sophie lo miró al instante. Esa noche estaba más guapo que nunca, con unos vaqueros y un suéter de cachemir que realzaba su poderoso torso.

—No sabía que era tu cumpleaños —comentó ella, y sonrió tímidamente al ver que la expresión de él se ensombrecía.

—Nunca celebro mi cumpleaños, así que no te preocupes.

—¿Por qué no lo celebras? —preguntó ella, preocupada.

Dominic se encogió de hombros y se la quedó mirando durante un largo rato, intentando aclarar sus sentimientos al respecto y sintiendo una extraña vergüenza.

—No lo celebro porque elijo no hacerlo. Por eso.

El sabía que sonaba como un cascarrabias y se detestó por ello.

—Esa no es ninguna razón. Para mí, vivir un año más y encontrar que uno tiene buena salud y una buena vida, son motivos que merecen la pena celebrar. Yo siempre celebro mi cumpleaños. Es el único día del año que, si cae entre semana, me tomo libre del trabajo. Y mi madre siempre me hace una tarta.

—Suerte que tienes —señaló él con sarcasmo.

A Sophie le dolió como una puñalada.

—Si me hubieras dicho que era tu cumpleaños, yo te hubiera hecho una tarta — le aseguró ella, intentando superar la mala contestación de él.

—Por supuesto, hazme una tarta si eso te hace feliz.

Él se acercó al mueble—bar y se sirvió una generosa copa de whisky. Sophie lo observó con unas incontenibles ganas de llorar, pero de pronto todo le pareció trivial.

Ya había soportado suficientes cosas desagradables ese día y no quería aguantar ninguna más, y menos aún la hostilidad de Dominic.

—¿No te hace ilusión que te haga una tarta? —le preguntó con suavidad, intentando hacerle cambiar de humo

Ella rodeó sin apartar sus gélidos ojos verdes de ella y bebió un trago de whisky.

—¿Por qué debería, cuando puedo comprarme la mejor tarta del país, o incluso de Francia, si lo deseo?

—¡No es igual! —exclamó ella sin dar crédito a lo que oía—. ¿Te consideras tan superior a todo el mundo que no te das cuenta de que algo hecho con amor es mucho mejor que algo que puedes comprar fácilmente con dinero?

—¿Quién ha dicho nada de amor? —replicó él como un témpano.

Conmocionada por el desdén con el que él se había tomado su propuesta, y por su falta de consideración con sus sentimientos, Sophie se quedó inmóvil.

—Yo no quería decir… o sea, que no…

No pudo continuar, le dolía demasiado que él se burlara de la idea de que ella podía amarlo. Parpadeó enérgicamente para contener las lágrimas.

El dejó su copa en una mesa, se acercó a ella y la asió suavemente de los brazos.

—Hazme una tarta, seguro que será maravillosa —le dijo, intentando arreglarlo, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde.

Al ver el brillo de las lágrimas en los ojos de ella, Dominic deseó haber contenido su mal humor para que no estropeara el rato que estaban juntos.

Estaba seguro de que, al hablar de amor, ella sólo había querido que él se sintiera mejor. Pero además él estaba preocupado porque acababan de avisarle de Ginebra de que había problemas con el trato que había cerrado allí, y no estaba lo que se dice feliz y tranquilo. Seguramente tendría que volver a viajar a Suiza para solucionar los problemas.

—No importa —afirmó ella, y suspiró—. ¡No pienso imponerte mi humilde oferta cuando puedes comprarte la mejor tarta de París o de donde sea! Deja que me vaya, Dominic. Quiero irme a casa.

Dominic apartó sus manos de los brazos de ella.

—Te he invitado a cenar —dijo tenso e irritado porque su intento de apaciguarla no había funcionado—. Además, tenemos que hablar de tu traslado aquí.

—He cambiado de opinión sobre lo de quedarme esta noche. Es evidente que prefieres cenar solo el día de tu cumpleaños. Y a juzgar por tu estado de ánimo, yo diría que es lo mejor.

—No te vayas. Seguramente tendré que viajar de nuevo a Ginebra mañana. No sé cuánto tiempo estaré fuera, quizás tengamos que retrasar tu traslado aquí hasta que yo regrese.

Cada vez más frustrado, Dominic intentó sonreír para convencer a Sophie de que se quedara, pero le resultaba difícil. Entonces se le ocurrió una idea: —Ven conmigo. Estaré gran parte del día reunido, pero siempre tengo un coche a mi disposición, así que podrías visitar la ciudad. Y por las noches podríamos estar juntos.

Sophie advirtió el brillo de esperanza en los ojos de él, pero supo que su proposición era imposible. Además, no se sentía proclive a perdonarlo después de cómo había reaccionado ante su oferta de cocinarle una tarta.

—No puedo. Mañana los niños ofrecen una función teatral a los padres con motivo de la Pascua. Al otro, harán la función para el resto del colegio. Hemos trabajado duro y no puedo faltar. Es un momento muy ocupado para mí —dijo ella, apretó la mandíbula y fue al sofá a por su bolso.

—¿Has olvidado nuestro acuerdo? Me merezco más consideración —protestó él—. ¿O siempre vas a anteponer tu trabajo a nuestra relación?

Sophie frunció el ceño. Le dolía que él creyera que ella era tan intransigente.

—Como parte de una pareja, claro que me esforzaría por la relación cuando se dieran situaciones como ésta. Pero desgraciadamente las celebraciones de Pascua son sagradas, Dominic. Significan mucho para los niños. Llevamos ensayando durante meses, y como profesora suya yo soy la única que sabe cómo funciona todo. No podría faltar en ese momento tan importante para ellos.

Ella detestaba que él tuviera que marcharse de nuevo nada más regresar, pero recelaba de expresar sus sentimientos cuando estaba claro que Dominic quería marcar el progreso de la relación a su manera. A él no le interesaba que ella lo amara.

La deseaba, cierto, y quería que ella estuviera con él porque estaba acostumbrado a obtener lo que deseaba, pero eso no significaba que quisiera comprometerse con ella.

Cuanto más se daba cuenta de eso, más le parecía a Sophie que su unión sólo resultaría en desastre.

Dominic le lanzó una mira gélida y ella sintió un profundo dolor en su interior.

—Entonces, ¿no vas a venir conmigo a Ginebra?

—Ya te lo he dicho… no puedo.

—Así sea. Pero cuando regrese, tú y yo vamos a tener que hablar muy seriamente.

¿Se refería a que iba a cancelar su propuesta? ¿No querría volver a verla de nuevo? Sophie supo en ese instante que no podría esperar el tiempo que él estuviera en Ginebra sin saber cuál era el problema. La espera y los nervios acabarían con ella, seguro.

—¿Por qué no hablamos ahora, mejor que esperar a que regreses de Ginebra? — preguntó ella, sintiendo un frío que le comía las entrañas.

El estaba acostumbrado a tener siempre la última palabra y no iba a cambiar eso por ella. Ni siquiera aunque había captado el temblor de ella en su voz y su mirada vulnerable e insegura al imaginarse lo peor. Le sorprendía que ella creyera que él iba a querer dejar de verla. No tenía intención de hacerlo, sólo quería dejar claras algunas reglas básicas para su futura relación. Pero tendría en vilo a Sophie un poco más. Así ella se lo pensaría dos veces la próxima vez que quisiera anteponer su trabajo a la relación.

—No, esperaremos hasta que yo regrese. Y ahora, ¿vas a quedarte a cenar o no?

Sophie se dirigió hacia la puerta con la cabeza muy alta a pesar de que tenía el corazón roto. Se giró un instante y miró a Dominic, que estaba junto a la chimenea, al lado de su única tarjeta de cumpleaños.

—No voy quedarme. Que tengas buen viaje.

Capítulo 11

A Sophie le dolía en el alma pensar que Dominic iba a cenar solo el día de su cumpleaños. El, un hombre con todas las cualidades y las posesiones que todo el mundo deseaba, estaba solo el día de su cumpleaños, con una tarjeta frugal de sus padres como único regalo.

¿Acaso los amigos de Dominic no consideraban importante esa fecha? Quizás él ni siquiera les avisaba de que era su cumpleaños. El había dicho que no era para tanto, pero ¿y si no lo había dicho en serio? ¿Y si en el fondo estuviera deseando montar una buena fiesta por su cumpleaños? Si sus padres eran tan reservados a la hora de demostrar sus sentimientos, él seguramente había crecido siguiendo su ejemplo y pensando que los cumpleaños no eran importantes, pero quizás el saberlo no evitaba que él sí quisiera celebrarlos.

Sophie tenía la mente acelerada. Si la gente que él tenía alrededor le percibía como un hombre que lo tenía todo, no creerían que podía necesitar algo, como una felicitación el día de su cumpleaños o un poco de fiesta… Pero, cuando ella se había marchado, Dominic no le había parecido un hombre que lo tenía todo, más bien al contrario.

El resto de la noche no logró sacudirse el ridículo sentimiento de que había abandonado a Dominic en su cumpleaños. Al final, decidió darse un baño caliente para aplacar su nerviosismo. Pero sólo logró preocuparse más.

¿Y si él no se había quedado solo después de que ella se marchara? ¿Y si había telefoneado a una de esas bellezas que estaban más que dispuestas a pasar la noche con él? Diana le había contado que las mujeres prácticamente lo acosaban, que le

llamaban al trabajo y todo. Seguro que no todas eran simples amigas… Sophie gimió, agobiada. Y como parecía que ni siquiera el baño caliente iba a lograr tranquilizarla, salió de la bañera, se puso el pijama y se metió en la cama.

Dominic colgó el auricular y se frotó la oreja. Llevaba toda la mañana hablando por teléfono con Ginebra intentando arreglar los problemas para no tener que desplazarse hasta allí. Y lo había conseguido, no sin dificultad.

Había decidido posponer su viaje la noche anterior, después de probar apenas la deliciosa cena que María le había preparado, una cena que él había esperado compartir con Sophie. Después de unos cuantos bocados, Dominic se había pasado el resto de la noche taciturno y pensativo. Luego había roto la felicitación que le habían enviado sus padres y la había tirado a la basura.

Había deseado ir a buscar a Sophie y decirle que quería celebrar la noche de su cumpleaños con ella más que con nadie en el mundo, y que le perdonara por ser tan grosero. Pero su orgullo se lo había impedido. No estaba acostumbrado a admitir que se había equivocado, y menos aún a pedir perdón. Así que se había pasado el resto de la noche sintiéndose como un miserable en lugar de hacer lo que su corazón realmente deseaba.

Pero al día siguiente, después de haber solucionado de momento los asuntos de Ginebra, Dominic se dijo que tenía que hacer algo respecto al trato que tenían Sophie y él, y tenía que hacerlo cuanto antes.

Descolgó el teléfono y marcó un nuevo número.

Sophie se subió el cuello del abrigo y se cruzó de brazos para mantenerse caliente. Hacía frío en el patio, donde le tocaba vigilar a los pequeños durante el recreo.

—Señorita, ese hombre de allí la está saludando —dijo una niña rubia de ojos grandes, señalando hacia la verja.

Sophie sintió que el corazón se le aceleraba al ver que la niña se refería a Dominic, que la miraba desde la puerta principal del colegio. Estaba lejos y ella no podía ver bien su expresión.

No podía creer que él se hubiera presentado allí. ¿No se suponía que tenía que volar a Ginebra ese día? Preocupada por lo que le habría llevado allí, y curiosa a la vez, Sophie le dio las gracias a la niña y se dirigió hacia Dominic, obligándose a tranquilizarse

mientras se aproximaba a él.

—¡Dominic! ¿Qué estás haciendo aquí? Creí que te marchabas a Ginebra…

—He conseguido solucionar lo más urgente desde aquí. Luego he hablado con el director del colegio para que me permitiera verte unos instantes y me han dicho que estabas cuidando el patio. Me gustaría que nos viéramos cuando salgas de trabajar, podríamos tomarnos un café y hablar un rato…

Aunque la noche anterior no se habían despedido de la mejor manera, y ella aún estaba dolida, Sophie no encontró ninguna excusa para rechazar su oferta. De hecho, le alegraba muchísimo que él no se hubiera marchado de viaje.

—De acuerdo —accedió—. Termino dentro de una hora. Nos veremos entonces.

—Muy bien —dijo él con una sonrisa, y acercó su boca al oído de ella—. Parece que tienes con qué entretenerte; estos pequeños tienen energía para rato.

La sonrisa de él y su actitud de querer recuperar la buena relación entre ellos hizo que ella bajara un poco la guardia. Sonrió abiertamente.

—¡No sabes ni la mitad! Pero al menos ellos no tienen frío, de tanto correr de aquí para allá, ¡mientras que yo me estoy quedando helada aquí de pie!

—En ese caso, tendré que pensar en algo para calentarte cuando quedemos — comentó él, y sus ojos reflejaron su intenso deseo hacia ella.

Sophie se estremeció de excitación.

—Será mejor que me vaya. ¡No debo descuidar a esta panda ni un segundo! — dijo, haciendo ademán de darse la vuelta.

—Hasta dentro de un rato entonces —se despidió él, y se marchó de allí.

Sophie lo observó alejarse: aquella figura alta e imponente coronada por su brillante pelo rubio, un hombre que llamaba la atención de todas las mujeres y les aceleraba el pulso.

Louis abrió la puerta del Rolls y esperó a que Sophie y Dominic se bajaran del coche. Ella observó curiosa la bulliciosa calle de Londres con las tiendas más exclusivas y se preguntó por qué Dominic la había llevado allí para tomarse un simple café.

Entonces él la empujó suavemente hacia una joyería y Sophie se quedó de piedra. Sobre todo, cuando leyó el cartel que decía: Joyeros de Su Majestad la Reina.

Ella se detuvo y lo miró con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—¿Adónde me llevas, Dominic? Creí que habías dicho que íbamos a tomar un café.

—Quiero regalarte una joya, Sophie, algo que selle nuestro acuerdo. ¿Te parece bien? He concertado una cita y están esperándonos.

Sophie se había convencido de que él iba a cancelar su propuesta, y en lugar de eso él quería hacerle otro regalo carísimo para «sellar su acuerdo». Ella necesitó unos momentos para asimilar la información. La noche anterior, él había estado taciturno y retraído y ella había interpretado que él querría terminar con su relación. De hecho, ella se había preparado a conciencia para escuchar las palabras que la sumirían en la peor miseria de su vida.

Pero en ese momento él. en lugar de su expresión cautelosa habitual, estaba mirándola con tan buena intención que hizo renacer sus esperanzas.

—Después de lo que sucedió anoche, creía que no querrías que me fuera a vivir contigo —le confesó ella, desviando la mirada de su rostro.

El había experimentado la misma inseguridad hacia ella, así que en ese momento le invadió una honda satisfacción de que ella deseara seguir adelante con la propuesta. Sobre todo, después de lo imbécil que había sido con ella la noche anterior. Durante un rato esa sensación le impidió hablar. La calidez que de pronto sentía al mirar a Sophie le demostraba que, si ella lo hubiera rechazado, él no hubiera podido soportarlo. Hubiera sufrido mucho por tener que dejarla marchar.

El nunca se había sentido tan unido a nadie antes, ni siquiera a sus padres. Eso le hacía querer con más fuerza tenerla a ella a su lado e introducirla en el mundo que él habitaba. No le importaba lo que pensaran sus amigos o su familia cuando conocieran la noticia.

—Teníamos un acuerdo, ¿no? No tengo intención de incumplirlo.

No era la respuesta que Sophie quería escuchar. Era admirable

comprobar que Dominic era un hombre de honor, íntegro, pero su corazón ansiaba además otras cualidades en un hombre. El la condujo hacia la tienda, pero Sophie se detuvo y lo miró dolida y llena de dudas.

—Espera un momento, Dominic. No deberíamos apresurarnos tanto. Mucho más importante que el que me compres un regalo, es el hecho de que tenemos que hablar de nosotros.

El la miró sorprendido.

—¿Cuánto más necesitamos hablar, Sophie? Los dos sabemos lo que sentimos por el otro, ¿no es así?

Quiero que vivas conmigo, y cuanto antes lo organicemos todo, mejor.

—A eso es a lo que me refiero, ¡Dominic! Estás dando muchas cosas por hecho sin consultarme. Para mí no es práctico vivir en Mayfair, ¿no te das cuenta? ¡Me llevaría el doble de tiempo y de autobuses llegar al colegio desde allí!

—No tienes que preocuparte de los autobuses, puedes ir en coche desde mi casa.

Dominic estaba alarmado de que Sophie pensara siquiera en quedarse en su humilde casita cuando ya habían llegado al acuerdo de que se trasladaría a vivir con él. Era como si ella quisiera crear dificultades donde no las había.

—No puedo ir en coche, ¡porque no tengo! Y además, con el tráfico que hay hasta allí, aunque tuviera coche no lo usaría para ir al trabajo.

—¡Estás creando problemas donde no los hay! —exclamó él con impaciencia, llevándola bajo el toldo de una tienda y apartándose un poco del jaleo de la calle—.

Estaré encantado de comprarte el coche que quieras. Y si prefieres no conducir tú, le diré a Louis que te lleve.

No iba a decirle a ella que su intención era que ella dejara de trabajar en el colegio, y lo antes posible, una vez que estuviera viviendo con él. Así que ella no tendría el problema de llegar a tiempo todas las mañanas. El tenía muchos viajes pendientes y quería que Sophie lo acompañara a todos. No quería una relación con ella en la que se separaran cuando él tenía trabajo. Quería disfrutar del hechizo de ella todo el rato.

Sophie se contuvo de soltar una carcajada. La mera idea de

acudir todos los días al colegio en el Rolls era tan ridícula que le parecía el chiste de una serie de televisión. Pero, al ver la seriedad con que él la miraba, dedujo que él no veía que eso fuera nada raro. El era justamente como ella había creído el primer día, cuando su coche la había salpicado al pasar a toda velocidad por el charco junto a ella. Estaba tan metido en su mundo de lujo y riqueza, alejado de las preocupaciones de la gente normal, que no tenía ni idea de los problemas que una muestra tan llamativa de riqueza podía suponer.

Ella habría comprendido y perdonado esa excentricidad si él la hubiera amado.

Pero por mucho que lo deseara, no existía la posibilidad de que eso sucediera.

Dominic quería lo que quería, y en ese momento, por alguna razón inexplicable, la quería a ella.

El problema era que ella no sería feliz sintiéndose como una pertenencia de él, por muy valiosa que él la considerara. Mujeres como Diana aceptarían una situación así a cambio de experimentar el lujo y la riqueza supremos, pero ella no era así.

—Dominic, no quiero comprar ninguna joya ahora. ¿Puedes pedirle a Louis que me lleve a casa, por favor? Si no es posible, tomaré el metro.

Ante el rechazo de ella, Dominic se sintió abrumado y furioso.

—¡No puedo creer que estés haciendo esto! ¡Teníamos un trato!

A Sophie le invadió la tristeza al darse cuenta de que él estaba frustrado porque no había conseguido lo que deseaba. Si le hubiera dicho que la necesitaba, o que le importaba, ella hubiera accedido a ese periodo de prueba de seis meses que él le había propuesto. Incluso quizás se hubiera permitido ilusionarse pensando que tal vez Dominic llegara a amarla algún día, y que su unión sería feliz y duradera. Pero lo único que veía en su rostro era la insatisfacción de un hombre que no estaba acostumbrado a que se le llevara la contraria.

—Algunos acuerdos deben estar abiertos a ser renegociados, y éste es uno de ellos, Dominic. Tú y yo somos demasiado diferentes para hacemos la ilusión de que lo nuestro puede funcionar. Creo que tú ya lo sabías en el fondo. Para ti, una relación es algo pragmático, algo que cubre una necesidad, pero para mí no. Por

mucho daño que me hayan hecho en el pasado, no quiero renunciar a la idea de enamorarme y pasar el resto de mi vida junto a esa persona, ya sea rica o pobre. Estoy segura de que creerás que eso es muy ingenuo por mi parte, pero es lo que yo deseo. Y por lo que me ha comentado Diana, compañía femenina no te falta. No te preocupes de llevarme a casa. Prefiero irme en metro.

Y antes de que él pudiera asimilar lo sucedido e intentar razonar con ella, Sophie se marchó en dirección contraria, huyendo de Dominic lo más rápido que podía.

¿Qué había querido decir Sophie con eso de que a él no le faltaba compañía femenina?, se preguntó Dominic mientras se paseaba por su despacho. Se detuvo un momento y contempló la lluvia que caía tras los cristales, deseando que pudiera barrer su tristeza.

Había examinado con total atención cada palabra de la última conversación con Sophie. y la certeza de ella de que tenía la esperanza de enamorarse de alguien, fuera rico o pobre, le había tenido en vilo varias noches. El no quería que ella se enamorara de otro que no fuera él. Ese descubrimiento había sido muy revelador, le había hecho ser consciente de que lo que quería era que ella lo amara. Nunca había deseado eso con ninguna mujer, ni siquiera creía que existiera. Su padre le había enseñado a no confiar en sus emociones, y Dominic nunca se había involucrado con nadie a nivel emocional. Pero en ese momento comprendía que era un mal consejo. Estaba cansado de estar solo, quería involucrarse con alguien a todos los niveles, y quería que esa persona fuera Sophie.

Ella había comentado que Diana le había dicho que no le faltaría compañía femenina. Así que su secretaria había estado hablando de él con Sophie, y no bien, desde luego… Hecho una furia, abrió la puerta que conectaba con el despacho de Diana y se acercó a su mesa a grandes zancadas. Diana estaba hablando por teléfono y le hizo una seña de que esperara un momento. Pero él le quitó el auricular de las manos y lo colgó bruscamente en el receptor.

—¿Qué le has dicho a Sophie? —le preguntó con ojos echando chispas, Al verla ruborizarse confirmó que no debía de haber contado bondades de él.

—No sé de qué me hablas, Dominic —contestó ella, asustada e intentando recuperar la compostura.

Ella sabía que Dominic tenía cambios de humor bruscos, era cuestión de aguantar el chaparrón.

—¿Le has insinuado que yo podría estar saliendo con otras mujeres a la vez que con ella? —inquirió él directamente.

Le enfurecía pensar que su propia secretaria había hablado mal de él a la mujer con la que él quería estar. El era consciente de que él tenía su parte de culpa en que Sophie se hubiera marchado de su lado: la había forzado a que se trasladara a vivir con él, sin tener en cuenta sus sentimientos ni sus necesidades. Pero habían transcurrido ya dos días desde que ella lo había plantado delante de la joyería, y él había reflexionado mucho desde entonces. No le había gustado lo que había descubierto de sí mismo, y tampoco le gustaba que le mintieran.

Era cierto que tenía muchas amigas, pero no mantenía relaciones sexuales con ninguna. Aparte de alguna aventura de una noche, para cubrir las necesidades de su cuerpo, no había querido tener ninguna relación con nadie hasta que había conocido a Sophie.

—Le dije que a veces otras mujeres te llamaban al trabajo —admitió Diana, sonrojándose aún más—. Pero con eso no quería insinuar que te acostaras con ellas, Dominic.

—Y si tú estuvieras en el lugar de Sophie, y una amiga te dijera eso, ¿tú como lo entenderías?

Antes de que ella respondiera, Dominic se apartó de la mesa y se paseó enfurecido por la habitación.

—Tengo la sensación de que quizás le has dicho otras cosas, Diana… cosas no muy favorables sobre mí, ¿me equivoco?

Sintiéndose acorralada, Diana suspiró con exasperación.

—Lo que debes comprender es que Sophie. a pesar de que tiene estudios, es muy ingenua en muchos aspectos. ¡Tiene la ridícula idea de que quieres que se vaya a vivir a tu casa! Naturalmente, tuve que ayudarla a recuperar el juicio.

—Naturalmente, claro —repitió él, que no sabía cómo estaba logrando controlar su mal humor.

Hasta el momento aquella rubia lo había impresionado por su calidad profesional, pero a nivel humano le estaba decepcionando terriblemente.

—Si Sophie te ha dicho que eso era lo que yo deseaba, ¿por qué

no la has creído? ¿Acaso tu amiga suele mentirte?

Al ver que Diana daba un respingo ante aquellas palabras, se enfureció más con ella por no haber apoyado a su amiga. Sophie se merecía a alguien mucho mejor que esa mujer.

—Ella me dijo que no quería volver a tener ninguna relación con hombres durante mucho tiempo. Se quedó destrozada cuando su anterior novio se acostó con la novia de su mejor amigo y perdió la fe en la pareja. ¡Casi tuve que sobornarla para que acudiera a mi boda, con lo que las detesta! Y resultó que apareció toda manchada de barro, como si viniera de pelear en el campo de batalla…

Diana estaba irritada con Sophie por haberle provocado aquella situación con su jefe y estaba decidida a hacerse la víctima para protegerse a sí misma. Dominic confirmó sus desagradables sospechas acerca de ella. El se enorgullecía de saber escoger a su personal, pero con Diana había cometido un error.

El no se esforzaba por gustar a los demás, pero la lealtad hacia los amigos le parecía primordial, siempre que no estuviera equivocada. Diana le estaba demostrando que no guardaba ninguna lealtad a Sophie. Si le había hablado mal de Dominic, no le importaban para nada los intereses de su amiga.

—Creo que le debes una disculpa a Sophie —dijo él sin estridencias pero fulminándola con la mirada—. Conociéndola, sin duda te perdonará. Pero espero sinceramente, por su bien, que deje de hablar contigo el resto de su vida después de eso. Visto lo visto, usted yo tenemos pendiente una charla muy seria, señorita Carmichael. Mañana a las diez en punto la quiero en mi despacho. No llegue tarde.

Y antes de que Diana pudiera parpadear atónita, Dominic se metió en su despacho y cerró la puerta de un portazo.

Capítulo 12

Sophie, ¿Puedo hablar un momento contigo?

El tono amable de Víctor Edwards sacó a Sophie de su ensueño y ella levantó la cabeza del texto sobre cuidado infantil que había estado intentando leer. Se puso en pie, sacudiéndose el sueño.

—Por supuesto —dijo, y lo siguió hasta su despacho. Ella agradeció que el director no hablara en el camino, porque no tenía muchas ganas de conversar. Al llegar al despacho, mientras él le preparaba un café, Sophie se obligó a recuperar la compostura. Desgraciadamente, sus emociones estaban tan al límite que esperaba que no la desbordaran delante del director.

Había transcurrido una semana desde que había plantado a Dominic delante de la joyería. Una semana entera y no había tenido noticias de él, ni una carta, ni una llamada de teléfono… ni siquiera para confirmar que lo suyo había terminado. Y cada día que pasaba le parecía una eternidad.

—Aquí tienes, con un terrón de azúcar, como te gusta —le dijo Víctor, ofreciéndole el café.

Sophie le sonrió como si fuera un tío querido y agarró la taza. El asió la suya y se sentó en su silla de cuero.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros, Sophie? Creo que ya son tres años, ¿me equivoco?

Sophie se puso en alerta. ¿Adónde quería llegar él con eso?

—Apenas puedo creerlo, pero sí… tres años ya.

—¿Y has disfrutado de tu tiempo con nosotros?

Ella se revolvió incómoda en su asiento.

—Me he divertido mucho. ¿Hay algún problema, Director? ¿Tiene que ver con mi trabajo?

Ojalá no fuera así. Independientemente de lo que le sucediera en

su vida personal, ella se preciaba de entregarse siempre al máximo con sus alumnos, cuidaba mucho de no pasarles sus malas vibraciones.

—No hay ningún problema, Sophie, y menos relativo a tu trabajo. No, querida, perdóname si te he alarmado innecesariamente. Es sólo que sé lo entregada que vives a tu trabajo y lo mucho que quieres progresar. Hay un puesto vacante en otro colegio y he pensado que a lo mejor te interesaba. No me agrada la idea de perderte, pero he creído que debías saber que existía esa oferta.

Víctor se detuvo y observó la reacción de Sophie.

—El puesto no estará disponible hasta dentro de seis meses, pero ya han empezado a entrevistar a posibles candidatos. Si te interesa, estaría encantado de concertar una entrevista para ti.

El había conseguido despertar su interés. Sophie se inclinó hacia delante y se olvidó de su tristeza mientras escuchaba las ventajas de ese puesto en el nuevo colegio.

Sophie estaba quitando el papel de las paredes del salón, en un arranque de hacer limpieza en su vida, y maldijo cuando alguien llamó a la puerta. Detestaba que la interrumpieran cuando estaba lanzada haciendo algo, pero se secó las manos en su mono de trabajo y fue a ver quién se atrevía a molestarla.

—¡Diana!

Al ver a su amiga le asaltaron todo tipo de emociones, pero la principal fue la tristeza. Llevaban cuatro años siendo amigas, desde que Sophie había trabajado temporalmente como secretaria el verano antes de sus exámenes finales. Diana y ella eran muy distintas, pero habían conectado bien. Junto a ella, Sophie había vivido multitud de experiencias nuevas y se habían divertido mucho juntas.

En ese momento, Sophie se quedó de piedra al encontrarla en su puerta, con una sonrisa insegura en su rostro y un ramo de flores. Ella no las aceptó a propósito.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—He sido una bruja, lo sé. He venido a disculparme y a decirte que quiero que seamos amigas de nuevo. ¿Me das otra oportunidad? —dijo Diana, y le ofreció las flores de nuevo.

Sophie las aceptó, aunque a regañadientes. Que las aceptara no

significaba que fuera a olvidar todo lo que había sucedido. Diana le había dicho cosas terribles que la habían herido profundamente y, aunque quería perdonarla, olvidar no iba a resultarle sencillo.

Sophie acercó su nariz a las flores mientras intentaba controlar sus emociones.

Desde que había roto con Dominic, lloraba por cualquier motivo, por tonto que fuera.

No podía evitarlo.

—Necesito un tiempo para pensármelo, Diana —dijo en voz baja.

La mujer frunció el ceño.

—¿Me dejas entrar un minuto? No puedo hablar a gusto contigo aquí en la puerta.

—Estaba redecorando el salón, todo está revuelto.

—No me importa. ¡Es a ti a quien he venido a ver, no tu casa!

—Bueno, pero sólo un minuto. Tengo mucho que hacer —accedió Sophie, conduciendo a Diana hasta la cocina.

Dejó las flores en el fregadero y mojó los tallos. Cuando oyó que Diana entraba en la cocina, se giró lentamente y se cruzó de brazos. Sentía un doloroso vacío en el pecho.

Diana estaba tan impecable como siempre, perfectamente maquillada y conjuntada con su elegante traje pantalón negro. Sophie sabía que, a su lado, ella debía de parecer una pordiosera.

—¿Qué querías decirme?

—¿Aparte de repetirte que estoy muy arrepentida por la forma tan abominable en que me comporté el otro día? Quería hablarte de Dominic.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Sophie, luchando porque su voz no desvelara el desasosiego que sentía con sólo escuchar su nombre.

—El te ama.

—¿Qué has dicho?

—¡He dicho que él te ama! Todo lo que te dije fue porque estaba celosa de ti.

Eres una mujer guapa, tienes un cuerpo fantástico y una carrera que te encanta… ¡y además aparece Dominic y se enamora de ti! No está rodeado de tantas mujeres como te di a entender, Sophie, y todas son amigas suyas y nada más, te lo prometo.

He sido su asistente personal durante más de tres años. Si él

estuviera con alguna otra mujer, ¿no crees que me habría enterado?

Lo único que Sophie había registrado en su cabeza era lo primero que había dicho Diana, que él la amaba. ¿Quería burlarse de ella con esa mentira? ¿Creería que aún no le había causado suficiente daño? ¡Por supuesto que Dominic no la amaba!

Por lo que ella había experimentado, él no era capaz de amar a nadie, esa emoción era desconocida para él. Aprendiera lo que aprendiera de pequeño, amar no era algo que supiera.

—No quiero oír más, Diana. Por favor, vete. Quiero pasarme por la tienda de bricolaje antes de que cierre y no tengo tiempo para andarlo perdiendo hablando de tonterías.

Se encaminó hacia la puerta, pero Diana la asió por el brazo y la detuvo.

—¡Eres una tonta! —le increpó la mujer.

Sophie se soltó del agarre y miró indignada a su amiga.

—¿Qué me has llamado?

—¡No me has escuchado, Sophie! ¡Dominic te ama! ¿Eso no significa nada para ti?

Una semana antes hubiera sido lo mejor del mundo… si fuera cierto. Pero estaba claro que su amiga mentía. Dominic ni siquiera la había telefoneado en toda la semana para saber si estaba bien. ¿Era así como se comportaba alguien que amaba a otra persona?

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque he visto cómo se ha comportado toda la semana desde que tú lo dejaste. Quizás no sea el hombre más alegre y tranquilo del mundo, pero en la última semana ha sido un infierno trabajar con él. ¿Sabes que he estado a punto de perder mi empleo?

Diana sacudió la cabeza mientras recordaba la encendida reunión que había tenido con Dominic, donde él la había puesto firme y le había advertido que, si volvía a entrometerse en sus asuntos privados, tendría que buscarse otro empleo. Le había dicho que iba a conservarla en el puesto porque hasta entonces siempre había tenido un comportamiento ejemplar, pero que si daba un paso en falso, dejaría de ser su secretaria.

—El se puso furioso conmigo porque te dije que no le faltaba compañía femenina. Desde entonces, no ha pasado un solo día en que no me pregunte si sé algo de ti. Ve a verle, Sophie. ¡Hazte un favor a ti y a él y reconcíliate!

¿Estaría Diana hablando en serio? Sophie no se atrevía a creérselo. Pero, aunque fuera cierto lo que decía, ella seguía sin comprender por qué Dominic no había contactado con ella. ¿Sería por orgullo?

A nadie le gustaba que lo rechazaran, y ella lo había dejado plantado cuando él iba a comprarle una joya que consolidara su decisión de vivir juntos. Aunque ella tenía razones para comportarse como lo había hecho, quizás sus acciones sí le habían hecho daño a Dominic. Entonces recordó la solitaria felicitación de cumpleaños, con el escueto mensaje, y el corazón le dio un vuelco de tristeza.

—No puedo presentarme ante él de repente, él es un hombre muy ocupado.

Quizás tenga invitados, quizás…

Diana asió su muñeca y le sonrió.

—Deja de buscar excusas, Sophie. Ve a darte una ducha y a ponerte guapa y yo te llevaré a su casa. He quedado al lado con Freddie, así que me piílla de camino.

¡Vamos!

—Antes tengo que pasar por un sitio, ¿te importa llevarme también?

Diana le apretó suavemente el brazo.

—¡No, si te das prisa!

—Señorita Dalton, qué sorpresa tan agradable…

Andrews abrió la puerta con una sincera sonrisa.

—Hola, ¿está Dominic en casa?

Después de llegar hasta ese punto, Sophie se sentiría como una idiota si resultaba que él no estaba en casa. No sabía si sería capaz de reunir el valor necesario para presentarse por segunda vez a su puerta. La adrenalina le recorría las venas y no quería plantearse la posibilidad de que aquello quizás fuera un terrible error.

¿Y si él no la amaba? ¿Y si lo que Diana había dicho estaba equivocado?

—Sí, señorita. El señor Van Straten está en el salón —respondió Andrews, abriendo la puerta para que ella entrara.

—¿Está solo? —inquirió ella, nerviosa.

Si él tenía invitados, ella no podría decirle lo que había ido a decirle.

—Sí, señorita, muy solo.

Andrews la dejó a las puertas del salón y se marchó con una sonrisa. Sophie esperó hasta que él se marchó y, sujetando la caja que había comprado, abrió la puerta y entró en la habitación.

Dominic estaba sentado en un sofá, con un periódico abierto sobre las rodillas y los ojos cerrados. El sonido de un piano llenaba el aire suavemente. Con todo el cuidado que pudo, Sophie cerró la puerta, pero al oír el «clic», Dominic abrió los ojos y miró a Sophie como si fuera un producto de su imaginación.

—¡Sophie! —exclamó, pero ni sonrió ni se levantó de su asiento.

Repentinamente insegura de aquella temeridad, Sophie se encaminó hacia él.

—Me he arriesgado a ver si estabas en casa —le dijo, nerviosa—. Espero que no te moleste…

—¿Molestarme?

El dejó el periódico a un lado y se peinó el pelo con los dedos. El gesto reveló lo vulnerable que se sentía. Pero cuando miró a Sophie, hizo que el corazón le diera un vuelco.

—No, claro que no me molesta —añadió él, sintiendo que le faltaba el aliento.

Había estado soñando con ella y justo al abrir los ojos se la había encontrado delante de él. Había sido una sorpresa maravillosa. Ella estaba preciosa y muy sexy con sus vaqueros ajustados, su camisa blanca y una chaqueta azul celeste. «Si todavía estoy soñando, por favor, que el sueño no se acabe aún», deseó él.

—Te he traído algo —anunció ella y, sonriendo, le puso la caja sobre las rodillas y la abrió.

Contenía una tarta helada.

—¿A qué se debe esto? —preguntó él con voz ronca.

—Es una tarta de cumpleaños —le explicó Sophie, ruborizándose—. No tuviste una el día de tu cumpleaños y he pensado que eso no podía ser. Sólo lamento no haber podido hacerla yo. Pero tampoco soy la mejor cocinera del mundo, y quizás no me hubiera salido tan bien como yo quería, y claro…

—Sophie…

—¿Sí, Dominic?

El dejó la tarta a un lado y se puso en pie. A Sophie se le aceleró el pulso.

—¿Has venido sólo a traerme la tarta?

—No —respondió ella, intentando encontrar las palabras para decir lo que quería decir—. He venido a decirte que siento haberte dejado plantado el otro día como lo hice. Sé que tu intención era buena al querer regalarme una joya. Es sólo que todo ha sucedido tan rápido, que me asusté, y cuando me di cuenta de lo que nos estábamos planteando… Sobre todo cuando tú no… cuando tú…

—Te amo, Sophie. De hecho, estoy loco por ti. Debería habértelo dicho cuando te llevé a la joyería, pero estaba asustado.

—¿Tú, asustado?

—El amor me ha hecho sentir muy vulnerable, y era un sentimiento desconocido para mí hasta ahora. Amar a alguien y permitir que esa persona te ame es un riesgo muy grande, Sophie. Un riesgo que me asustaba demasiado afrontar.

—Vivir es un riesgo, Dominic —comentó Sophie con ternura—. Y, por lo que he visto hasta ahora, tú amas el riesgo, o no tendrías tanto éxito como tienes. Yo también te amo, así que yo también voy a arriesgarme. Estamos juntos en esto, Dominic.

Sophie lo miró fijamente, sin creerse todavía que ese increíble hombre acababa de confesar que la amaba y que eso le asustaba.

El se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—Yo no creía que existiera el amor, hasta que te he conocido —admitió él con una sonrisa—. Me pones a cien, y lo sabes. Pero enamorarme de ti sí que me ha pillado por sorpresa. Y para mi familia va a ser una conmoción.

—¿Tampoco creían que pudieras enamorarte?

—Mis padres son muy pragmáticos, nunca dejan nada al azar. Pero cuando te conozcan, creo que a ellos también los conquistarás.

—Aunque no sea así, Dominic, no importará. Estaré más que contenta si cuento con tu amor —dijo ella en un susurro, y se puso de puntillas y lo besó dulcemente en la boca.

Al sentir los labios suaves y cálidos de ella sobre los suyos, Dominic gimió y la atrajo hacia sí. Todo su cuerpo la deseaba con locura.

Pero antes de convencerla de que hacer el amor les haría bien a los dos, tenía que saber por qué ella había regresado a su lado. Sobre todo, después de que él había perdido toda esperanza de volver a verla de nuevo. La separó ligeramente de sí y la miró a los

ojos.
—¿Cómo sabías que yo te amaba?
—Diana vino a verme a mi casa. Me dijo que creía que me echabas de menos y que estaba convencida de que me amabas.
A Dominic no le sorprendió que Sophie hubiera recibido a su amiga. Era la mujer de corazón más grande que había conocido nunca. La calidez que ella despertaba en su interior se expandió dentro de su pecho.
—Y tengo algo más que decirte —añadió ella, y deslizó una mano por debajo de la camisa de él, para sentirlo más íntimamente —. Me he presentado a un nuevo puesto de profesora.
—¿Ah, sí?
Consciente de que ése era un tema delicado entre ellos, por mucho que se amaran, Dominic estudió su rostro con cautela. Tenía varios viajes pendientes en los próximos meses y no le hacía ninguna ilusión tener que dejar a Sophie en Inglaterra ni un sólo día, por no hablar de semanas.
—Es en un nuevo colegio en Westminster. Si me dan el puesto, empezaré dentro de seis meses.
—¿Seis meses? —repitió él, sujetándole la mano, que estaba poniéndolo a cien— . ¿Qué quiere decir eso, Sophie? ¿Significa que vas a tener tiempo para tu luna de miel?
—¿Luna de miel? —preguntó ella a punto de desmayarse.
—Por supuesto. Quiero que seas mi esposa, Sophie, no mi querida.
Sophie tenía el corazón a punto de salírsele del pecho de la alegría.
—¿Estás seguro, Dominic?
Su mirada no dejaba ninguna duda.
—No suelo decir cosas de las que no estoy seguro, Sophie. ¿Aún no te has dado cuenta de eso? ¿Te casarás conmigo?
Sophie no tuvo ninguna duda.
—Sí, Dominic, ¡me encantará casarme contigo!
Por primera vez en su vida, Dominic se dejó llevar por la euforia.
—¡Gracias al cielo! ¿Sabes que me habrías dejado destrozado si llegas a decirme que no?
—Nunca te haré daño, Dominic. Aunque, ¿sería posible que

nuestra boda sea lo más reducida posible?

Ella contuvo el aliento y, al verlo reír, sintió un gran alivio.

—Conociendo tu aversión a las bodas, amor mío, no esperaba menos. Por supuesto que sí, se hará como tú quieras, Sophie. Y ahora, cuéntame qué significa ese nuevo trabajo si te lo dan.

—Significa que, si quieres, podría dejar mi puesto actual y tomarme unos cuantos meses libres para que pudiéramos estar juntos. Y, si me concedieran el puesto del nuevo colegio, y me han insinuado que les he gustado mucho, ¡podría ir al trabajo andando!

El respiró lentamente y desarrugó la frente.

—Bueno… está visto que tenía que ser.

—¿El qué tenía que ser? —dijo ella, sonriendo en los brazos de él.

—Lo nuestro. Parece que el destino se ha conjurado para ayudarnos a estar juntos.

—¿Crees en eso? —le preguntó Sophie, boquiabierta.

—¡Desde que te conozco, estoy empezando a creer en todo lo descabellado!

Y antes de que ella pudiera decir nada más, Dominic se inclinó sobre ella y la besó apasionadamente.